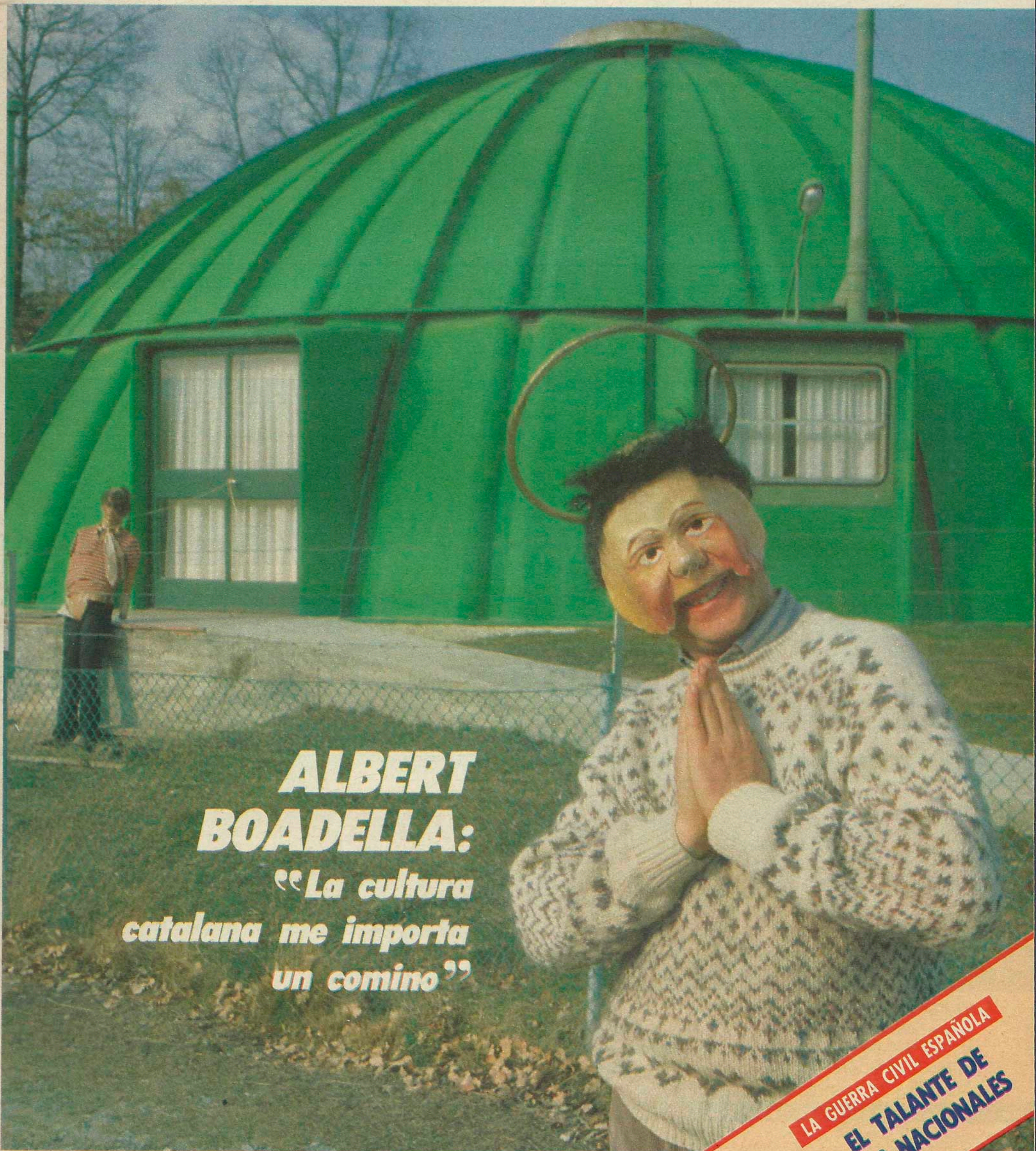


Diario 16

Semanal

Domingo 16 de febrero de 1986

Número 230



**ALBERT
BOADELLA:**

*“La cultura
catalana me importa
un comino”*

LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

EL TALENTE DE
LOS NACIONALES

El único ordenador concebido para sustituir a la máquina de escribir.



AMSTRAD PCW 8256

UN COMPLETO EQUIPO QUE INCLUYE:

- Unidad Central (256 K RAM) • Teclado en castellano
- Unidad de disco (180 K por cara) • Pantalla de alta resolución • Impresora alta calidad (NLQ)
- Programas: • Procesador de textos, sistema Operativo CP/M Plus, Mallard Basic con JET SAM para ficheros indexados, lenguaje DR LOGO.

PROGRAMAS PROFESIONALES

- Contabilidades • Almacenes • Facturación • HOJAS DE CALCULO: **Multiplán**, Supercalc 2, Cracker, Plannercalc. BASES DE DATOS: **DBase II**, Amsfile, Flexifile, **Boriar**. LENGUAJES: Cobol, Fortran, Pascal MT +, Pilot, etc.

SOLICITE DEMOSTRACION EN:

División informática de **El Corte Inglés**, División On-line de GALERIAS, Tiendas especializadas en informática y Equipos de oficina.

NOTA: El Amstrad también puede ser utilizado como "Terminal Inteligente" de grandes equipos informáticos.

¡¡ Increíble !!

AMSTRAD

ESPAÑA

GRUPO INDESCOMP



Quiere ser artista

En el Teatro Calderón Concha Velasco «quiere ser artista». Vano empeño, porque ya lo es, y de las mejores. Ahí es nada ir de Teresa de Jesús a vedette de comedia musical. Y ser tan convincente en una cosa como en la otra.

Acompaña en esta ocasión a Concha Francisco Valladares. El libreto es de Arteche y Montesinos. La música, de Algueró. Y la coreografía, de Giorgio Aresu. La hipotética madre de Concha puede estar tranquila. El éxito de su hija está garantizado.

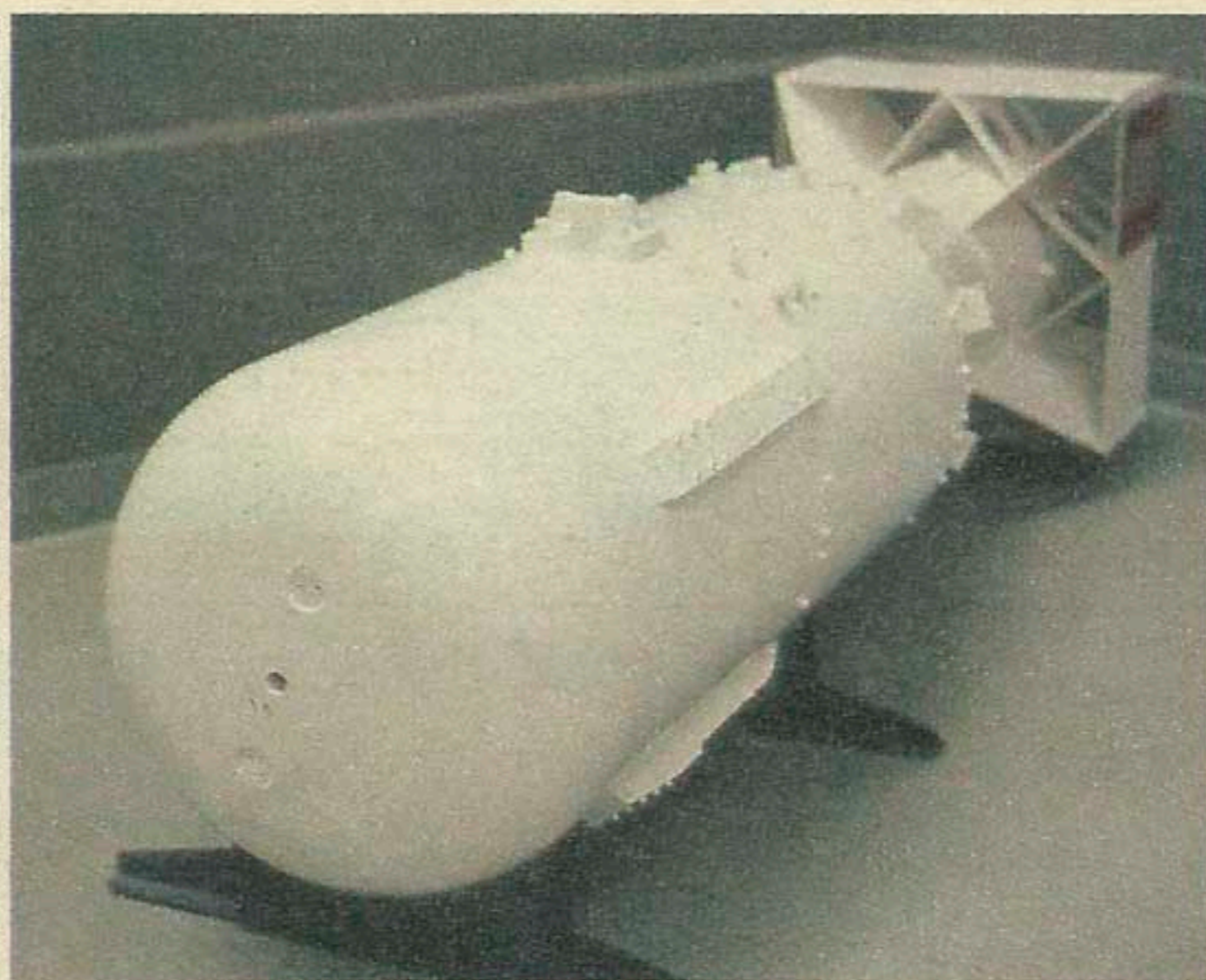
EN ESTE NUMERO



ALBERT BOADELLA

PAG. Nuestra redactora Carmen Rigalt ha ido a tierras catalánas para entrevistar a Albert Boadella. El hombre de teatro, retirado en su masía, junto a la carpa verde de su taller escénico, hace unas declaraciones polémicas.

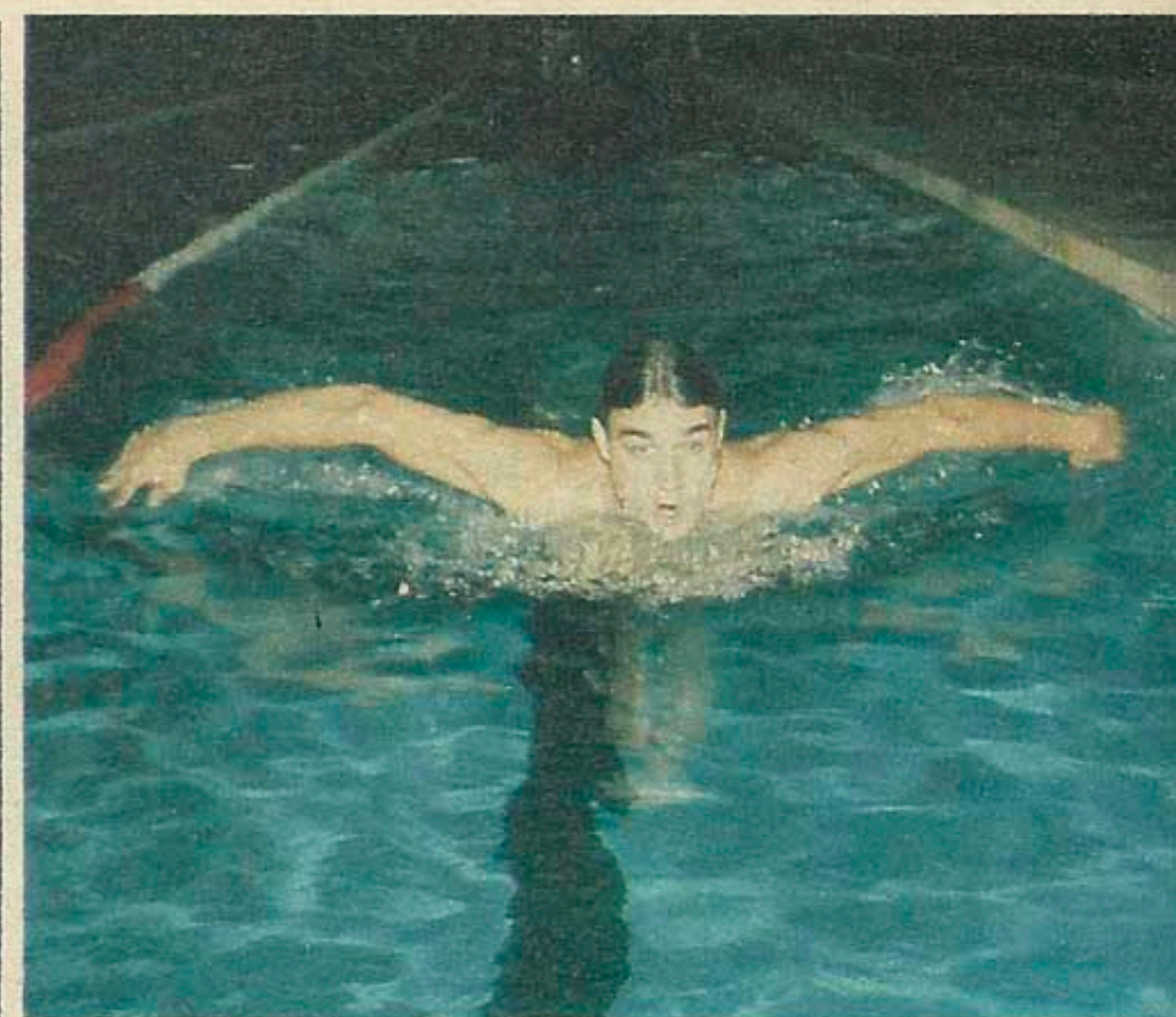
4



CONSTRUCTORES DE BOMBAS

PAG. Son los hombres y mujeres que día a día fabrican los artefactos nucleares. Alguno incluso es sacerdote protestante. En el reportaje que hoy presentamos nos hablan de sus escrúpulos de conciencia, de las razones íntimas que han tenido para aceptar su trabajo.

10



ESTAR AL DIA

PAG. No hace falta llegar a la perfección de Federico Galera, campeón nacional de pentatlon en 1982, pero nadar en invierno es un ejercicio que puede recomendarse a cualquiera.

30

EL pueblo de Pruit lo forman cuatro casas apuntaladas en un paisaje verde y generoso a mil metros de altura. De lejos parece un pueblo abandonado. No hay movimiento, no hay apenas indicios de vida. El silencio contiene tanta fuerza que a menudo sientes la impresión de estar oyendo el eco de tus propias palabras. Els Joglars han comprado aquí algunas casas y pasan buena parte del tiempo encerrados en su trabajo. Encerrados y casi escondidos.

Boadella ocupa una recia masía a las afueras del pueblo. Vive en completa armonía con el paisaje que le rodea. Se le ha puesto cara de salud, tiene los mofletes sonrosados y las manos algo cuarteadas por el frío. Dolors, su compañera, es dulce como una campesina y aplicada como una esposa tradicional. Dolors pinta o cocina, mientras Boadella experimenta nuevos números teatrales.

El sol parece una acuarela esta mañana. Junto a la masía hay una enorme cúpula de color verde rabioso, como media manzana plantada boca abajo en la tierra. Es el taller donde trabaja Els Joglars. Albert Boadella, alquimista de la escena, inventor despiadado de gestos, bufón de sí mismo, dirige la función. En la puerta de la cúpula, un maniquí semidesnudo espanta a las águilas que bajan hasta aquí para llevarse patos y gallinas. El tiempo, prisionero del silencio, hace como que no avanza.

—Vivimos prácticamente a toque de campana, con mucho orden. En el fondo tengo cierto espíritu militar...

—¿Militar, usted? Qué cosas dice, Boadella. No me haga reír.

—A lo mejor soy un militar frustrado. Quien sabe. En el trabajo me considero un tipo muy disciplinado. Me exijo disciplina y se la exijo a los demás. Nuestra vida aquí es casi monás-

BOADELLA

un bufón de sí mismo

Una entrevista de Carmen Rigalt

Fotos Sigfrid Casals



Se le ha puesto cara de salud. La cúpula verde es el taller de teatro de Els Joglars.



Albert hace correr a su caballo blanco. Es parte de la



magia que tiene el contacto con la naturaleza, la vida en una masía, en el silencio del campo, lejos de la contaminación física y mental de la gran ciudad.



«Voto al CDS. Suárez representa un Gobierno sin ideología, lo cual me parece muy bueno»

tica. Nos permitimos pocas distracciones, poquísimas.

—Nunca sospeché que su trabajo requiriera tanta concentración, francamente.

—El trabajo siempre lo he tomado en serio. Cuando hago algo, me gusta hacerlo bien y estar a lo que estoy. No he venido aquí para contemplar las estrellas.

—Es usted el malo oficial de Cataluña. Todo lo que Boadella hace tiene repercusión en los sectores de la avanzadilla. Tenemos a Pujol, dicen, pero también tenemos a Boadella. Digamos que en cierto modo hasta el *stabliment* le utiliza. ¿O no?

—Yo también le utilizo. El *stabliment* me parece muy teatral. Pujol, sin ir más lejos, es un personaje teatral maravilloso, y prueba de ello es que le ha parodiado en una obra. No hubiera podido hacerlo con Maciá, ni siquiera con Tarradellas, pero Pujol se presta mucho... Esta gente de la Generalitat me resulta fascinante, no tienen ni idea de política, el protocolo nunca les funciona, es como una colección de despropósitos... Prodigioso, de verdad.

—¿No han intentado llevarle por el buen camino?

—A mí me consta que les sientan mal nuestras parodias. Hombre, dicen, estos chicos tan buenos, qué lástima que no hagan un teatro de texto, un Shakespeare... Imagínese, Els Joglars haciendo un Shakespeare. Dios mío, el colmo. Bueno, pues, según ellos, nosotros estaríamos en el buen camino si nos dedicáramos a un teatro más convencional, más sensato, y les dejáramos en paz. Pero conste que si yo me meto con ellos es porque dan juego. Mencionar a Pujol en una obra y morir de risa la gente es todo uno.

—A usted le encanta hacer de *enfant terrible*. Le gusta escandalizar, «epater

les bourgeois», que dirían los franceses.

—Hoy en día no resulta fácil escandalizar a la burguesía. Además, a nuestros espectáculos viene gente muy mayor, lo cual me tiene bastante inquieto. Me pregunto yo si es que a la gente mayor de ahora le va la marcha. De otro modo no me lo explico. Antes, la gente mayor se levantaba a mitad del espectáculo y abandonaba la sala. Hoy ya no. Por otra parte, tenemos un público muy joven, básicamente marginal, que no acepta el teatro de toda la vida.

—¿Es usted también un personaje marginal, Boadella?

—Un poco autoexiliado sí estoy, para qué nos vamos a engañar. El simple hecho de vivir aquí ya indica que me mantengo al margen de los líos sociales. Cuando me instalé en Pruit, lo hice por motivos sentimentales: me había enamorado de una mujer y la rapté, mejor dicho, nos raptamos mutuamente. Queríamos vivir a fondo el amor, parar un poco el tiempo... De hacerme quedado en Barcelona, seguramente aquel amor se hubiera quemado en seis meses. Este es el motivo real de mi venida a Pruit. Luego añado que aquí me concentro más y trabajo me-

“A lo mejor soy un militar frustrado. En el trabajo me considero exigente y disciplinado”



Un momento de la representación de la última obra de Els Joglars, «Los virtuosos de Fontenebleau». Una sátira mordaz sobre nuestros vecinos.

jor, lo cual también es cierto, pero hay que decirlo todo.

—En una palabra: se siente usted feliz.

—Sí. Y estoy contento conmigo mismo. Dejando a un lado el amor, me gusta y me complace el papel que ocupo en el mundo del teatro. Soy un bufón, estoy en la línea de los titiriteros desarraigados, lo que me permite reírme de todo, inclusive de mí mismo. Para mí no hay nada sagrado, y cuando percibo que mi trabajo se oficializa un poco, rápidamente trato de romper y dar un viraje. No quiero premios ni los acepto, vivo a mi aire y pretendo que a mis representaciones no acuda nunca el mundo oficial. He conseguido, por ejemplo, que el conseller de Cultura de la Generalitat no haya visto una obra nuestra, y esto me parece un mérito importante. Por supuesto, Jordi Pujol tampoco la ha visto. Me imagino que Pujol no iría al teatro ni a punta de pistola. En cambio, estando yo en la cárcel, apareció un ministro de Cultura, aquel que se llamaba Ricardo de la Cierva. No creo que la obra le gustara en absoluto, tal vez ni la entendió, pero hizo un aprovechamiento político del hecho. Allá él.

—¿No tiene usted nada de «seny»

por un casual?

—Ni hablar. Para mí el «seny» es un insulto. Lo detesto.

—Sin embargo, entre «boutade» y «boutade», tiene usted raptos de profunda lucidez.

—Tampoco me gusta demasiado la lucidez. Supongo que a veces, sin proponérmelo, veré las cosas más o menos claras. En fin, todos tenemos defectos.

—¿Albert Boadella es patrimonio de la izquierda?

—No. Estoy seguro de que a la izquierda no le gustó, lo que sucede es que se considera obligada a asumirme.

“No necesito reafirmarme continuamente como catalán. Me importa un comino la cultura catalana.”

La derecha, por el contrario, se considera obligada a no asumirme. Son puntos de partida distintos. Pero gustar, lo que se dice gustar, seguramente no gustó ni a unos ni a otros. Y mis relaciones con el poder, esto es, con la Generalitat, son muy escasas. Me subvencionan un diez por ciento, nada más. Realmente lo prefiero así. Si me subvencionaran un cincuenta por ciento, estaría pillado y tendría que hacerle caso al teléfono cada vez que sonara. La nueva censura viene impuesta por las relaciones económicas. De esta forma puedo permitirme el lujo de enviarles al carajo cuando me apetezca.

—Usted no se casa con nadie, vamos.

—Por decirlo de alguna manera, estoy con los anarquistas de derechas. Soy muy reacio a las actitudes nacionalistas, me revientan. Tampoco puedo negar mi origen, y en ese sentido, pues sí, me considero catalán, o sea, me considero un señor que habla una lengua más gutural que el castellano, que posee unas tradiciones folclóricas determinadas y que tiene unos tics concretos a la hora de resolver algunos asuntos. Pero el pasado de Cataluña, el once de septiembre y todas esas cosas, me importan un comino. Es más:

BOADELLA

recordarlo se me antoja un masoquismo peligroso. El día que alguien me diga: usted no hable esta lengua gutural, ni mantenga tales tradiciones, lo entenderé como un ataque personal y entonces reaccionaré, aunque sin hacer de ello una bandera. Mientras tanto, estoy al margen.

—Supongo que manifestaciones así les pondrán los pelos de punta a muchos catalanes.

—Sí, a los auténticos militantes catalanes les da un ataque cada vez que me escuchan. Pero yo también estoy en contra del nacionalismo español, que tanto se explotó en el pasado régimen. No lo soporto. Las patrias, entendidas como tales, son un invento de los políticos. Yo creo en las patrias naturales; es decir, creo que todos tenemos un entorno natural donde nos relacionamos y nos expresamos mejor. Sin embargo, no creo en las agresiones inventadas ni en los llamados agravios comparativos. Y la Generalitat vive de agresiones inventadas y de supuestos agravios. A mí el hecho de no ser castellano, por ejemplo, no me obliga a reafirmarme continuamente como catalán. Son temas distintos.

—Usted, en el lenguaje de la cosa, es un perfecto «botifler», Boadella.

—Aquí, o estás con Pujol o eres un «botifler» contagiado de microbios españoles. En este país no hay peor insulto que llamar a alguien anticatalanista. Me trae sin cuidado. En el fondo casi me estimula que me llamen «botifler». Lo peor que podría pasarme, desde luego, es no tener enemigos. Me aburriría muchísimo. Mire, en Cataluña existe hoy un sublenguaje que fomenta la sectorialidad. Por citarle un caso, el Centre Dramatic de la Generalitat no invita nunca a compañías castellanas, y no las invita simplemente por ser castellanas. Esto me parece muy grave. A mí me gustaría que Cataluña fuera cojonuda, que ejerciera un gran poder de seducción y que vinieran los señores de Salamanca, o de Extremadura, a estudiar catalán, a ver teatro, o a representarlo, y que se quedaran deslumbrados con nosotros. Pero no es el caso, sospecho.

—¿Qué nos pierde a los catalanes, Boadella?

—El cinismo. Somos los más cínicos del mundo occidental. La cantidad de clientes que han pasado a lo largo de la historia por esta «botiga» llamada Cataluña nos han dejado una herencia de cinismo importante. Yo entiendo que cierta dosis de cinismo es saludable, pero nosotros nos hemos pasado. Y luego, para colmo, tenemos sentido del humor y no sabemos reírnos de no-

sotros mismos porque desconocemos el ejercicio de la autocrítica. Aquí todo es sagrado, no puedes meterte con nadie... Así nos va. Un asco.

—Hace poco decía Terenci Moix que prefería morir de SIDA en Marrakech que de aburrimiento en la Barcelona de Pujol.

—Hombre, no. Tener un gobierno como el de Pujol es para descojonarse de risa. Peor sería tener un gobierno ideológicamente bien construido... No, este aburrimiento que nos invade procede de una crisis de identidad. Cataluña no encuentra sentido a esta continua exaltación de catalanismo, todo tiene que hacerse en nombre de la cultura catalana... Ya está bien de imposiciones, cada uno que se exprese en nombre de la cultura que le dé la gana. Con Franco, Cataluña tenía sentido, hoy ya no. Intentamos crearnos enemigos importantes, pero no siempre nos sale bien el cálculo.

—¿Usted está contento de ser europeo?

—Me trae sin cuidado, sinceramente. La Europa de mercado no me interesa para nada, prefiero lo insalubre y lo cutre de Marrakech a la sanidad de Zurich, me inspiran más los moros que los suecos. Además, la cultura de la Europa que nos han vendido es una cultura de ministerio, aséptica y manufacturada. Sánchez Dragó tiene bastante razón, a mí no se me ocurriría pedir el estatuto de apátrida, pero entiendo su postura.

—Claro. Lo suyo también es ir contra corriente, Boadella. El día que deje de quejarse ya no será usted el mismo.

—Me habré muerto, sí. Porque a mí me gusta hacer lo que me dicte la real gana, y eso supone tener continuamente roces con todo el mundo. No ejerzo de protestón, pero hago las cosas sin represiones, y así luego pasa lo que pasa. Por otra parte, en la tradición de los comediantes siempre ha existido la tendencia a destruir mitos. Sófocles o Esquilo, por ejemplo, montaban sus dioses, y después venía un señor llamado Aristófanes que se dedicaba a cachondearse de los dioses que habían montado los otros. Las sociedades siempre han creado mitos, banderas, constituciones, himnos, etcétera, y los comediantes, con una actitud ecológica, se han encargado de echarlos abajo para demostrar la relatividad de lo sagrado. En este sentido, pues, ya ve, soy un clásico.

—¿Usted va al teatro, Boadella?

—Si he de ser sincero, poco. El teatro no me gusta excesivamente. Prefiero la música, o la pintura, aunque no la pintura actual, las fiestas populares y, sobre todo, me gusta el espectáculo

de la mediocridad humana. Es fascinante. Me encanta entrar en un banco y mirar a la gente, todo lo mediocre ejerce en mí un gran poder de seducción. Me pasaría horas y horas metido en un banco contemplando a la gente...

—Eso es una fantasmada.

—No, no, en absoluto. Le juro que me gusta.

—¿Ha votado alguna vez, Boadella?

—Claro.

—Pues no le pega nada.

—No quiero que luego me recuerden que si el Gobierno no me gusta es culpa mía por no haber votado. Yo cumpla siempre religiosamente. Y le diré aún más: voto al CDS.

—Eso es otra fantasmada.

—¿Fantasmada? No, que va. Suárez representa un Gobierno sin ideología concreta, lo cual me parece muy bueno, con una cierta dosis de confusión, de anarquía... En Suárez cabe todo... Mis actitudes personales, si fueran analizadas al microscopio, son más propias de un hombre de izquierdas que de derechas, aunque también tengo algunos tics conservadores, no lo niego. Por eso, porque me siento un hombre con sentimientos de izquierdas, voto a Suárez... En cambio, votas a estos del PSOE creyendo que votas izquierdas y resulta que estás votando derechas. ¡Uy!, eso es muy peligroso.

—¿No le cae bien el actual Gobierno?

—Pues, mire, regular. Solamente regular. El actual Gobierno quiere montar una sociedad burocratizada, con unas áreas de libertad programadas, donde la gente se mueva poco. O sea, como en Europa, ni más ni menos. Felipe González es un andaluz simpaticote, un poco charlatán, eso sí, que habla durante dos horas e intenta convencerte de todo sin decir nada... Pero también debo añadir que el PSOE no ha sido enemigo de nuestro trabajo. En el aspecto cultural han respetado bastante las libertades, por ahí no parece que lo estén haciendo mal. Aunque yo prefiero a Suárez, ya digo. No quiera usted imaginar el lío que se montó en el pueblo cuando, en las últimas elecciones, llegó la hora del recuento de votos. Aquí, con cuatrocientos habitantes, normalmente se sabe siempre a quién vota cada uno, todo el mundo está controlado. Pero apareció la papeleta del CDS y cundió el mosqueo. ¿Quién demonios habrá votado a Suárez?, se preguntaba la gente. Fue muy divertido aquello, muy gracioso.

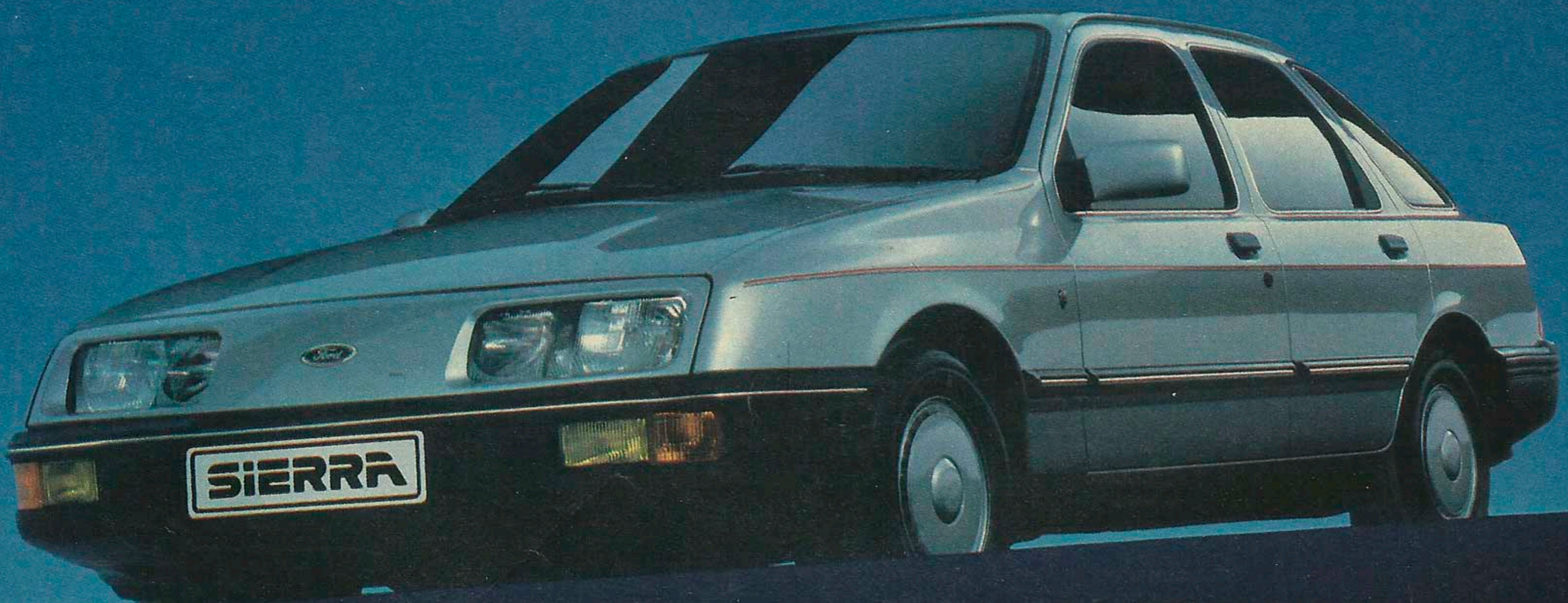
—Una curiosidad: ¿Es usted utópico?

—No. Para mí no hay imposibles. Todo es posible en Boadella. ●

NUEVO SIERRA GHIA 2.0 INYECCION



Todo un líder en elegancia. Ahora con el nuevo sistema de inyección electrónica del motor 2.0i de 115 CV. El Ford Sierra 2.0i Ghia combina las altas prestaciones con el confort y los detalles más sofisticados. Ordenador de consumo -opcional-, asiento del conductor regulable en altura, reposacabezas delanteros y traseros totalmente ajustables. Faros de largo alcance integrados en la carrocería, faro antiniebla trasero y faros antiniebla delanteros integrados en el paragolpes, retrovisores exteriores en el color de la carrocería. Cristales tintados, elevalunas eléctricos, reloj digital y tacómetro. Aire acondicionado opcional de fábrica, cerraduras centralizadas y dirección asistida. Ford Sierra Ghia 2.0 y 2.0i. El éxito de la elegancia.



FORD SIERRA. LA FORMA DEL EXITO.



Diseño y Calidad



Diseñan, fabrican y prueban las nuevas bombas atómicas y termonucleares. De sus manos salen armas que podrían acabar con toda la humanidad en morales. De izquierda a derecha: Merry Wood, John M. Pedicini, el reverendo Robert Dinegar y Elbert W. Bennett.

LOS PACIFICOS FABRICANTES



Son hombres y mujeres que investigan, diseñan y fabrican las nuevas bombas nucleares. Jóvenes y brillantes científicos reclutados de las Universidades de Estados Unidos y veteranos investigadores que vivieron la fabricación de «Little Boy» y «Fat Man» y no se arrepienten.

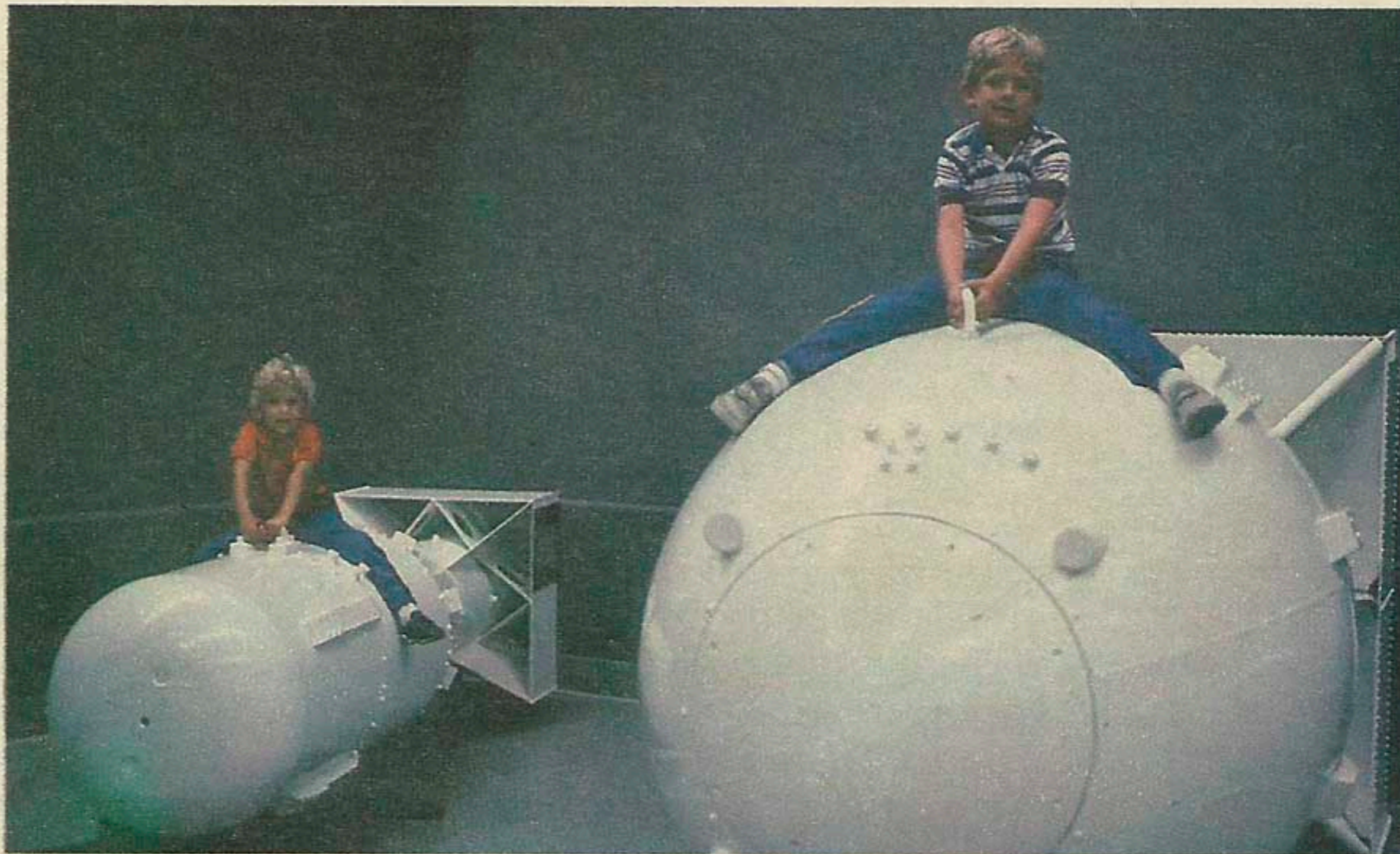
A las 5,29 de la madrugada del 16 de julio de 1945, en el campo de pruebas del Ejército norteamericano de Alamogordo, estalló la primera bomba atómica del mundo. La zona de desierto llamada Jornada del Muerto conoció ese día el primero de cientos de experimentos. Tres semanas después, Hiroshima y Nagasaki se convirtieron también en desiertos llenos de muertos. Había comenzado la escalada nuclear, que hoy en día podría convertir el planeta en una inmensa desolación.

Ninguno de los 7.000 especialistas civiles y militares que participaron en el proyecto de las bombas «Little Boy» y «Fat Man» se arrepienten de haberlas construido ni de que fueran lanzadas sobre Japón. «Terminaron la guerra y salvaron millones de vidas en ambos lados», dicen. Y este argumento persiste hoy en día embellecido: no sólo la bomba ganó la guerra, dicen sus defensores, sino que ha mantenido la paz, más o menos, durante las cuatro décadas siguientes.

Cuatro décadas durante las que se ha avanzado extraordinariamente en la tecnología de las armas nu-

clearas. Mientras «Little Boy» pesaba 9.000 libras y tenía una potencia de 12,5 kilotones, el misil SRAM, ideado en 1972, pesa menos de 2.500 libras y tiene una potencia de 200 kilotones. El nuevo y controvertido misil MX, con diez cabezas de 300 kilotones cada una, puede destruir un área cincuenta veces mayor que la zona arrasada por la bomba de Hiroshima. Incluso un arma «modesta» como el Pershing II, de 10 a 20 kilotones, puede desatar una explosión como la de Hiroshima en Moscú a los seis minutos de haber sido disparado desde Europa occidental.

La teoría y diseño del componente físico de las armas se realiza en los laboratorios de Los Alamos y en el Lawrence Livermore, en California. En el laboratorio de Sandia, en Albuquerque, y Livermore se transforma en un arma utilizable, mientras los ingredientes radiactivos —plutonio, deuterio y tritio— se producen en la Savannah River Weapons Facility. Union Carbide produce el uranio 235 y 238. La parte electrónica y mecánica se fabrica en Kansas City, y los detonadores proceden de Ohio.



Los niños cabalgan sobre las réplicas de las dos primeras bombas en el museo de Los Alamos: «Little Boy», la bomba de Hiroshima, y «Fat Man», la lanzada sobre Nagasaki.

cuestión de segundos, pero esto no les provoca conflictos

DE BOMBAS ATOMICAS

Texto Mayo Mohs. Fotos Michael Melford

FABRICANTES DE BOMBAS

Toda esta compleja tecnología se pone en marcha desde Washington, donde el Pentágono comunica al Departamento de Energía (DOE) el tipo de cabezas nucleares que se necesitan. Los científicos encargados del proyecto y su producción conocen las necesidades de su cliente y sugieren ideas para las nuevas armas.

Merri Wood, de treinta y un años, leyó cómo se fabricó la bomba cuando estaba en el colegio. «Pensé que aquellas personas eran maravillosas, pero nunca se me ocurrió que yo podría hacerlo.» Merri es actualmente diseñadora de bombas nucleares en Los Alamos, y acepta fríamente la lógica del desarrollo de estas armas. «Los militares proyectan su estrategia en función de sus deducciones sobre la capacidad enemiga. Si cambian las necesidades, deben cambiar el arma, y por eso nos dicen: "Necesitamos un arma para esto o para aquello." Probablemente el diseño es muy diferente de lo que se hizo en los años sesenta.»

LOS científicos de Los Alamos y de Lawrence Livermore, laboratorios que compiten entre sí para reclutar a los científicos jóvenes más brillantes del país, trabajan con los militares en los nuevos proyectos armamentísticos. Muchas veces se trabaja en un arma nueva antes de que el Comité de Coordinación Militar la acepte formalmente. Una vez conseguido mayor perfeccionamiento, el presidente firma una autorización para que los laboratorios del Departamento de Energía comiencen a trabajar, y finalmente el arma aparece en la lista del memorándum de armas nucleares, firmada por el presidente, que marca los planes a corto y largo plazo para la producción de armas atómicas.

Pero la investigación nuclear no es el único objetivo de los laboratorios del DOE. En Los Alamos se investiga el cáncer y la energía geotermal. En Lawrence Livermore se trabaja en la energía a partir del agua de mar y en el poder de fusión.

El ingeniero nuclear John Pedicini, de veintiocho años, encabeza en Los Alamos un equipo de diseño de una bomba nuclear que puede lanzarse desde una plataforma flotante contra un submarino enemigo. Pedicini llegó a Los Alamos tras terminar su doctorado en la Universidad de Illinois. Estudió la industria nuclear y decidió que «si que-

ría hacer algo interesante en tecnología nuclear sólo había un campo para ello». Este tema ya le había fascinado desde la niñez. «Yo era asmático y no podía jugar, así que me dedicaba a leer. Siempre me interesó la historia, y esto implica un interés en la guerra, en las contiendas. Pasé de la historia de la guerra a la tecnología de las contiendas, y aquí es donde estoy. Para mí, construir una bomba no ha sido nunca un dilema moral, sino una responsabilidad moral.»

Elbert Bennett, de cincuenta y seis años, que ha pasado en Los Alamos tres décadas probando armas nucleares y analizando sus resultados, cree que «si no existieran las armas nucleares, ya habría estallado la tercera guerra mundial». Aparte de esto, encuentra que su trabajo es divertido, interesante y a veces incluso excitante. «Las condiciones de una explosión termonuclear —explica— son muy parecidas al interior de una estrella, que es realmente un reactor de fusión natural. No hay otra comparación posible del ambiente generado por una explosión.»

Entre los doctorados, los físicos son los más numerosos en ambos laboratorios, pero cualquiera que sea su disciplina, el talento de cada hombre debe estar a pleno rendimiento. El trabajo no requiere sólo conocimientos de física nuclear, sino también de hidrodinámica, astrofísica y otros.

Por supuesto, también hay una oposición civil a la fabricación de bombas nucleares y a la carrera armamentística. La religiosa Bernice Noggler, por lo menos tres veces por semana, coge su cuaderno y sus binoculares, arranca su Impala gris y abandona el convento de San Francisco, en Amarillo, con destino a Pantex, el complejo industrial a 15 millas de la ciudad donde se encajan finalmente todos los componentes de una cabeza nuclear. La hermana Bernice vigila la salida del Tren Blanco, que una vez al mes se pone en marcha transportando las nuevas cabezas. Cuando la hermana observa movimiento llama a Jim Douglass a Bangor, Washington, que vive cerca de la base de submarinos Trident. Douglass, fundador del Grupo de Desarme Nuclear, marca el trayecto del tren y lo notifica al siguiente punto de su ruta. Al tiempo que el Tren Blanco recorre el país, grupos de opositores

se reúnen a lo largo del camino. Algunas de estas comunidades puede convencer al convoy para que se detenga declarándose «zona desnuclearizada».

POR su parte, el obispo católico de Amarillo, Leroy Matthiesen, de sesenta y cuatro años, ha dado un gran paso tras la pastoral de 1983 de los obispos católicos condenado la guerra y las armas nucleares. En 1981, en una carta abierta a los trabajadores de Pantex a través del periódico diocesano, Matthiesen les invitó a examinar sus conciencias y les ofreció consejo en el Servicio Familiar Católico. Sólo acudió un trabajador, y el obispo recibió varias invitaciones para trasladarse a Rusia.

No por ello se alteraron sus convicciones pacifistas. «De alguna manera los americanos no han madurado lo suficiente. Este país debe ser el número uno en rugby y el número uno en poder armamentístico. La carrera de armamento no se frenará hasta que los individuos tomen una decisión consciente de hacer algo. La cuestión crucial es si la gente tiene la capacidad moral necesaria para controlar la tecnología que creamos. Por ahora debo decir que no, y que se nos está acabando el tiempo. Siento que nos dirigimos hacia una catástrofe.»

Esta cuestión moral fue ponderada hace mucho tiempo por un veterano científico de Los Alamos, el reverendo Robert Dinegar, de sesenta y tres años, químico y pastor protestante, que ha trabajado en el laboratorio desde 1950, principalmente diseñando y fabricando detonadores.

Dinegar se hizo reverendo después de llegar a Los Alamos. Fue ordenado en 1959 y sirvió hasta 1983 en la iglesia episcopal Trinity-on-the-Hill. «No hay ningún conflicto entre mi trabajo en el laboratorio y mi sacerdocio. Si el trabajo en el laboratorio es ético para cualquiera, entonces es ético para todos, incluido un pastor de la Iglesia.»

EL reverendo cree que «puede haber una guerra justa», aunque concede que «es difícil, por la gran destrucción que conlleva, justificar una guerra nuclear». Pero como muchos de sus colegas en la fabricación de bombas nucleares, insiste en que las armas no son para ser utilizadas. «El propósito de las armas nucleares es conseguir la libertad de la gente hasta que aprendan a vivir juntos.» ●



¡Bravo! por su aplauso.

Bravo por todos! Por todos los que van al teatro,
y cada día con su aplauso, alzan telones, animan las ideas,
encienden la imaginación y dan vida al teatro.

¡Bravo! A los 600.000 nuevos
espectadores que este año se han sumado con
su aplauso a la gran familia del teatro.

¡Bravo por su aplauso!

Vive el

TEATRO

MINISTERIO DE CULTURA

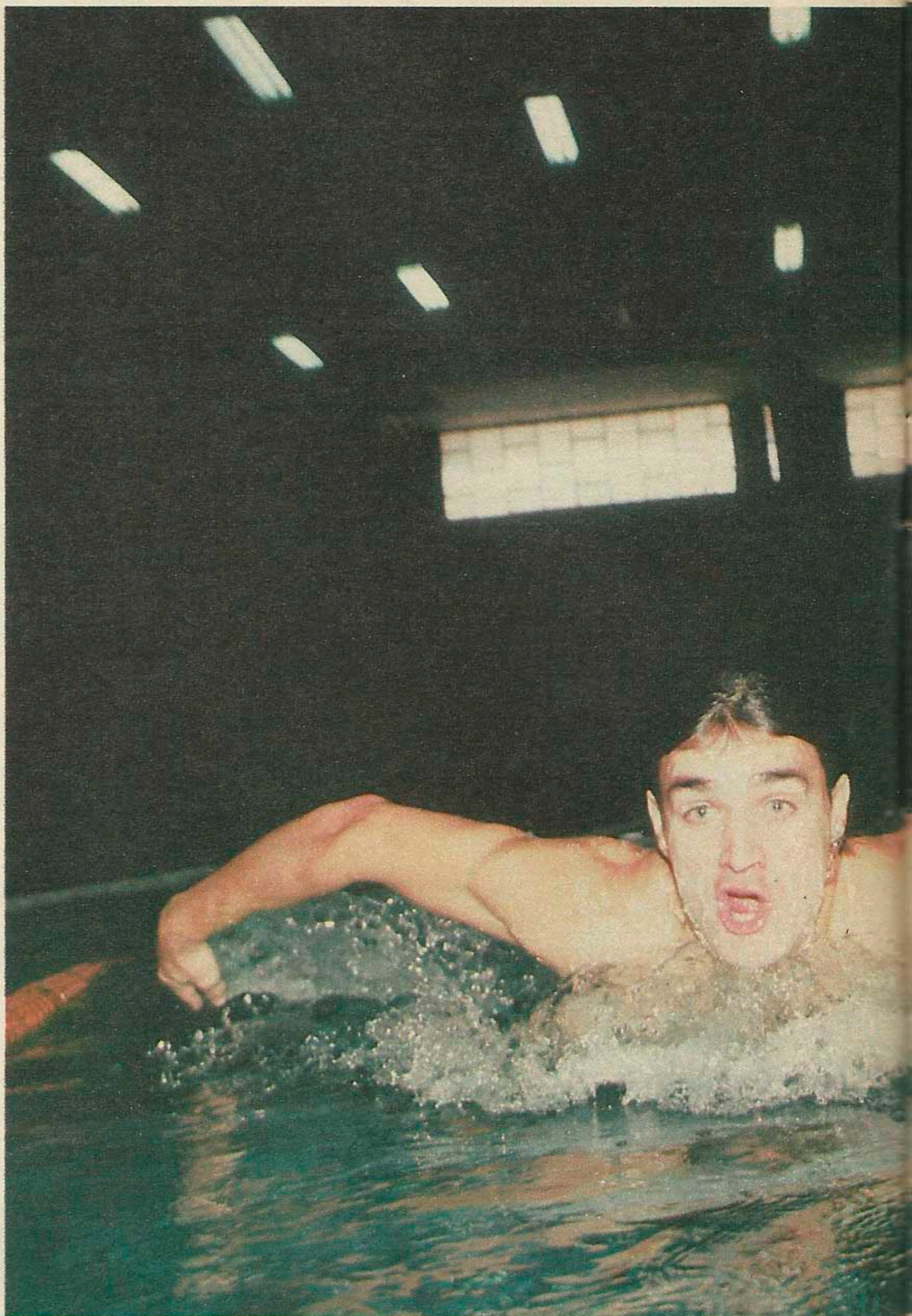
Instituto Nacional de las Artes Escénicas y de la Música

En colaboración con las Asociaciones de Empresarios de Locales y Productores Teatrales

NADAR EN INVIERNO

Texto Elena Molero Alonso
Foto Fernando Múgica

TAN importante era la natación en Roma, que al hablar de un ignorante se decía: «No sabe leer ni nadar.» Lejos de la exageración romana, lo que sí resulta cierto es que la natación constituye un ejercicio físico completo. Y aunque en principio pueda dar cierto escalofrío imaginarse junto a las aguas de una piscina en pleno mes de diciembre, sería saludable si de vez en cuando frecuentáramos las piscinas climatizadas durante la temporada de invierno. Para ello, Madrid cuenta con una red de piscinas cubiertas municipales y privadas que pueden hacer las delicias de los aficionados al baño olímpico. Pero si lo que se desea es iniciarse en el deporte de la natación, las piscinas municipales organizan cursillos de aprendizaje. Estos van dirigidos a todas las edades. Los más pequeños (de tres a cinco años) disponen de clases



DISCOS

Clarence Clemons, saxofonista del grupo de Bruce Springsteen, se inicia como protagonista en el mundo del disco con «Hero», un LP que acaba de publicar CBS. Todo el álbum despidió el mejor sabor a rock and roll. La primera cara se abre con un tema titulado «Eres mi amigo», en el que él está acompañado por Jackson Browne.



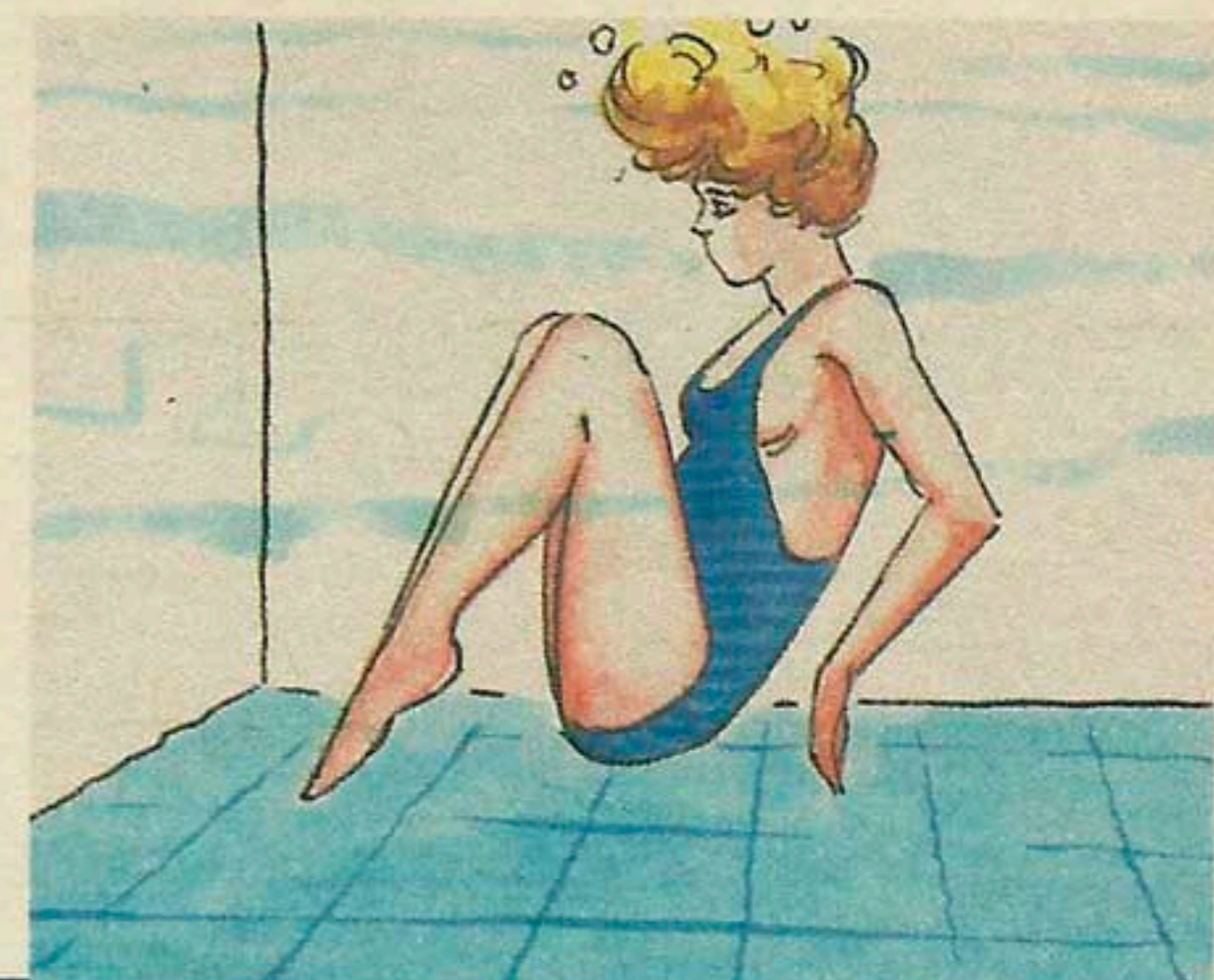
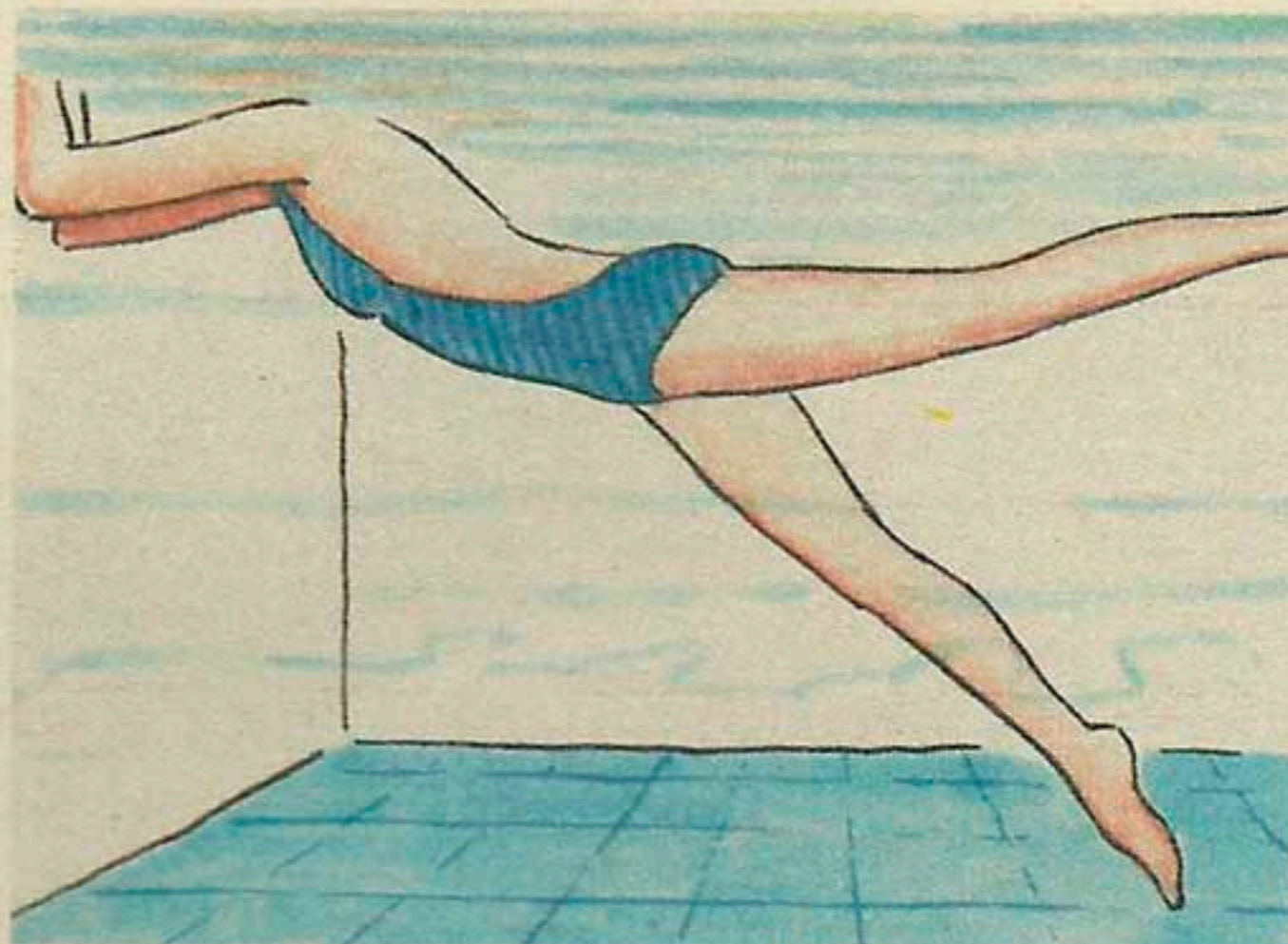
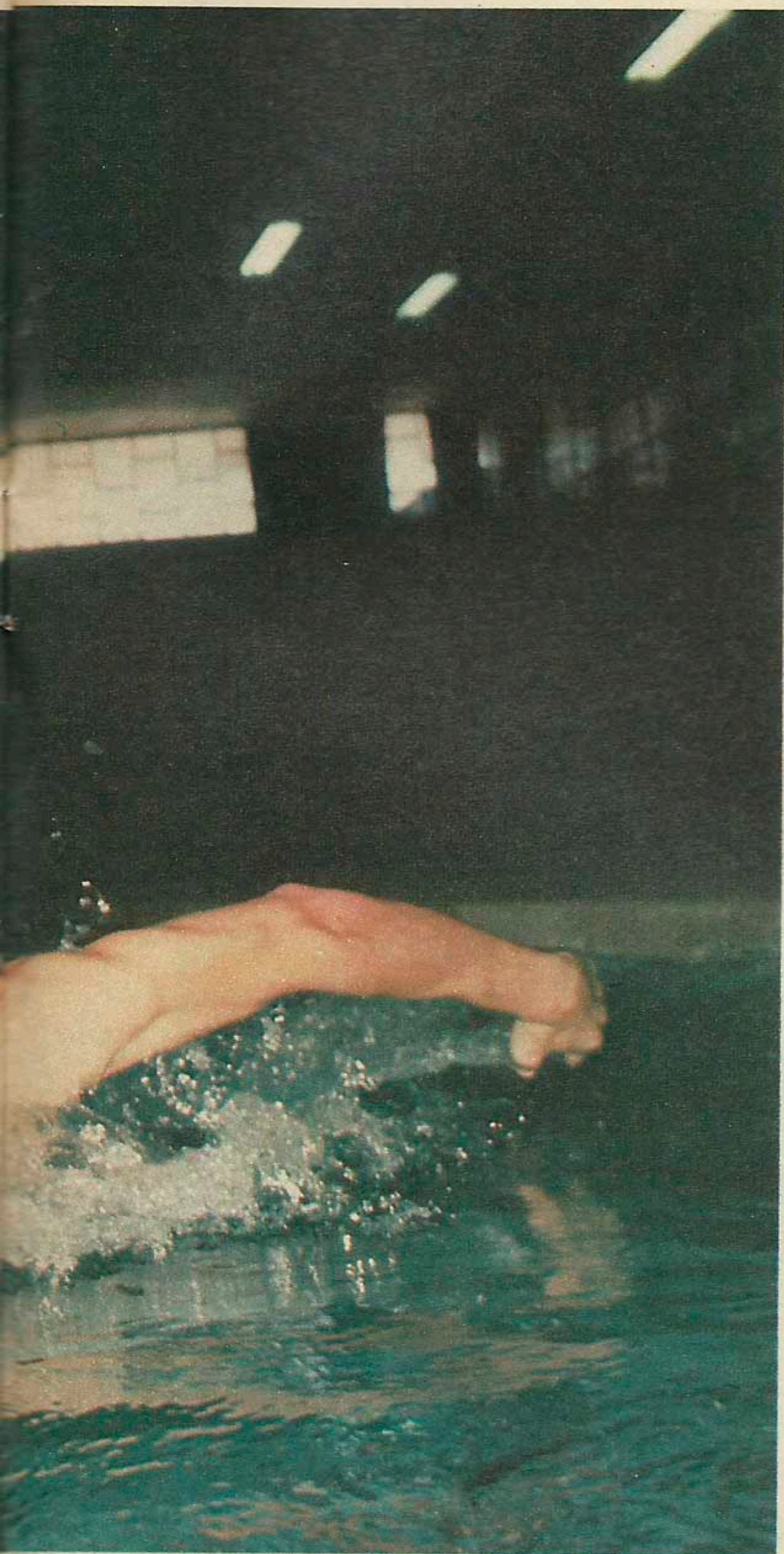
EXPOSICIONES

El Casón del Buen Retiro alberga hasta el día 9 de marzo la obra de un gran pintor asturiano: Evaristo Valle. «Gauguin y Lautrec están en el fondo de su sensibilidad», escribe Pérez



Sánchez, y la serie de dibujos y acuarelas que se presentan dan buena muestra de ello. Precisamente el grueso de la exposición lo constituyen dibujos de los primeros años del siglo, en los que la huella del modernismo es más patente. A la izquierda,

«El vals», boceto para ilustración realizado hacia 1901 con lápiz y acuarela. El dibujo reproducido a la derecha se titula «Excavaciones arqueológicas en Gijón» y está pintado, siguiendo la misma técnica, hacia 1903.



especiales de media hora en las que se les va familiarizando con el mundo acuático, ayudándoles a perder el miedo. Tampoco faltan cursillo de iniciación para la tercera edad. Si se quiere ir «por libre», de diez de la mañana a siete de la tarde, en las instalaciones municipales hay oportunidad de darse un baño.

La natación nace como deporte en Inglaterra a mediados del siglo XIX, no popularizándose hasta fines de siglo. Al reanudarse la celebración de los Juegos Olímpicos en 1896, se incluyó en ellos la natación como deporte masculino. Posteriormente ganó popularidad tanto entre hombres como entre mujeres.

Si hemos elegido un día nublado y frío para ir a la piscina, será una manera de retar al mal tiempo con buena cara, desde el agua (25°) y en bañador.

Aguardemos al verano para recibir el sol, pero no esperemos el tiempo cálido para practicar uno de los deportes más completos. Todos al agua.

MADRID: PISCINAS CUBIERTAS

ALAMEDA. Hotel Alameda. Avda. de Logroño, 305. Tel. 747 77 00. 700 ptas.

ALUCHE. Avda. del General Fanjul, 14. Tel. 706 28 68. 200 ptas.

ATENAS. Víctor de la Serna, 37. Tel. 457 85 86. Bono de 14 baños, 7.000 ptas.

CANOE. Pez Volador, 30. Tel. 273 58 77. 500 pesetas.

CONCEPCION. Virgen del Portillo, s/n. Tel. 403 90 20. 200 ptas.; niños, 85 ptas. Bonos de 20 baños, 3.000 ptas. y 1.000 ptas., respectivamente.

DEHESA DE LA VILLA. Santo Angel de la Guarda, s/n. Tel. 450 73 44. 200 ptas.

MINDANAO. Hotel Mindanao. San Francisco de Sales, 15. Tel. 449 55 00. Un baño semanal, 2.500 ptas. al mes; dos baños, 4.500.

MUNICIPAL CASA DE CAMPO. Avda. del Angel, s/n. Tel. 463 00 50. 200 ptas. Bonos de 20 baños, 3.000 ptas.

OLIMPIC. Marqués de Lema, 7. Tel. 254 05 65. 5.500 ptas. mensuales por una hora diaria.

POLIDEPORTIVO CHAMARTIN. Plaza del Perú, s/n. Tel. 250 12 23. 200 ptas.; niños, hasta 14 años, 85 ptas.

POLIDEPORTIVO LA LATINA. Plaza de la Cebada, 1. Tel. 265 80 31. 200 ptas. Bonos de 20 baños, 3.000 ptas.

SAN BLAS. Avda. de Hellín, 79. Tel. 213 23 46. 200 ptas.

TEATRO

Entre el 17 y el 27 de febrero se desarrollará en el Centro Cultural de la Villa un encuentro hispano-francés de teatro visual, mimo y danza titulado «*Todo se mueve*». Jacques Lecoq, Waldo, el Théâtre du Mouvement o el grupo Mudances, de Barcelona, son algunos de los invitados. Abrirá el fuego Jacques Lecoq el martes 18, a las 20,30.

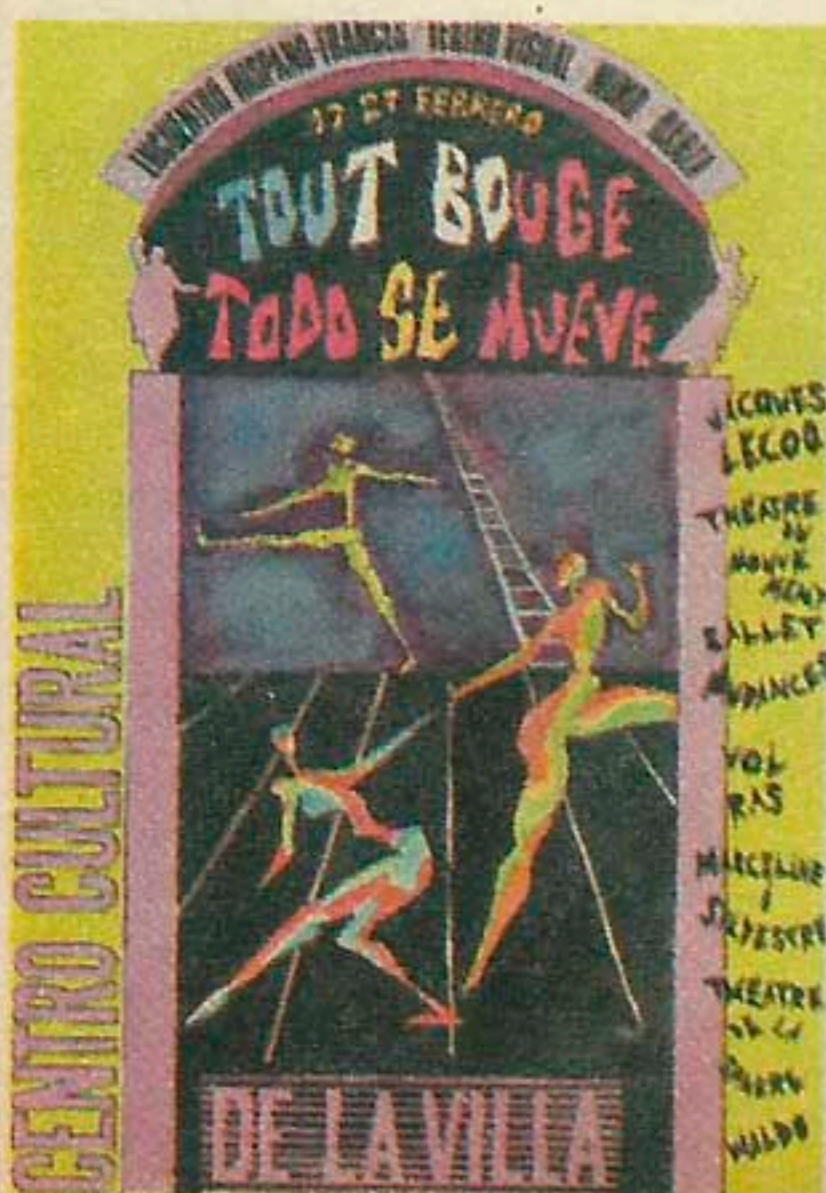


CINE

«*Memorias de Africa*» se ha alzado con tres de los seis Globos de Oro para los que había sido nominada: mejor película dramática, mejor banda sonora y mejor actor secundario para

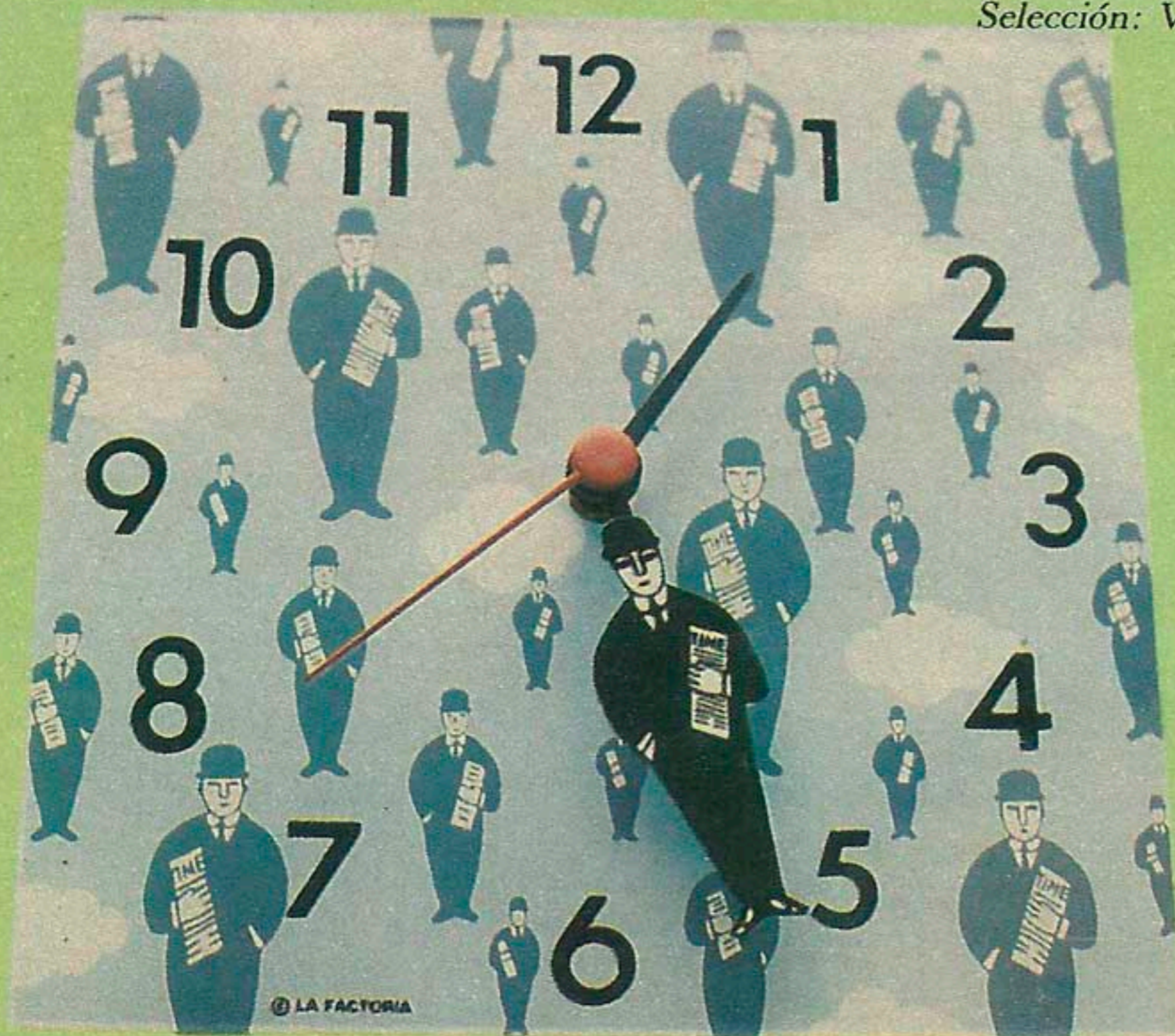
Klaus Maria Brandauer. «*Memorias de Africa*» es la narración de una escritora danesa, Isak Dinesen, que cuenta su vida en una granja cafetera de Kenya. Robert Redford y Meryl Streep son los protagonistas. La historia comienza con la lle-

gada del matrimonio que encarnan Redford y Meryl a la granja. La vida en común se complica considerablemente por la alarmante promiscuidad que introduce el marido. Y la mujer, sintiéndose sola, comienza a descubrir realmente Africa.



DE ESCAPARATE

Selección: Victoria Sáez



Es un reloj de cristal, decorado con siluetas, como la del hombre del bombín que sostiene el «Time» en su mano. Cuesta 3.200 pesetas y lo venden en La Continental. Príncipe de Vergara, 36.



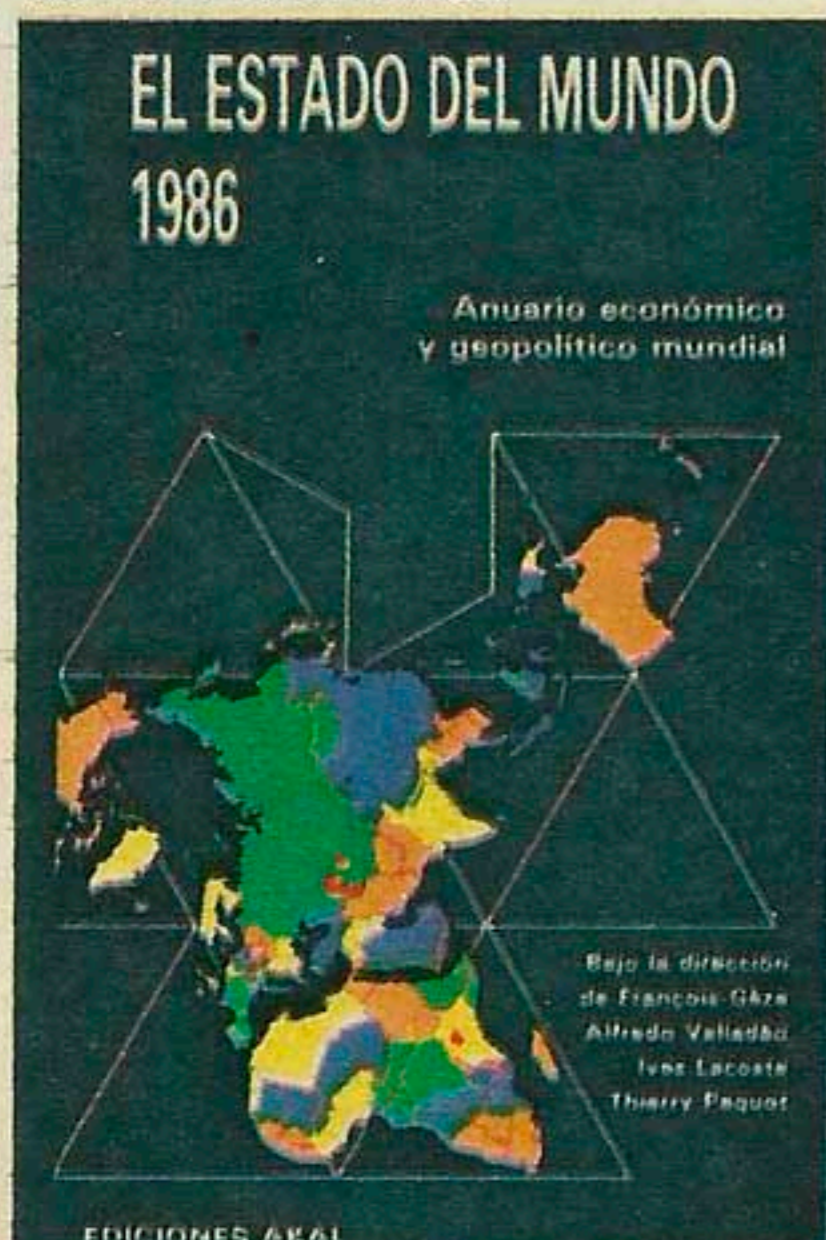
Ponga un camarero en su hogar. Sirve como mesa auxiliar y es perfecto para sostener copas y botellas. Este cuesta 35.000 pesetas y se expone en La Continental. Príncipe de Vergara, 36.



Un coche años veinte. Es de madera lacada y cuesta 8.500 pesetas. Se puede encontrar en La Continental. Príncipe de Vergara, 36.

LIBROS

¿Qué ocurrió día a día entre junio de 1984 y mayo de 1985? ¿Cuáles son los principales partidos políticos en Irán? Esas y muchas otras cuestiones se contestan en 121 artículos de fondo que elaboran 83 especialistas de 18 nacionalidades y que dan como resultado «El estado del mundo», un anuario que publica Ediciones Akal.



CONCIERTOS

Cuatro solistas esta semana en el Teatro Real. Aurora Nátola de Ginastera actuará el jueves día 20, a las 19,30, y el viernes 21, a las 22,00, con la Orquesta Sinfónica de RTVE bajo la dirección de Gary Bertini.

Bella Davidovich tocará el piano el viernes 21, a las 19,00, y el sábado 22, a la misma hora, con la Orquesta Nacional de España bajo la batuta de John Carewe. Por último, el sábado, a las 22,30, dentro del ciclo «Grandes intérpretes», Wladimir Spivakov tocará el violín, y Sergei Bezrosny, el piano.

VIDEO

«La legión invencible» incluye a los dos John más famosos del cine americano: John Wayne ante la cámara y John Ford detrás de ella. La historia se sitúa en el momento en que los indios acababan de vencer al general Custer. Enardecidos por el éxito decidieron recobrar las praderas, y el Fuerte Starke fue el objetivo elegido.



Esta película de estilo western se sitúa en un momento clave de la historia de la frontera entre los indios y los colonos del Oeste. El actor más grande en acción a los nombres clásicos y los actores más jóvenes en un momento supremo por recuperar las praderas de sus antepasados y exponer a los aliados. Todos ellos.

El Fuerte Starke, punto avanzado de la frontera norteamericana, era su primer objetivo.

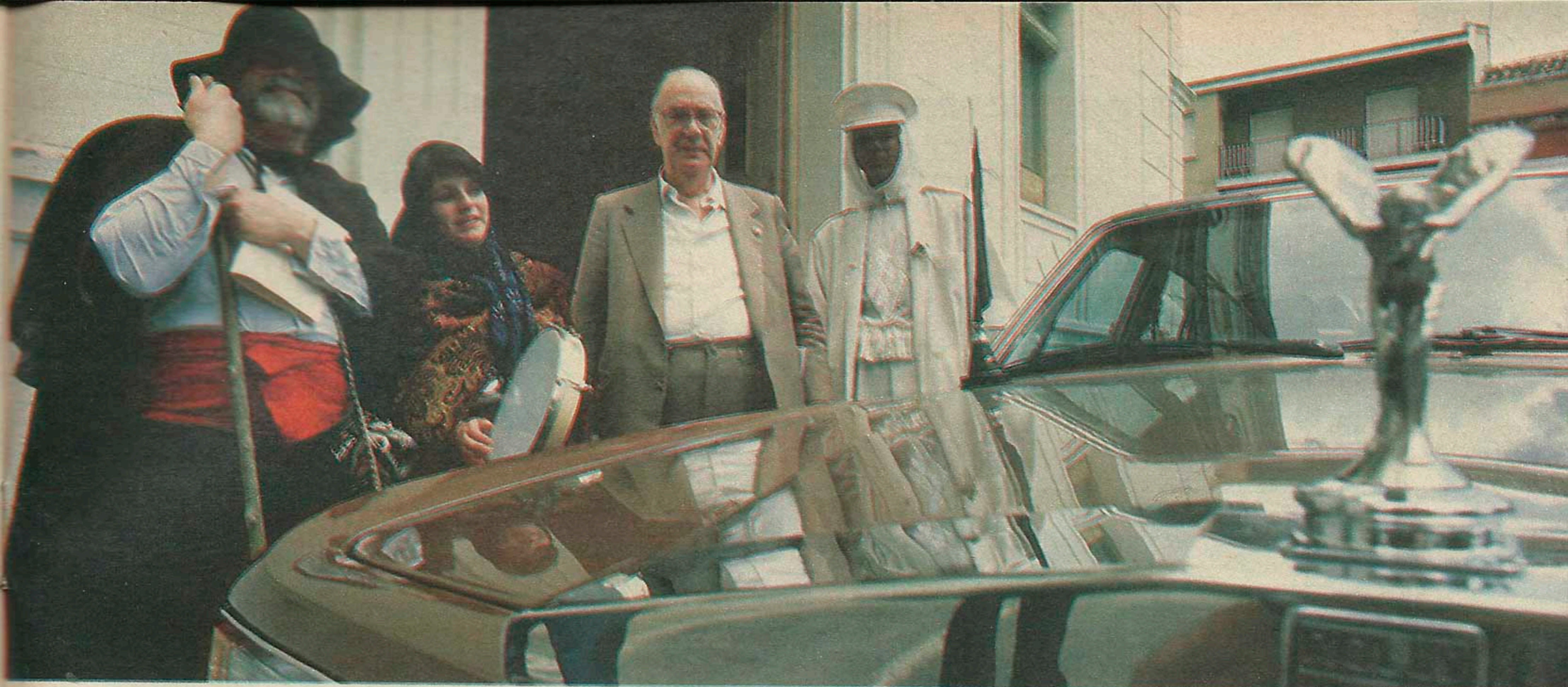
Los héroes de guerra y los cineastas protagonistas de los protagonistas consiguen uno de los títulos más importantes de la historia del cine.

WOLFE

© 1987 PICTURES INC.

El gobierno de los Estados Unidos y el ejército de los Estados Unidos se reservan todos los derechos.

Se prohíbe la reproducción o la transformación de esta obra sin el consentimiento expreso de los titulares de los derechos de propiedad intelectual.



“Nuevo Viaje a la Alcarria”

El último libro de Cela
gratis con
su ejemplar de

cambio

El relato del quijotesco, inaudito e histórico viaje que hizo Cela, patrocinado por el Grupo 16, en Rolls y con una choferesa negra, 40 años después de su primer Viaje a la Alcarria.

En exclusiva para nuestros lectores, se presenta en tres tomos, cada uno de los cuales se entregan gratis junto a su número de Cambio 16.

No se deje escapar esta obra inédita que estará en su quiosco a lo largo de tres semanas consecutivas.

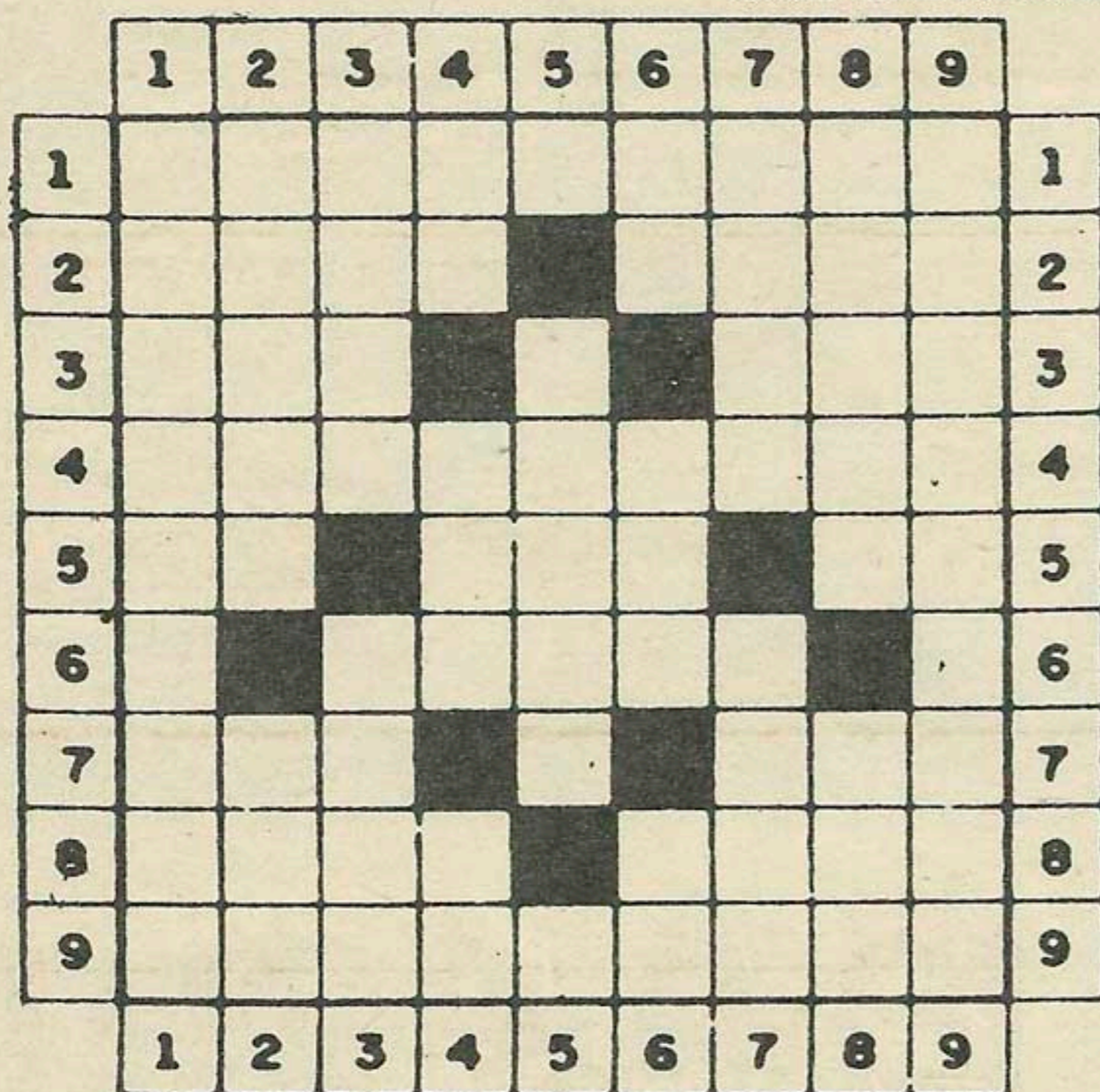


A partir del martes 18
en su quiosco

JUEGOS

Crucigrama por Raicho y Ajedrez por F. Magliaro

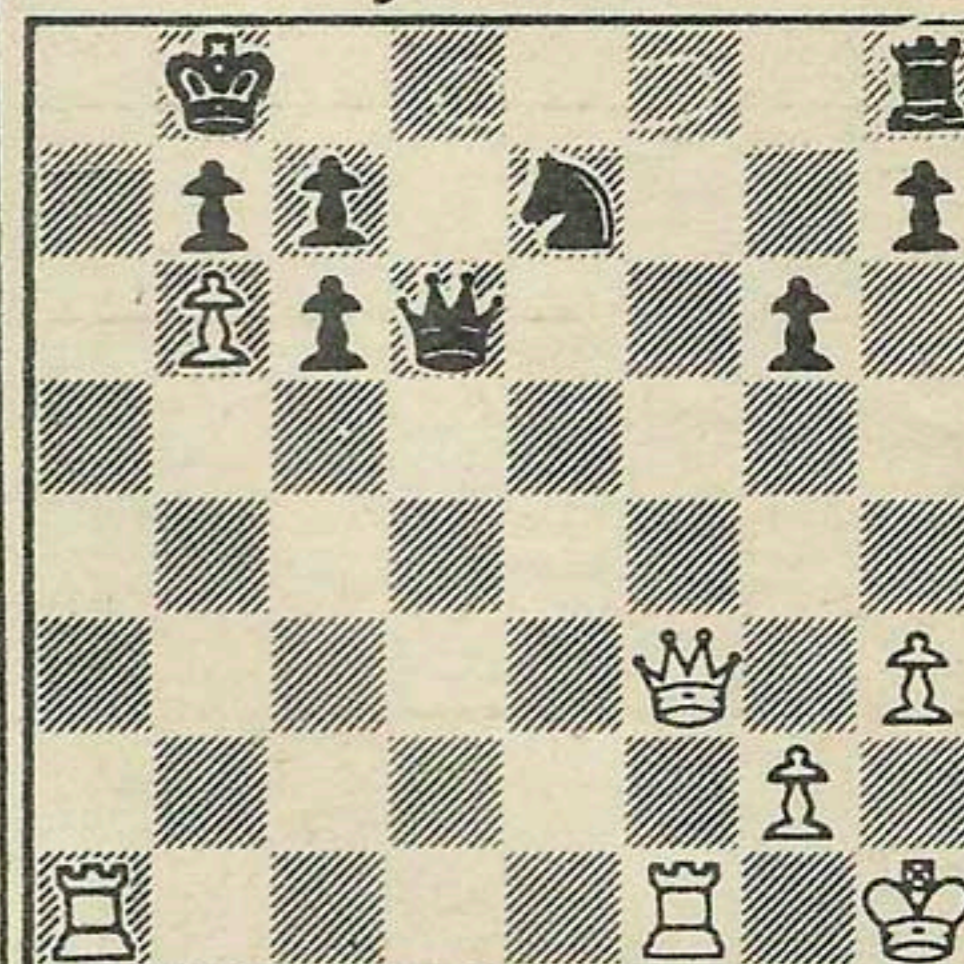
CRUCIGRAMA



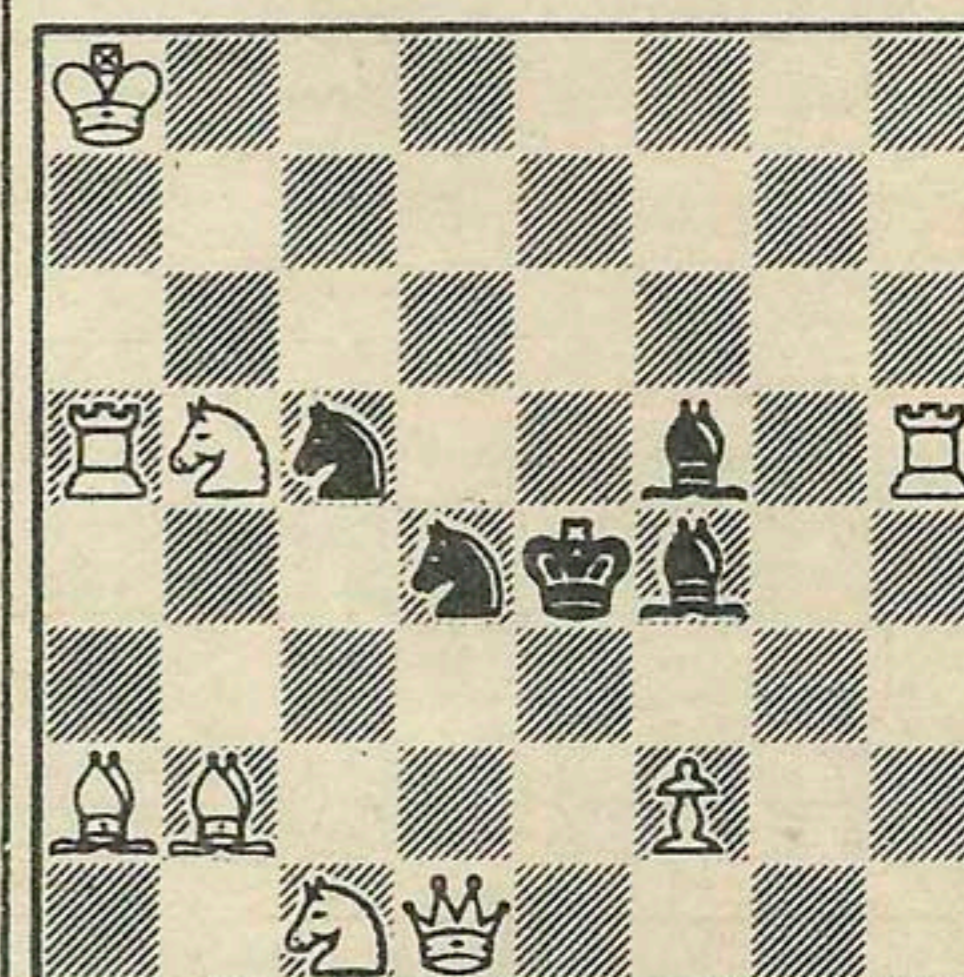
HORIZONTALES.—1: En plural, paso largo.—2: En la mitología griega, la suprema deidad. Al revés, tributo homenaje de sumisión y respeto.—3: Al revés, familiarmente, enreda, complica. Dueño y señor. Al revés, hueso de la cadera.—4: Por poder. Muro de cerca. Nota musical.—5: Limpieza, pulcritud. Grados Reaumur. Nota musical. Punto cardinal.—6: Confusión, irresolución, indecisión.—7: Símbolo del yodo. Luna de Júpiter. Símbolo del nitrógeno. Nombre de varón.—8: Negación chulesca. Oblicuidad o torcimiento. Artículo indeterminado.—9: Me atrevo. Al revés, gran río de Europa que nace en el San Gotardo, en los Alpes.—10: Doy o manifiesto informes, juicios, opiniones, etcétera. Carta décima de cada palo de la baraja (al revés).—11: Labor en figura de cadena muy delgada.

VERTICALES.—1: Herramienta a modo de pico con dos bocas opuestas, terminadas la una en punta y la otra en corte angosto.—2: Al revés, observe y escuche disimuladamente. Al revés, interrumpe su actividad.—3: Al revés, agente físico que ilumina y hace visibles las cosas. Al revés, marcharé, me dirigiré. Al revés, estimo, aprecio, quiero.—4: Símbolo del arsénico. En plural, pequeño mamífero insectívoro de la familia de los tálpidos, de vida subterránea. Al revés, entregué.—5: Punto cardinal. En las recetas médicas, a partes iguales. Cifra romana. Lo que es, existe, o puede existir.—6: Facultad, capacidad para comprender y penetrar las cosas.—7: Al revés, novena letra del alfabeto griego. Octava consonante del alfabeto castellano. Matrícula española. Conjunción copulativa.—8: Dona, entrega. Que no tiene hojas (en botánica). Símbolo del astato.—9: Hacia aquí, cerca de este sitio. Al revés, composición poética. Sujeta con cuerdas.—10: Al revés, en plural, periodo de veinticuatro horas. Aprieto, escasez grande.—11: Repruebas, censuras, desapruebas una doctrina u opinión.

AJEDREZ



¿Cómo se gana? Blancas juegan y ganan. La superioridad posicional permite que con una maniobra clásica, simple y muy elegante el rey negro sea llamado a chillidos desde el más allá.



Tema de mate. Las blancas efectúan la jugada clave. A cualquier respuesta del negro se le da jaque mate.

EL ASTUTO COMISARIO



NOMBRE	APELLIDO	ESTADO CIVIL	EDAD
Augusto	MILANO	Divorciado	35
Basilio	TORBADO	Casado	40
Pedro	VAZQUEZ	Viudo	41
Silvio	LLAMOSAS	Soltero	50

En el piso 2.º del número 32 de la 4.ª Avenida, en CRIMINOLANDIA, se ha cometido un asesinato. El Astuto Comisario, tras las oportunas pesquisas, ha descubierto al autor del crimen. Usted TAMBIEN PUEDE descubrirlo, si relaciona hábilmente los datos que a continuación le facilitamos:

- El sospechoso de 40 años y VAZQUEZ ganaron conjuntamente un certamen de publicidad.
- MILANO y el CASADO son los más jóvenes.
- El SOLTERO, a pesar de su estado civil, es mayor que PEDRO.
- El DIVORCIADO y el sospechoso de 41 años son primos carnales.
- El VIUDO quiere volver a casarse.
- El sospechoso de 35 años tiene los ojos azules.
- SILVIO tiene una motocicleta para ir a trabajar.
- El CASADO es mayor que AUGUSTO.
- El asesino es mayor que VAZQUEZ.
- PEDRO ha afirmado ser mayor que TORBADO.
- BASILIO y el sospechoso de 50 años son aficionados a la música gregoriana.
- A LLAMOSAS le robaron el coche durante el interrogatorio.

TRASTUEQUE

Cada una de las palabras de este texto puede tener sus letras cambiadas. Se trata de que usted las ponga en su orden correspondiente para que pueda leerse un poema de un autor español.

CAHIA LE LABA

¿Qué cusbas ne la rolilla
 is le orí teás mirdodo?
 —Nu lilano ed talpa ed Veslila
 y aun valle de vercon de Dragana.
 —On yah adan, esepar,
 vatiado se de hocen
 y le ocile niete tesellar.
 —Is, rope yo riquesai... ..
 —¡Licenios!
 Uqe pradistese le uaga.
 Fledora Dajiruse

SOLUCIONES

GR. E. 8: Da. Aflio. At. 9: Aca. ado. Ata. 10: saíd. Apuro. 11: Condenas. AJEDREZ. ¿Cómo se gana? 1. D8A+, DID (si 1... T×D; 2. T×T+, CIA; 3. T8TD+, R×T; 4. T×C mate); 2. T8T+, R×T; 3. P×P11... De. Clave de mate. Clave: 1. D4C. Si 1... A3R. A×D; C6A; otra del mismo caballo; C4A (muve) será: 2. C6D; A5D; D×A; D2C; C3A ó C6D mate, respectivamente.

CRUCIGRAMA Alfredo Juderías. Que despiertas el agua. HORIZONTALES.—1: Zancadas. 2: Zeus. otaca. 3: ail. Amo. aiC. 4: PP. Tapia. Do. 5: Aseo. R. Fa. N. 6: Perplejidad. 7: I. Io. N. Lo. pe. 8: Ca. Sego. Un. 9: Oso. nR. Ara. 10: Emito. atos. 11: Cadeneta. VERTICALES.—1: Zapapico. 2: eipse. aseC. 3: zul. erl. oma. 4: As. Topos. ID. 5: N. AA. L. Ente. 6: Comprensión. 7: atol. J.

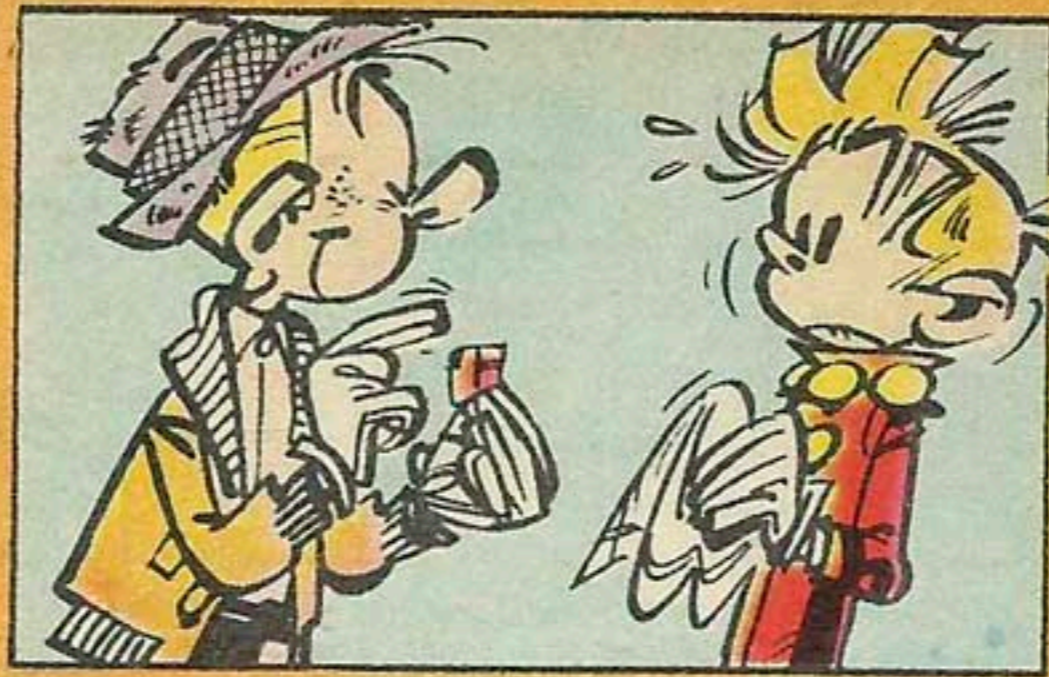
Hacia el alba. ¿Qué buscas en la orilla? —Un anillo de plata de Sevilla y una llave de bronce de Granada. —No hay nada, espera, todavía es de noche y el cielo tiene estrellas. —¡Silencio!

EL ASTUTO COMISARIO

NOMBRE	APELLIDO	E. CIVIL	EDAD
AUGUSTO	MILANO	DIVORCIADO	35
BASILIO	TORBADO	CASADO	40
PEDRO	VAZQUEZ	VIUDO	41
SILVIO	LLAMOSAS	SOLTERO	50

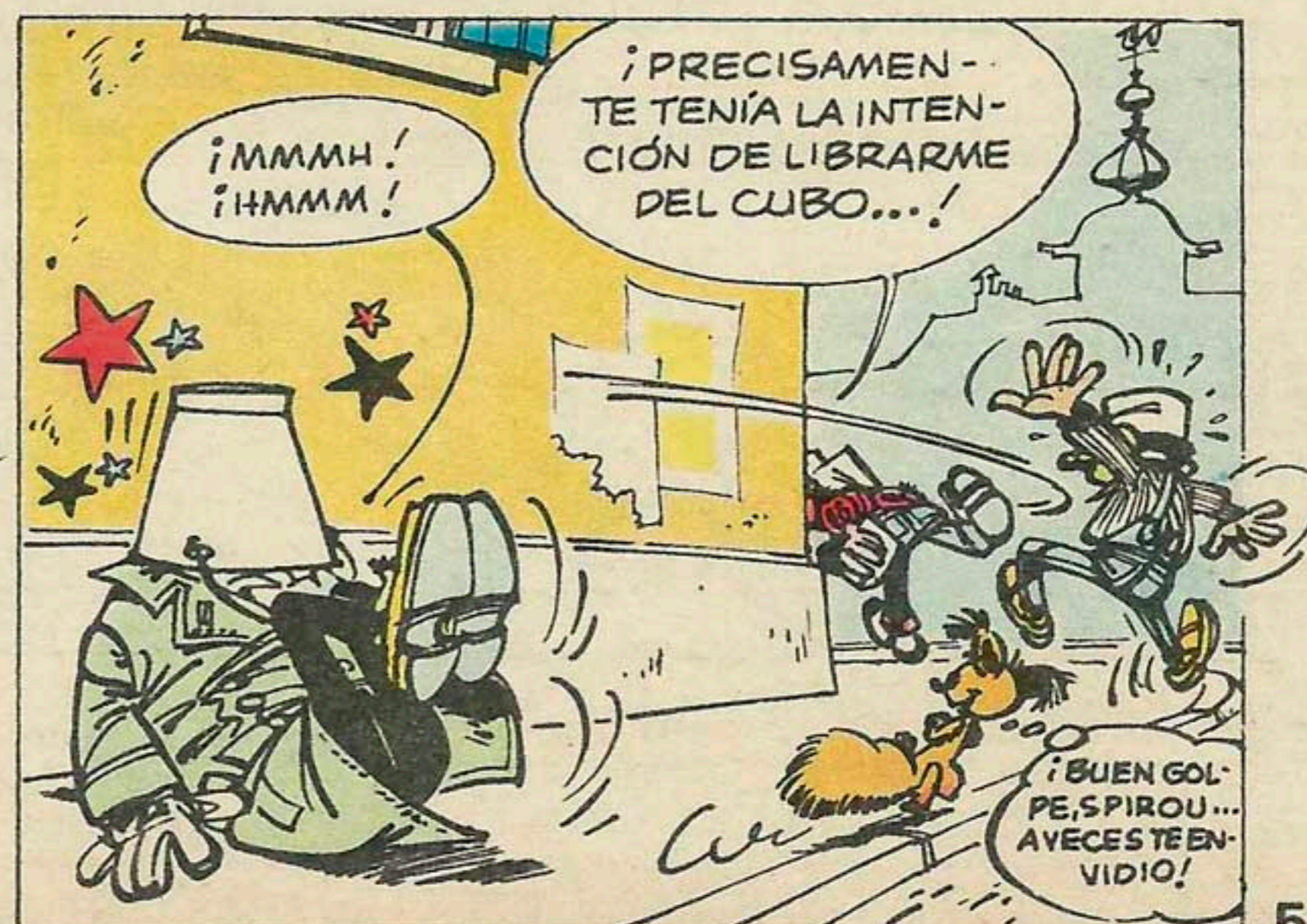
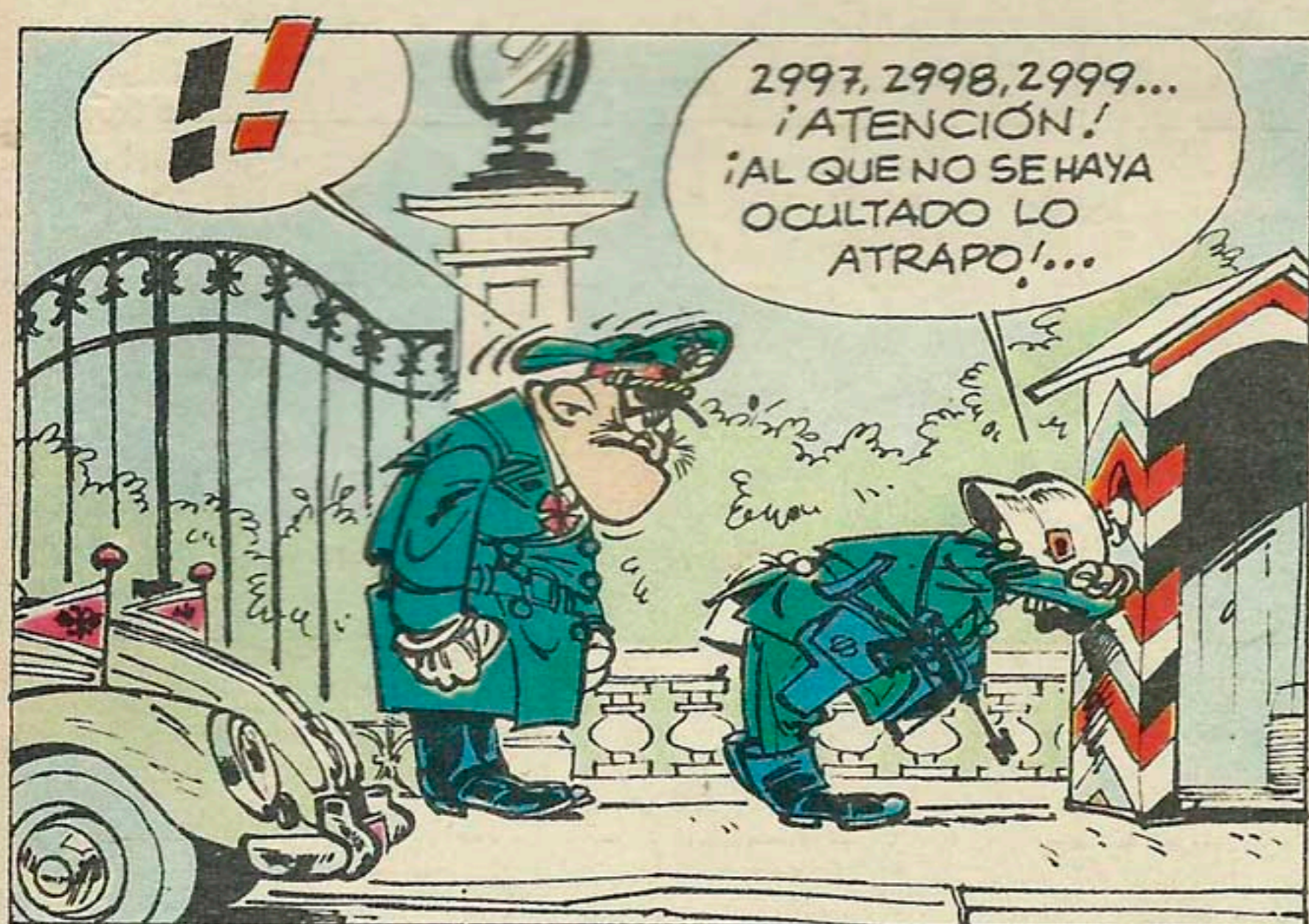
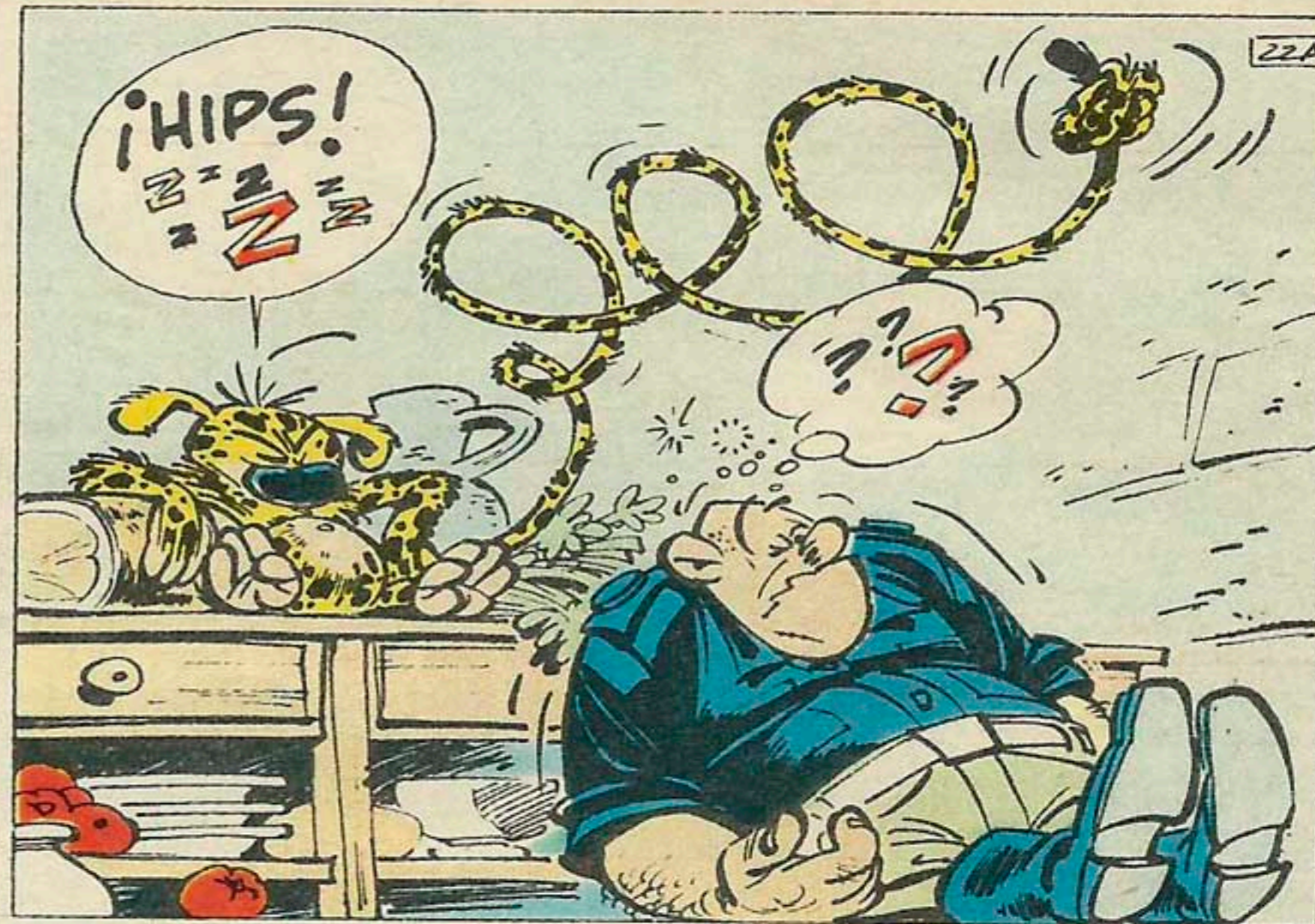
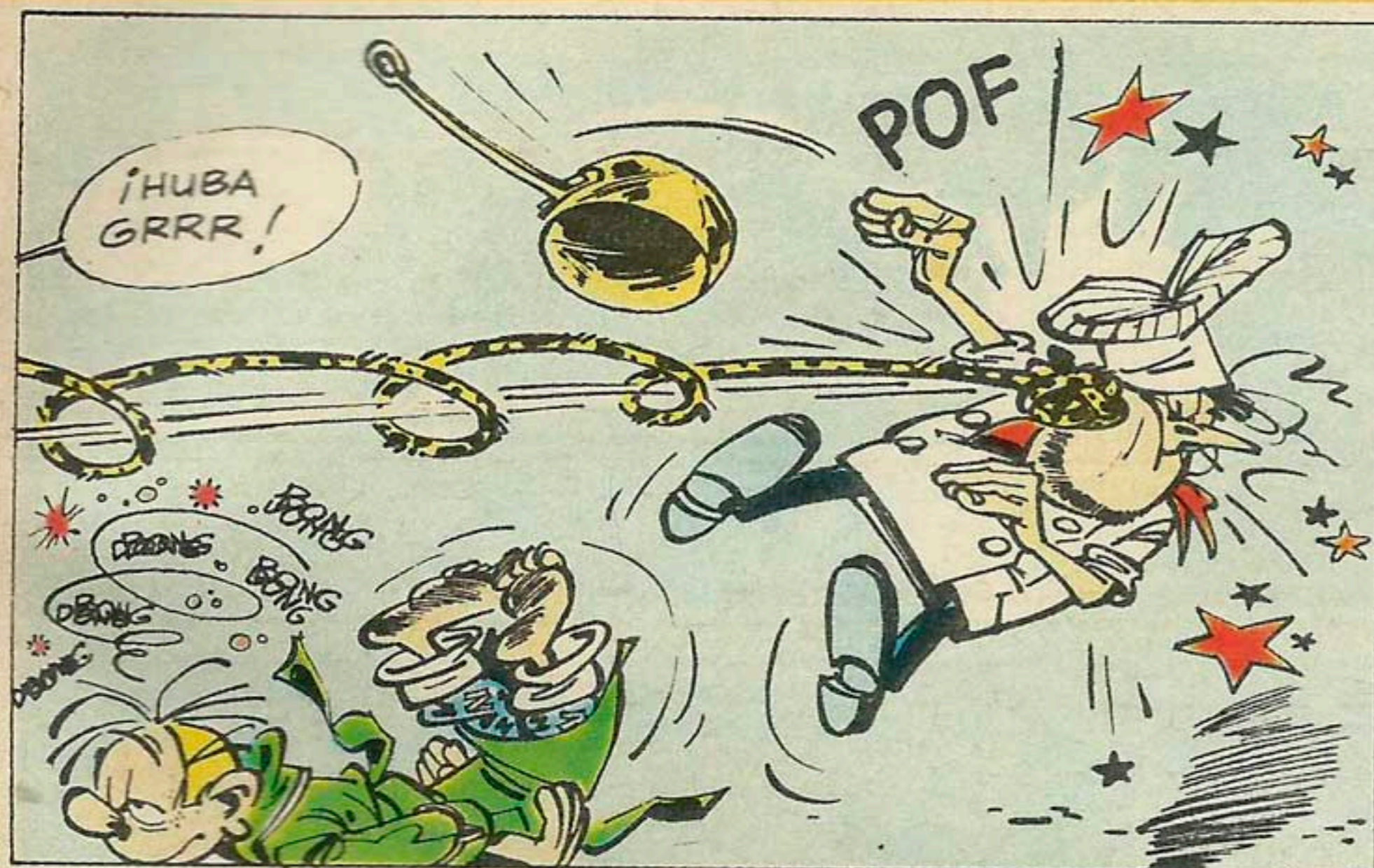
El asesino es SILVIO LLAMOSAS.

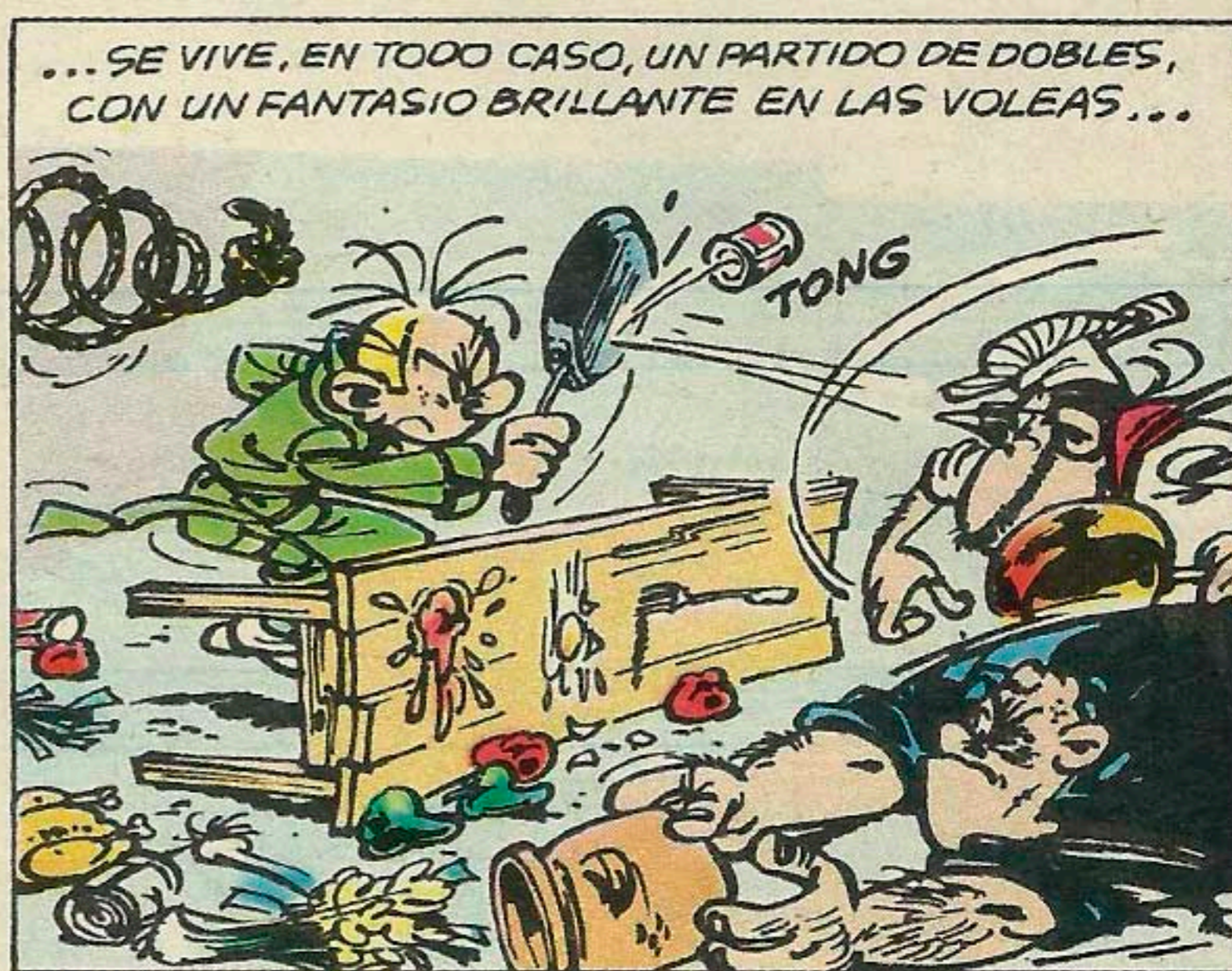
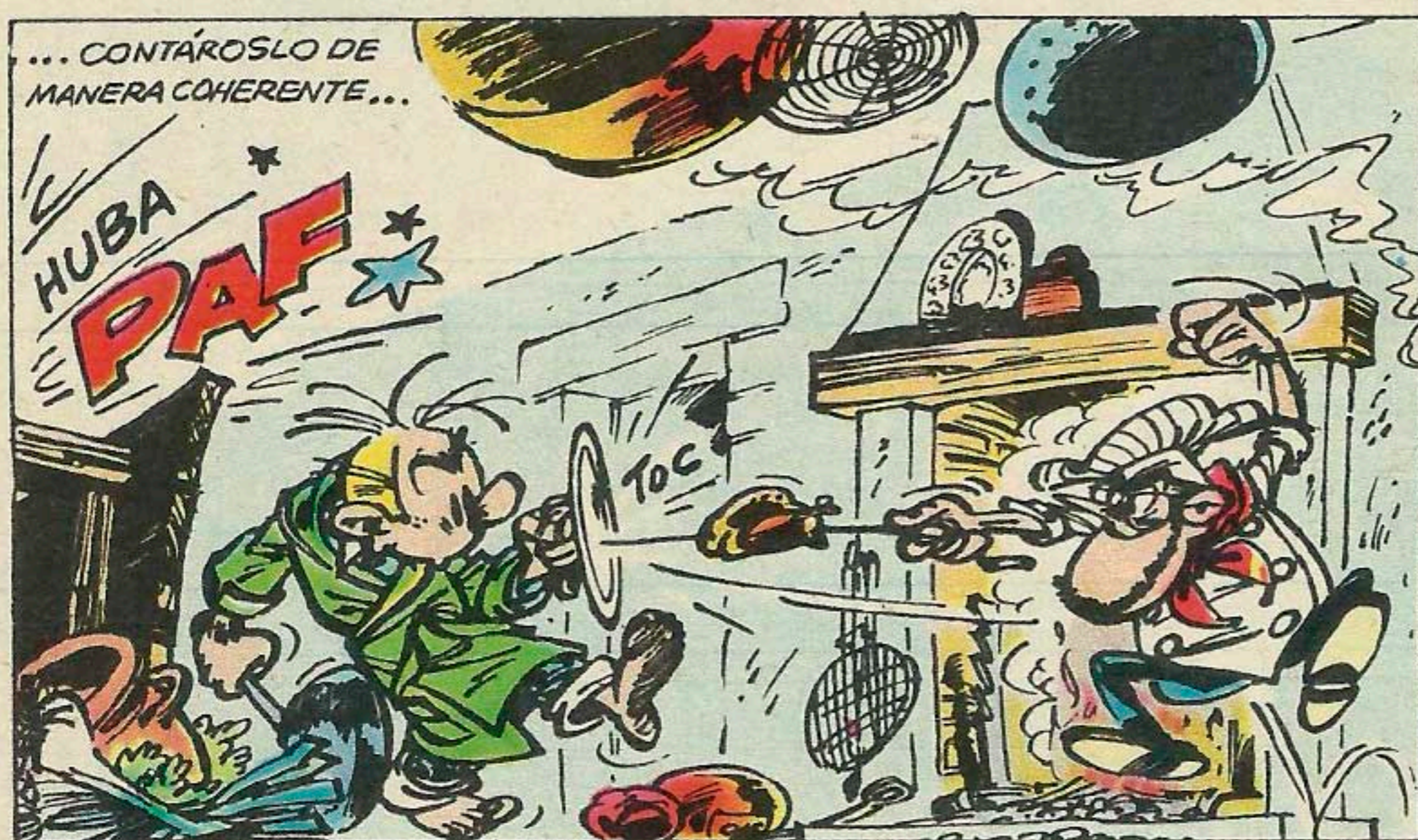
en Diario 16 SPIROU y FANTASIO



QRN EN BRETZELBURG Capítulo 21

RESUMEN DE LO PUBLICADO. Mientras Fantasio, encerrado, pasa hambre, el general se atiborra, desoyendo los consejos del doctor. Spirou intenta rescatar a Fantasio de las garras de un guardia.





La próxima semana, nuevas aventuras de Spirou y Fantasio, en Diario 16

HOROSCOPO

Semana del 16 al 22 de febrero

Por Amauta



ARIES

del 21 de marzo
al 20 de abril

Entras en un periodo un tanto pesimista sobre tus posibilidades y que no corresponde a la realidad, ésta tienes a distorsionarla. En cuanto a tus asuntos afectivos, tus problemas tenderán a resolverse y la solución está ya muy cerca.



TAURO

del 21 de abril
al 21 de mayo

Periodo de optimismo sobre todo en el ámbito de tus relaciones y vida social, donde tendrás mucho éxito. Por otro lado te mostrarás más frío y cerebral en tu vida afectiva, donde tendrás continuas luchas con tus sentimientos, esto puede tener ligeros efectos en tu salud.



GEMINIS

del 22 de mayo
al 21 de junio

La semana se presenta tranquila y relajada. No se te presentarán problemas en ninguna área de la vida y te sentirás muy estable y convencido de tus proyectos de tipo profesional. En el ámbito económico, debes evitar el iniciar cualquier negocio.



CANCER

del 22 de junio
al 22 de julio

En el ámbito de la salud, estás inclinado a crearte enfermedades imaginarias y que de alguna manera las padeces. Para evitar esto, debes acentuar tu actividad a todos los niveles y, sobre todo, en tus relaciones amistosas, ya que los amigos te ayudarán mucho a verte más objetivamente.



LEO

del 23 de julio
al 23 de agosto

A nivel familiar entras en un periodo muy importante aunque difícil, ya que en este ámbito se desatarán fuertes conflictos, sobre todo vinculados a hermanos y padres. La práctica de deportes será muy favorable para tu actual estado de ánimo.



VIRGO

del 24 de agosto
al 23 de septiembre

Esta semana es importante en el ámbito sentimental, ya que iniciarás una relación que poco a poco se consolidará. En el ámbito económico sufrirás algunas restricciones pasajeras por errores que has cometido en un pasado. Necesitas ser más ordenado y cuidadoso a la hora de llevar tus cuentas.



LIBRA

del 24 de septiembre
al 23 de octubre

Entras en un periodo dificultoso en el ámbito social, sobre todo debido a posturas muy radicales por tu parte. A nivel salud, si padeces de alguna dolencia, ésta tenderá a mejorar poco a poco. En el terreno laboral procura aprovechar al máximo las oportunidades que se te presentan.



ESCORPION

del 24 de octubre
al 22 de noviembre

Sentimentalmente entras en un periodo muy feliz y satisfactorio y a través de tu relación afectiva puedes encontrar mejores posibilidades para manifestarte tal como eres. En el terreno profesional encontrarás problemas que no esperabas para esta semana.



SAGITARIO

del 23 de noviembre
al 21 de diciembre

Te será especialmente difícil llevar a cabo tus ideas y proyectos, ya que encuentras dificultades por todos los sitios, estas dificultades serán provocadas por las personas que trabajan más cercanas a ti y resolver estos problemas requerirá de ti mucha habilidad, paciencia y un gran equilibrio mental.



CAPRICORNIO

del 22 de diciembre
al 20 de enero

Esta semana te es favorable sobre todo para iniciar cualquier tipo de viajes, sean de placer o de trabajo, ya que conseguirás lo que te propongas con ello. Asimismo encontrarás muchos apoyos y reconocimientos a tu labor en tu ambiente laboral.



ACUARIO

del 21 de enero
al 18 de febrero

Tu sensibilidad tenderá a incrementarse, por lo que es un buen momento para dedicarles más tiempo a las actividades creativas o artísticas. Debes evitar cualquier enfrentamiento directo con tus enemigos, ya que tenderás a salir siempre perdiendo.



PISCIS

del 19 de febrero
al 20 de marzo

Fundamentalmente estarás preocupado por la salud de una persona muy cercana a ti, esto influirá de forma muy fuerte manifestando un estado de tristeza y desánimo. Por otro lado, tu vida social adquiere unas dimensiones realmente importantes y favorables para tu futuro.

EL CHURRA

EL SITIO DEL BIENESTAR



HOSTAL RESTAURANTE

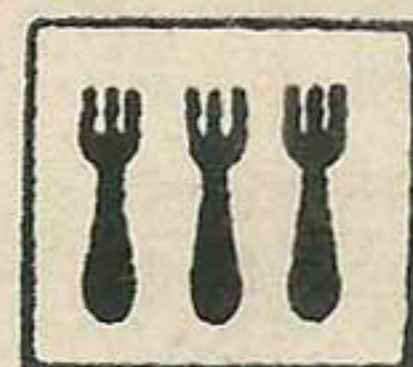
Avenida Marqués de los Vélez

Teléfono 23 84 00

MURCIA



RESTAURANTE
TIPICO



MUSEO GASTRONOMICO

Hispano

HOTEL-RESIDENCIA



LUCAS, 3 y 7



Teléfono 21 61 52 (10 líneas)

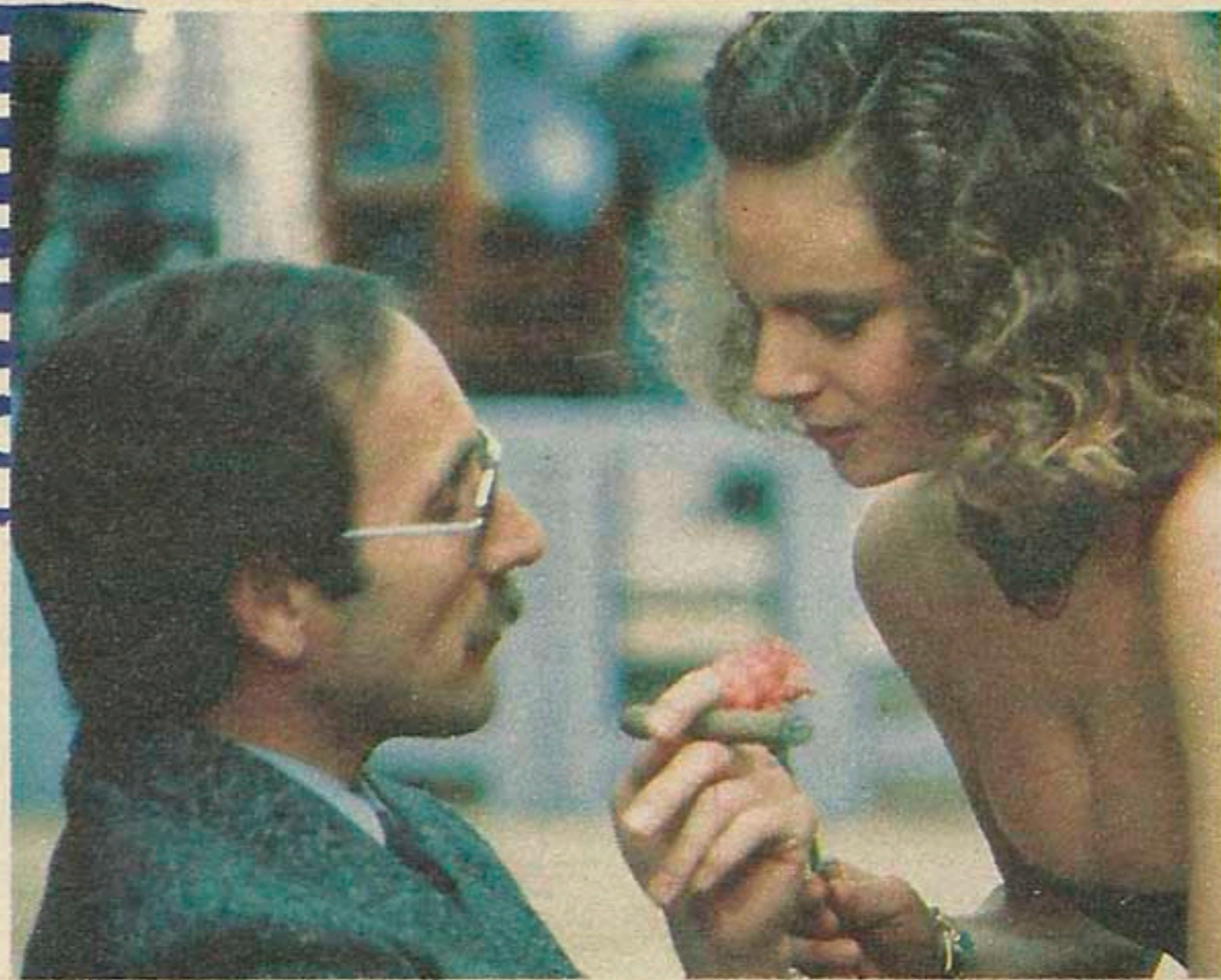
MURCIA

1.ª CADENA

- 8,15: Carta de ajuste.
- 8,30: Miradas.
- 9,30: Concierto.
- 10,30: El día del Señor. Santa misa.
- 11,30: Pueblo de Dios.
- 12,00: Estudio estadio.
- 15,00: Telediario.
- 15,35: Dragones y mazmorras.
- 16,05: Autopista hacia el cielo. «Angeles con un ala».
- 16,55: Si lo sé no vengo.
- 17,55: Pumuky.
- 18,15: De 7 en 7.
- 18,40: Avance Telediario.
- 18,45: Baloncesto. Barcelona-Real Madrid.
- 20,30: Telediario.
- 21,05: Mascarada.
- 22,00: Musical. Programa dedicado a Norma Duval.
- 22,55: Estudio estadio.
- 0,30: Despedida y cierre.

2.ª CADENA

- 11,45: Carta de ajuste.
- 12,00: Música y músicos. «Orquesta Nova Schola Pratensis» (I).
- 12,40: Dibujos animados.
- ☹ 13,00: Las travesuras de Alvin y las ardillas.
- 13,20: Gente menuda, menuda gente. «El fantasma de la sopera» (I).
- 14,10: Siete novias para siete hermanos.
- 15,00: Dibujos animados.
- 15,30: Coraje.
- 15,55: La buena música.
- 17,00: Estrenos TV. «Sobre ascuas» (1980), de Paul Krasny.
- 18,45: Los Fraguels.
- 19,10: Tauromaquia II.
- 20,05: La carrera de N. Dyzma.
- ☹ 21,00: El dominical.
- 22,05: Domingo cine. «Cuando pasan las cigüeñas» (1957) (97 minutos), de Mikhael Kalatozof. Intérpretes: Tatiana Samoslava, Alexei Bataloy y Vasili Merkuriev. 1941: la segunda guerra mundial llega a Rusia. Un joven técnico ruso, Boris, se alista en el Ejército al estallar la contienda. Tras él, en Moscú, deja a su familia y a su novia, Verónica. Ella queda sin padres tras un bombardeo y se traslada a vivir con la familia de Boris.
- Melodrama. (★★)
- 23,50: Musical.
- 0,30: Despedida y cierre.



Eusebio Poncela es Pepe Carvalho

(Telefilm. Viernes 21, a las 22,50. Primera Cadena.)

El célebre detective privado Pepe Carvalho será un visitante asiduo de la noche de los viernes a partir de esta semana. Una serie escrita por Manuel Vázquez Montalbán, creador del personaje, y que tiene un reparto encabezado por Eusebio Poncela, Alicia Sánchez, Ovidi Montllor y Mercedes Sampietro.



Fútbol: España-Bélgica

(Directo. Miércoles 19, a las 20,30. Primera Cadena.)

La selección de fútbol española juega esta semana otro encuentro de carácter amistoso, con vistas a los Mundiales de México de este año. En esta ocasión, el rival es la selección belga, y el escenario, el campo del Elche.

«Buscando a Norma, desesperadamente»

(Musical. Domingo 16, a las 22,00. Primera Cadena.)

El programa musical de la noche de los domingos está dedicado a la vedette española Norma Duval, que a lo largo de una hora cantará y bailará para delicia de sus más incondicionales fans.



«VIENTO EN LAS VELAS»

(Largometraje. Sábado 22, a las 16,05. Primera Cadena.)

Francisco Marínero

Quizá sea ésta la última gran película de un género extinguido e inolvidable: el de piratas. En «Viento en las velas» se puede encontrar todo lo que esperamos de este género literario y cinematográfico: el Caribe, los galeones, la acción.

Alexander Mackendrick dirigió este magnífico relato, que se ha convertido en un clásico secreto del cine de piratas. Algo que Mackendrick ya había conseguido en la mejor de las comedias inglesas de la época dorada: «El quinteto de la muerte».

Se dice que éste es un género infantil, y «Viento en las velas» incluso está protagonizada por varios niños, contrastados con Anthony Quinn y James Coburn. Aceptando esa calificación, hay que aclarar que es honrosa y que, como ocurrió con «La isla del tesoro», no implica la simplicidad.

«Viento en las velas» es una gran película, emocionante en varios sentidos, que cuenta cómo un grupo de niños son secuestrados cuando los piratas abordan su barco y cómo esos niños acaban por transformar al capitán corsario. Humor, aventura y una genuina forma de amor se pueden encontrar en esta obra que es al mismo tiempo clásica y moderna, tradicional y original.

Baloncesto: Doble para el Real Madrid

(Directo. Domingo 16 y jueves 20, a las 18,45 y a las 19,30, en la Primera y Segunda Cadena, respectivamente.)

El equipo del Real Madrid juega esta semana dos encuentros de gran interés para los aficionados. El primero es hoy a las siete menos cuarto, frente al Barcelona, su gran rival del torneo de Liga. El segundo, el jueves, frente a otro gran equipo, el Maccabi.



CALIFICACION: (★★★★)
Aventuras

LUNES 17

1.ª CADENA

7,15: Carta de ajuste.
7,30: Buenos días.
9,00: Puesta a punto.
9,15: La cesta de la compra.
9,30: Los ricos también lloran. Episodio 26.
10,00: Estudio estadio.
11,30: Dinastía.
12,25: Avance Telediarario.
12,30: Teletexto.
13,30: Programación regional.
15,00: Telediario.
15,35: En busca de los amores perdidos. Capítulo 2.
16,30: La tarde.
17,20: Avance Telediarario.
☹ 17,25: De aquí para allá. «Carnaval Ituren y Zubietza».
17,50: ¡Hola, chicos!
18,00: Barrio Sésamo.
18,30: El espejo mágico.
19,00: El planeta imaginario.
19,30: Dinamo. «Nachá Pop y Bowling».
20,00: Consumo. «Seguros médicos, ¿podemos estar seguros?»
20,30: Telediario.
21,05: Punto y aparte.
21,15: El hombre y la Tierra. «El marlin pescador».
21,45: ... Y la vida continúa. Episodio 2.
22,40: Vivir cada día. «Camino de Santiago, camino de las estrellas».
24,00: Telediario.
0,30: Teledeporte.
0,40: Despedida y cierre.

2.ª CADENA

18,45: Carta de ajuste.
19,00: Agenda informativa.
19,15: Curso de francés.
☹ 19,30: Manos artesanas. Nuevo programa dedicado a los trabajos creativos que se pueden realizar dentro de los hogares.
19,45: Arte y tradiciones populares.
20,00: La hora de Bill Cosby.
20,30: La noche del cine español. «Segundo López, aventurero urbano» (1952) (92 minutos), de Ana Mariscal. Intérpretes: Ana Mariscal, Severiano Población y Luisita Esteso. **Comedia dramática.** (★)
23,30: Últimas preguntas.
24,00: Metrópolis.
0,30: Despedida y cierre.

MARTES 18

1.ª CADENA

7,15: Carta de ajuste.
7,30: Buenos días.
9,00: Puesta a punto.
9,15: La cesta de la compra.
9,30: Los ricos también lloran.
9,55: Vivir cada día.
Repetición.
11,10: Consumo. Repetición.
11,35: Dinastía.
12,25: Avance Telediarario.
12,30: Teletexto.
13,30: Programación regional.
15,00: Telediario.
15,35: En busca de amores perdidos.
16,30: La tarde.
17,20: Avance Telediarario.
17,25: Dentro de un orden. «El Consejo de Estado».
17,50: ¡Hola, chicos!
18,00: Barrio Sésamo.
18,30: Los electrodueños.
19,00: Objetivo 92.
20,00: Las cuentas claras. «El año de la Bolsa».
20,30: Telediario.
21,05: Punto y aparte.
21,15: Directo en la noche.

☹ 22,10: Mujeres de Hollywood. Nueva serie norteamericana, de tres episodios, basada en la novela de Jackie Collins. Intérpretes: Candice Bergen, Joanna Cassidy, Angie Dickinson y Steve Forrest. Episodio 1: Directores de Hollywood, productores y «gente guapa» se reúnen en la meca del cine con ocasión de tributar un homenaje a un veterano actor, ya retirado.
23,05: En portada.
23,35: Telediario.
0,05: Teledeporte.
0,15: Testimonio.
0,20: Despedida y cierre.

2.ª CADENA

18,45: Carta de ajuste.
19,00: Agenda informativa.
19,15: Curso de francés.
19,30: Manos artesanas.
19,45: Arte y tradiciones populares.
20,00: Tablón de anuncios.
21,00: La Edad de Hierro. Episodio 2.
☹ 22,30: Tiempos modernos.
23,15: Búscate la vida.
0,05: Metrópolis.
0,35: Despedida y cierre.

MIÉRCOLES 19

1.ª CADENA

7,15: Carta de ajuste.
7,30: Buenos días.
9,00: Puesta a punto.
9,15: La cesta de la compra.
9,30: Los ricos también lloran. Episodio 28.
10,00: Directo en la noche. Repetición.
11,00: Más vale prevenir. Repetición.
11,30: Dinastía.
12,25: Avance Telediarario.
12,30: Teletexto.
13,30: Programación regional.
15,00: Telediario.
15,35: En busca de amores perdidos.
16,30: La tarde.
17,20: Avance Telediarario.
☹ 17,25: Letra pequeña. «Un nuevo arte de vivir».
17,50: ¡Hola, chicos!
18,00: Barrio Sésamo.
18,30: Las aventuras de Puppy y sus cachorros.
19,00: Tocata.
20,00: Telediario.
20,30: Fútbol. España-Bélgica.
22,30: Sesión de noche. Ciclo: Audrey Hepburn. «Encuentro en París» (1963) (107 minutos), de Richard Quine. Intérpretes: Audrey Hepburn, William Holden y Gregoire Aslan. **Comedia.** (★ ★ ★)
0,25: Telediario.
0,55: Teledeporte.
1,05: Despedida y cierre.

2.ª CADENA

18,45: Carta de ajuste.
19,00: Agenda informativa.
19,15: Curso de francés.
19,30: Manos artesanas.
19,45: Arte y tradiciones populares.
20,00: Viejos amigos.
20,15: Perros.
20,30: Con las manos en la masa.
☹ 21,00: Fin de siglo.
22,30: Jazz entre amigos.
23,30: Enredo.
23,55: Tiempo de creer.
0,10: Metrópolis.
0,40: Despedida y cierre.

JUEVES 20

1.ª CADENA

7,45: Carta de ajuste.
7,30: Buenos días.
9,00: Puesta a punto.
9,15: La cesta de la compra.
9,30: Los ricos también lloran.
10,00: Fin de siglo. Repetición.
11,30: Dinastía.
12,25: Avance Telediarario.
12,30: Teletexto.
13,30: Programación regional.
15,00: Telediario.
15,35: En busca de amores perdidos.
16,30: La tarde.
17,20: Avance Telediarario.
☹ 17,25: El arte de vivir. «El arte de vivir... en el Mediterráneo».
17,50: ¡Hola, chicos!
18,00: Barrio Sésamo.
18,30: El kiosco.
19,00: Elegir una profesión.
19,30: Al mil por mil.
20,00: MASH.
20,30: Telediario.
21,05: Punto y aparte.
21,15: Segunda enseñanza. «La religión y el hombre».
22,10: Jueves a jueves.
23,35: Telediario.
0,05: Teledeporte.
0,15: Despedida y cierre.

2.ª CADENA

18,45: Carta de ajuste.
19,00: Agenda informativa.
19,15: Curso de francés.
19,30: Baloncesto. Real Madrid-Maccabi.
21,05: Fila 7.
22,10: Cine-club. Nuevo ciclo: Joseph Leo Mankiewicz. «Solo en la noche» (1947) (105 minutos). Intérpretes: John Hodiak, Nancy Guikd y Richard Conte. Durante la segunda guerra mundial y a consecuencia de las heridas recibidas en combate, un marido pierde la memoria y vuelve a la vida civil sabiendo sólo su nombre. **Melodrama.** (★ ★)
☹ 0,10: Metrópolis.
☹ 0,40: Despedida y cierre.

VIERNES 21

1.ª CADENA

7,15: Carta de ajuste.
7,30: Buenos días.
9,00: Puesta a punto.
9,15: La cesta de la compra.
9,30: Los ricos también lloran.
10,00: Jueves a jueves.
11,30: Dinastía.
12,25: Avance Telediarario.
12,30: Teletexto.
13,30: Programación regional.
15,00: Telediario.
15,35: En busca de amores perdidos.
16,30: La tarde.
17,20: Avance Telediarario.
17,25: Un país de Sagitario.
17,50: ¡Hola, chicos!
18,30: Sherlock Holmes.
19,00: Ana, Ciro y compañía.
19,30: Al galope.
☹ 20,00: Más vale prevenir.
20,30: Telediario.
21,05: Punto y aparte.
21,15: Un, dos, tres.
22,50: Pepe Carvalho. «Young Serra».
23,45: Telediario.
0,15: Teledeporte.
0,25: Despedida y cierre.
0,27: Carta de ajuste.
0,30: Cine de medianoche. «Buscando al señor Goodbar» (1977) (131 minutos), de Richard Brooks. Intérpretes: Diane Keaton, Tuesday Weld, William Atherton y Richard Gere. **Melodrama.** (★ ★ ★)
2,45: Despedida y cierre.

2.ª CADENA

18,45: Carta de ajuste.
19,00: Agenda informativa.
19,15: Curso de francés.
19,30: Manos artesanas.
19,45: Arte y tradiciones populares.
20,05: Así es Hollywood.
20,30: Especial viernes. «Tratamiento de shock» (1972) (83 minutos), de Alain Jessua. Intérpretes: Alain Delon, Annie Girardot y Robert Hirsch. **Drama.** (★ ★)
22,00: Cortometrajes.
☹ 22,30: Art nouveau. «La fiebre viva».
23,30: Pop-rock en la noche.
24,00: Metrópolis.
0,30: Despedida y cierre.

SABADO 22

1.ª CADENA

8,15: Carta de ajuste.
8,30: Nuestra semana.
9,30: Un, dos, tres. Repetición.
10,55: La bola de cristal.
12,20: La cuarta parte.
12,50: Lotería.
13,00: Gente joven.
14,30: El mundo.
15,00: Telediario.
15,35: David, el gnomo.
16,05: Primera edición. «Viento en las velas» (1965) (98 minutos), de Alexander Mackendrick. Intérpretes: Anthony Quinn, James Coburn y Deborah Baxter. A finales del siglo pasado, los niños jamaiicanos de familias acomodadas viajan a Inglaterra para educarse. **Aventuras.** (★ ★ ★ ★)
18,00: La Pantera Rosa.
18,30: Las aguas del recuerdo. «Alange».
19,00: De película. «Panorama de actualidad» (II).
19,30: Brigada especial. «Código de silencio».
20,30: Telediario.
21,05: Informe semanal.
22,30: Sábado cine. «Tal como éramos» (1973) (113 minutos), de Sidney Pollack. Intérpretes: Barbra Streisand, Robert Redford y Patrick O'Neal. Katie Morosky y Hubbell Gardiner son dos universitarios de muy diferente estilo: él, atleta de la Universidad al que le gustan las mujeres bonitas, y ella, una estudiante con vocación política. Ambos no tienen nada en común, pero quizá por esta misma razón se enamoran y acaban contrayendo matrimonio. **Melodrama.** (★ ★)
0,35: Despedida y cierre.

2.ª CADENA

14,55: Carta de ajuste.
15,00: Estadio 2. Atletismo: Campeonato de España en Pista Cubierta.
☹ 21,00: La ventana electrónica. «De Villalba a Palermo».
☹ 23,00: Opera. «La coronación de Poppea», de Monteverdi. Intérpretes: Racel Yakar, Eric Tappy, Turdeliasa Schmidt y Paul Esswod. Coro y Orquesta de Zurich Opera House.
0,30: Despedida y cierre.

CALIFICACION DE PELICULAS:

● Mala ★ Regular ★★ Interesante
★★★ Buena ★★★★★ Muy buena ★★★★★★ Obra maestra



RESERVE. DERROCHE.

*ron Bacardí Reserve.
El derroche de calidad.*





Diario 16

LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA (1936-1939)

Hugh Thomas

Tras una decoración y un verbalismo exagerados, Falange de las JONS comienza a agrupar alrededor de sus núcleos primitivos a los que temen por su seguridad o ven en la camisa azul una oportunidad de medro. Los antiguos falangistas, los «camisas viejas», pronto se verán desbordados. Este dibujo pertenece al libro El Cara al Sol, sobre el himno de la Falange, realizado por Carlos Sáenz de Tejada.



1.^{er}
Tomo

Capítulo 17º

El talante de la España nacionalista



«No hay otro camino —había dicho Onésimo Redondo en el semanario Libertad, en 1934— que el de la propia acción, ni otra actitud que la de la virilidad insuperada, ni otro recurso defensivo que el de la propia violencia.» La muerte de Onésimo Redondo, en Labajos, apenas iniciada la contienda, crea la inevitable mitificación. Los escaparates, como éste de Valladolid, ofrecen recuerdos y postales con la figura del fundador de las JONS.

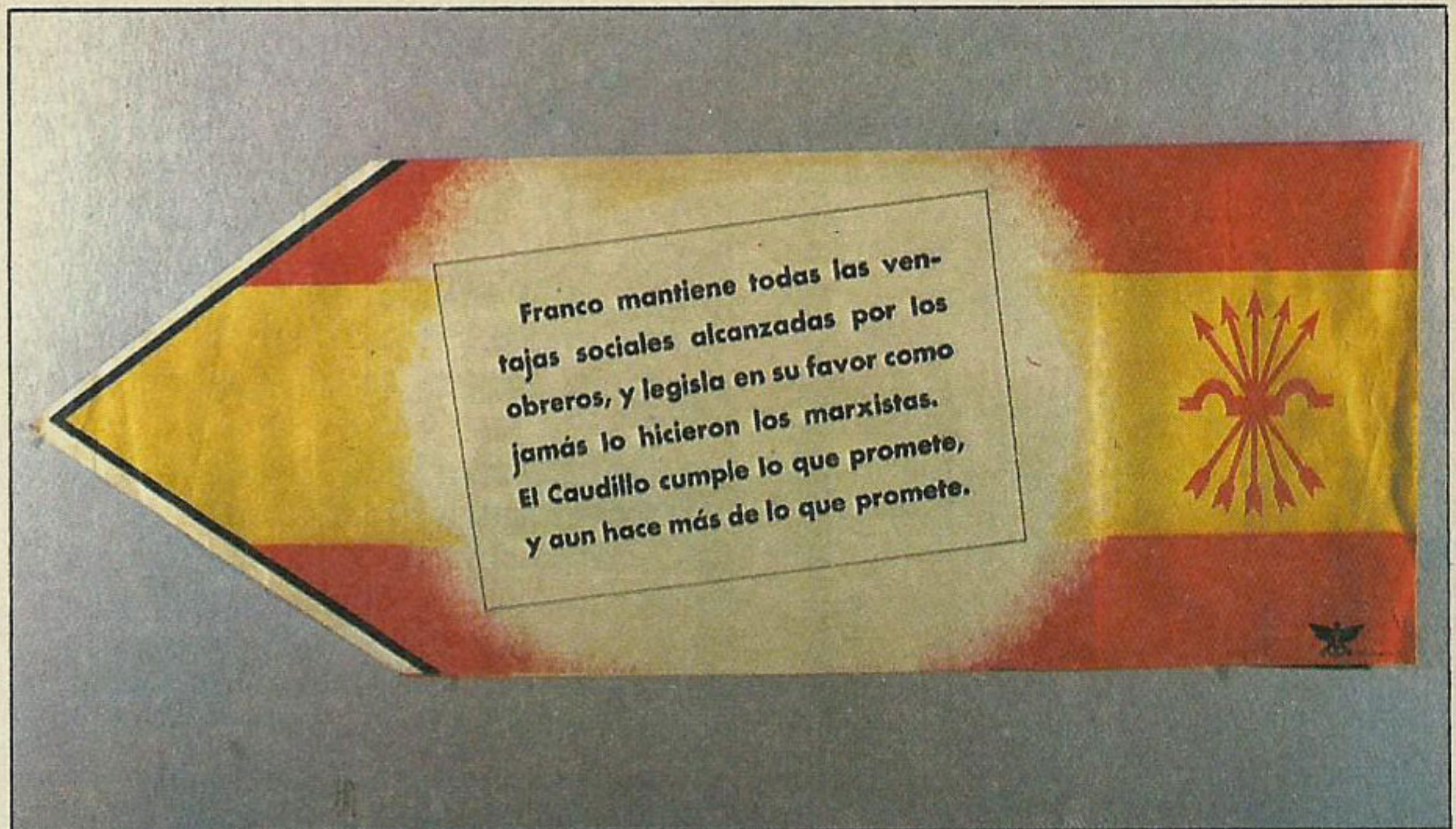
La dirección de los nacionalistas fue conferida, el 24 de julio, a una junta establecida en Burgos bajo la presidencia del barbudo general Cabanellas, el que estaba al mando de Zaragoza. Mola le dio este puesto para apaciguarlo, más que para enaltecerlo. Era el general más antiguo, el único general de división en activo que se sumó a la rebelión: Mola, técnicamente, era un simple general de brigada. Mola consultó a los monárquicos Goicoechea y conde de Vallellano, antes de constituir la junta de Burgos, pero no a Franco¹, ni a los dirigentes carlistas, ni a los falangistas. Mola deseaba que formaran parte de la junta algunas personas no militares, pero no surgió ningún nombre que contara con la general aceptación. Goicoechea instó a Mola a que formara una junta a toda costa: «Aunque sea una junta de coroneles, forme una junta inmediatamente, mi general»². La junta se compuso, al principio, sólo con los jefes del alzamiento en la península: los generales Mola, Saliquet, Ponte y Dávila, así como dos ayudantes de Dávila, los coroneles Montaner y Mo-

reno Calderón. Franco no ingresó en ella hasta principios de agosto. En la península, Franco se estaba convirtiendo en un mito. Se hablaba de él constantemente, pero nadie parecía saber dónde estaba³. Al principio del alzamiento, los partes oficiales nacionalistas eran muy optimistas. Decían que Franco ya había llegado a la península, y que Mola estaba a las puertas de Madrid. Pero luego las noticias se fueron haciendo vagas. La gente decía que Franco lo estaba organizando todo con tal grado de perfección que la derrota resultaría imposible⁴. Mola, en realidad, no estableció contacto con Franco hasta el 21 de julio, fecha en que envió a Marruecos un emisario por vía aérea: el capitán Angel Salas Larrazábal⁵.

Mola inauguró la junta. Entre el ensordecedor resonar de todas las campañas de Burgos, el astuto general gritó roncamente desde un balcón en la plaza Mayor: «¡Españoles! ¡Burgaleses! El gobierno que era el desgraciado bastardo nacido del concubinato liberal y socialista ha muerto a las manos de vuestro va-

leroso ejército. España, la verdadera España, ha derribado al dragón, que ahora está caído de cara al suelo y mordiendo el polvo. Yo volveré ahora a ponerme en mi puesto al frente de las tropas, y, antes de mucho tiempo, dos enseñas, el sagrado emblema de la cruz y nuestra gloriosa bandera, ondearán juntas sobre Madrid.»⁶

Entonces, la junta celebró su primera reunión, reconoció la existencia de dos ejércitos en la España rebelde: uno en el norte, bajo el mando de Mola, y otro en el sur (incluido Marruecos), bajo el mando de Franco, y se trasladó a una discreta mesa de café del Casino. Después de esto, Cabanellas y los dos coroneles formaron una secretaría para dar a la España nacionalista las directrices administrativas que fueran necesarias. Las tareas de gobierno se hacían difíciles tanto por la falta de funcionarios como por la carencia de documentos. Pero la necesidad de funcionarios se cubrió mediante el servicio voluntario de miembros de la clase media. En cuanto a la falta de documentos, quedaba compensada por una simple adhesión a las bien probadas normas de la ley marcial. Además, la mayoría de los jueces, procuradores y policías se limitaron a continuar ejerciendo su profesión sometidos a la junta rebelde, anulando, si era necesario, todas las concesiones al cambio hechas durante la República. No se entró en ningún compromiso ni con el carlismo ni con ningún partido de derechas; todo el regateo de Fal Conde había sido en vano. En realidad, Cabanellas y su junta eran figuras decorativas, lo mismo que Giral, Azaña y Companys. Mola era quien, en la práctica, gobernaba el norte de España, desde El Ferrol hasta Zaragoza y desde los Pirineos hasta Avila. Franco controlaba Marruecos y las Canarias. Queipo de Llano dominaba la Andalucía nacionalista. Se hizo famoso en toda España por sus emisiones de radio nocturnas, llenas de absurdas obscenidades, de amenazas de muerte para las familias de los «rojos» de la escuadra republicana, de alardes sobre la terrible potencia sexual de los regulares y de promesas de matar a «diez canallas marxistas» por cada rebelde muerte. Reunió en torno a él un corrillo de falangistas, carlistas sevillanos, ganaderos de reses bravas y cosechadores de jerez, junto con el torero El Algabeco, que se convirtió en su ayudante. En el norte, Mola habla de vez en cuando por radio Navarra, radio Castilla o radio Zaragoza, reservando su odio de modo especial para Azaña, «monstruo que más parece la absurda invención de un Frankenstein doblemente loco que el fruto del

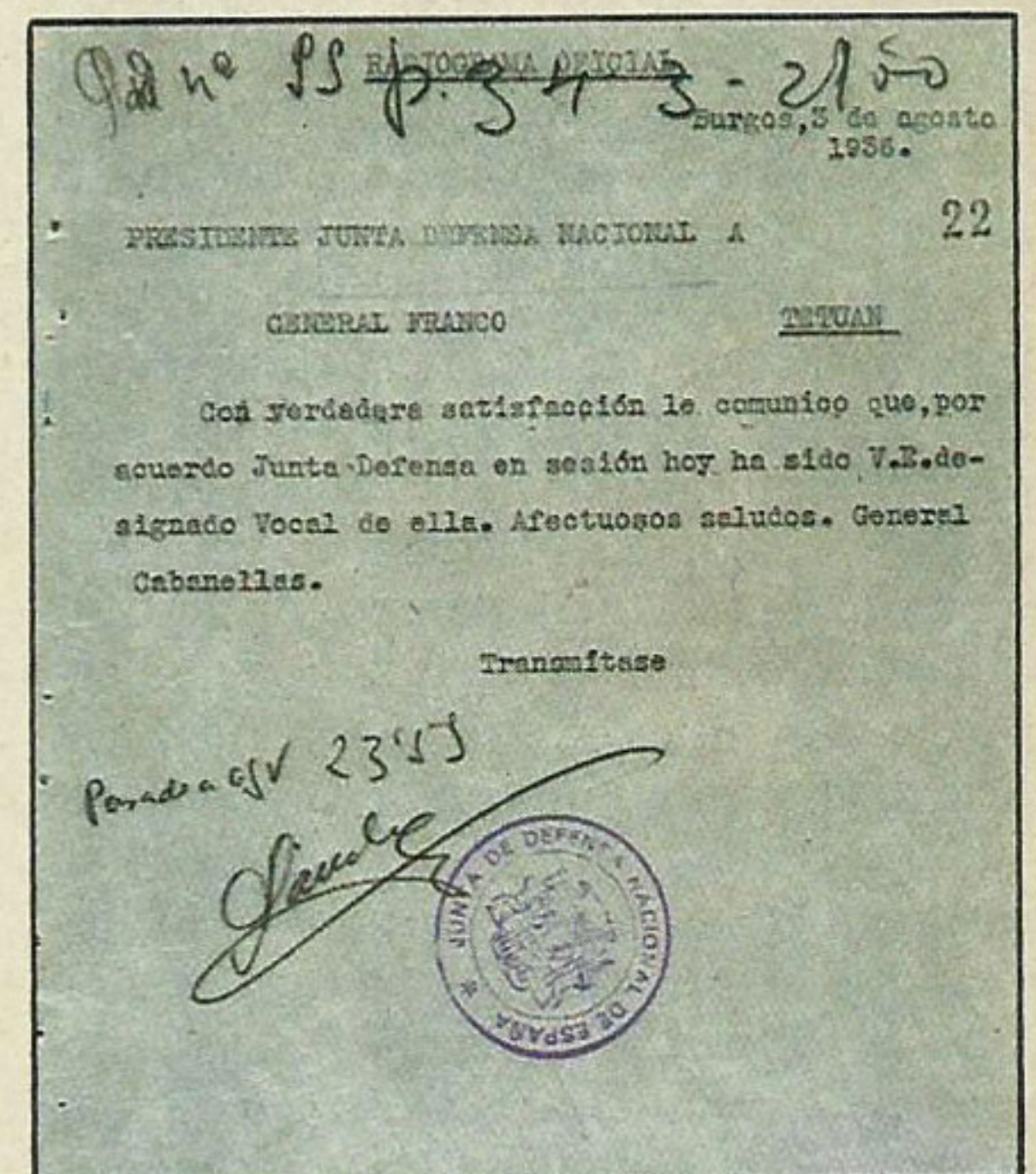


amor de una mujer. Azaña debiera ser encerrado en una jaula, de manera que los mejores especialistas del cerebro pudieran estudiar el caso más interesante de degeneración mental de toda la historia»⁷. Las huelgas generales declaradas por todas las organizaciones de trabajadores habían finalizado, por lo general, fusilando a los dirigentes de las huelgas y a los líderes de la UGT y la CNT, como ocurrió en Zaragoza⁸. Se permitió el mantenimiento de la reforma agraria de la República, siempre que hubiera sido anterior a febrero de 1936; pero todo lo que había hecho el Frente Popular fue abolido, excepto en Extremadura, donde se permitió a algunos yunteros, que habían recibido unas concesiones en la primavera de 1936, que conservaran sus tierras durante un año o dos más, aunque con la obligación de devolverlas después⁹.

La Falange

Bajo el gobierno militar, la Falange estaba desorganizada. José Antonio, Ledesma, Ruiz de Alda y la mayoría de los restantes dirigentes conocidos estaban en las cárceles republicanas. A Redondo lo mataron en los primeros días de la guerra, en una emboscada cerca del Guadarrama. Los dirigentes locales que sobrevivieron, y que generalmente salían de la cárcel donde habían pasado las últimas semanas de vida de la República, no estaban muy bien situados a nivel nacional. Durante el mes siguiente, los antiguos militantes actuaron más como una policía política que como un partido político. Es cierto que algunos miembros de la Falange organizaron columnas de voluntarios, pero eran más indisciplinados que los carlistas, y se encontraron meti-

Insignias, escarapelas, banderines comienzan a aparecer en el bando sublevado. Repiten machaconamente las consignas en las que —como en este banderín en que se promete mantener las ventajas sociales a los obreros— se adivina un populismo solapado. Aparecería después el «Mecagoenfrancia», una escarapela orlada por las banderas alemana, italiana, portuguesa, nicaragüense y la bicolor española. En el concepto «Francia» se despreja al oscuro mundo de la «masonería, el judaísmo y la democracia».



Telegrama del general Cabanellas en el que anuncia, desde Burgos, al general Franco su designación como miembro de la Junta de Defensa. Los sublevados del norte y del sur de la península todavía se encuentran aislados entre sí, y la mayor parte de las comunicaciones telegráficas se realizan a través de Portugal.

¹ Ruiz Vilaplana, p. 225.

² Gil Robles, p. 729 y ss.

³ Ruiz Vilaplana, p. 45.

⁴ Lawrence Dundas, *Behind the Spanish Mask* (Londres, 1943), p. 56.

⁵ J. Salas, p. 73. Nadie sabía lo que pasaba. Véase Rafael Abella, *La vida cotidiana durante la guerra civil, I. La España nacional* (Barcelona, 1973), p. 27 y ss., donde hay fotografías de periódicos que anuncian la detención de Azaña en Santander, la caída de Madrid, etc., en la primera semana de la guerra.

⁶ Ruiz Vilaplana, p. 219.

⁷ *Diario de Navarra*, 16 de agosto de 1936.

⁸ Broué y Témime, pp. 90-91.

⁹ Malefakis, p. 386, nota 76. Incluso las leyes de 1932-1936 acabaron siendo abolidas en 1941.

dos en la organización burocrática, sirviendo en hospitales, llevando a cabo detenciones y ejecuciones y combatiendo: tenían poco tiempo para asegurarse puestos políticos clave en el nuevo orden, al lado de los generales¹⁰. Algunos falangistas recorrieron el campo con bandas de seguidores, fusilando a la gente que no merecía su aprobación, y después se presentaron voluntarios para entrar en alguna de las columnas ya establecidas. Estas acciones eran deploradas, más de lo que a veces puede parecer, pero también eran perdonadas. Un representante alemán, Eberhard Messerschmidt, que recorrió la España nacionalista en agosto, se quejaba de que la Falange no tenía verdaderos objetivos ni ideas. Parecían simplemente «jóvenes a los que divierte jugar con armas de fuego y perseguir a los comunistas y los socialistas»¹¹. Las calles de la España nacionalista solían ser recorridas por patrullas de falangistas que saludaban brazo en alto al estilo fascista, detenían a personas sospechosas, pedían la documentación y gritaban «¡Arriba España!» a la primera oportunidad. Pero después de cierto tiempo cambiaron las cosas. Todos los antiguos partidos políticos estaban desacreditados. Los carlistas sólo atraían a los ultraconservadores. Muchos jóvenes de las JAP habían participado en las luchas del 18 de julio y ahora cambiaron alegremente sus camisetas verdes por las azules, pasándose en masa a la Falange. Aunque Mola invitó a Gil Robles a regresar a España, éste delegó sus responsabilidades en una «junta de mando de las milicias» y se retiró de la política. «Autorizó» a sus seguidores a sumarse al ejército, como reclutas normales, y les dijo que evitaran participar en las fuerzas de represión. Por lo general, siguieron sus instrucciones; aunque ya las habían previsto. El se quedó en Portugal¹². Lerroux, que huyó de Madrid a tiempo, declaró su apoyo al alzamiento, pero también se retiró de la política activa. La masa de la clase media no militar empezó a ver a la Falange como su forma de identificarse con la «Cruzada». Estos nuevos afiliados no tardaron en sobrepasar y anular a los antiguos supervivientes. Casi ninguno de ellos sabía nada de ideología. Sabían que la Falange estaba contra los «rojos». ¿Qué otra cosa importaba? Así pues, en julio, en Sevilla, se afiliaron a la Falange 2.000 personas en veinticuatro horas¹³.

En Sevilla, el vistoso retrato de Queipo de Llano podía verse en toda la ciudad. Al cabo de unos días, también se podía ver por todas partes la fotografía de Franco. En las tiendas vendían emblemas patrióticos. Los carteles de Falange cubrían fachadas enteras de los edificios. «La Falange te llama», decían. «Ahora o nunca. No hay término medio: con nosotros o contra nosotros.» Los carteles carlistas también eran grandes, y no sólo en Navarra. «Nuestra bandera es la única bandera», anunciaban. «La bandera de España. ¡Siempre la misma!» Toda-

vía estaba pendiente la cuestión de la bandera que habían de usar los rebeldes. Este seguía siendo su problema político más importante. En Burgos, cuando Mola había llegado el 21 de julio, las banderas de los balcones eran todas rojo y gualda, como la bandera de la monarquía: esto lo había conseguido Eugenio Vegas Latapié. Sin embargo, cuando se fue Mola, insistió en que las quitaran todas¹⁴.

La clase obrera en la España nacionalista estaba acobardada, y con razón. En un decreto del 23 de julio, por ejemplo, Queipo incluía la resistencia pasiva entre los delitos graves. Muchos de los que antes habían pertenecido a algún partido obrero se ponían el salvavidas, como llamaba Queipo a la camiseta azul de la Falange, para conseguir protección. En varios casos, estos chaqueteros políticos fueron descubiertos y más tarde castigados, a veces con la muerte¹⁵. Otros fueron enviados al frente con batallones de choque.

El papel de la Iglesia

Para establecer la nueva sociedad, los nacionalistas necesitaban el apoyo de la Iglesia, cosa que consiguieron, a excepción de la Iglesia vasca. Franco empezó a hablar de Dios y de la Iglesia con el

mismo tono reverente que hasta entonces había reservado para los regimientos y los cuarteles¹⁶. A pesar de todo, así como había algunos sacerdotes y religiosos que apoyaban a la República aunque hubieran matado a tantos hermanos suyos, también había eclesiásticos que sentían náuseas ante los asesinatos a sangre fría que se estaban cometiendo en la España nacionalista en nombre de Cristo. Por ejemplo, dos padres del Corazón de María de Sevilla se quejaron a Queipo de Llano por la ejecución de tantas personas inocentes. El párroco del pueblo andaluz de Carmona fue asesinado por unos falangistas porque protestaba ante sus ejecuciones¹⁷. Lo mismo ocurrió con dos franciscanos fusilados en Burgos y Rioja. Cuando, más tarde, las fuerzas de Mola entraron en Oyarzun (Guipúzcoa), un vicario, Eustaquio de Uriarte, fue obligado a escribir mil veces «¡Viva España!» para reparar una supuesta actitud tibia que había tenido respecto al alzamiento¹⁸.

Entre la jerarquía, sólo el arzobispo de Tarragona, doctor Vidal y Barraquer, y (en menor medida) el doctor Mateo Múgica, obispo de Vitoria (cuya diócesis estaba en la más meridional de las provincias vascas), se mostraron reacios a prestar plenamente su apoyo al «movimiento». Vidal y Barraquer escapó de la Ca-



taluña revolucionaria y huyó al extranjero. El obispo de Vitoria apoyó el alzamiento al principio, pero cambió de actitud ante los fusilamientos de Navarra. Al final, también saldría de España, oficialmente para proteger su vida contra los ataques de los falangistas, pero en realidad porque era inaceptable en el territorio nacionalista¹⁹. El primado, car-

denal Gomá, arzobispo de Toledo, tardó en dar su pleno apoyo al movimiento, aunque el comienzo de la guerra le cogió en Pamplona; no se mostró plenamente convencido hasta la liberación de Toledo (a finales de septiembre)²⁰. Monseñor Marcelino Olaechea, obispo de Pamplona, en una ceremonia celebrada en la ciudad el 25 de agosto, exclamó ge-

nerosamente: «No más sangre, hijos míos, no más castigos sangrientos. La sangre derramada en los campos de batalla ya es suficiente.»²¹. También se negó, en una ocasión, a bendecir a una columna de falangistas que partían para el frente, porque iban a matar a sus hermanos trabajadores²². Mientras tanto, tan pronto como se inició la guerra, los falangistas, como partido, empezaron a dar muestras de un fervor religioso que no había caracterizado a su política anterior. Los falangistas empezaron automáticamente a ir a misa, confesarse y comulgar. Los propagandistas empezaron a presentar al falangista ideal como mitad monje y mitad soldado. La mujer ideal falangista era descrita como una mezcla de Santa Teresa e Isabel la Católica²³. Entretanto, obispos, canónigos y sacerdotes imploraban diariamente la protección de la virgen para las tropas nacionalistas, pidiéndole que les concediera una rápida entrada en Madrid²⁴. En realidad, la España nacionalista parecía estarse convirtiendo en una inmensa iglesia, llena de imágenes y pasiones fantásticas, estandartes, reliquias y comulgantes de la clase media. Algunos sacerdotes incluso lucharon con las fuerzas nacionalistas. El párroco de Zafra (Extremadura) se hizo famoso por su brutalidad²⁵.

Respaldo económico

Los rebeldes necesitaban mucho dinero, y la Iglesia también. Sus dirigentes lo pedían por radio, en discursos públicos y en los periódicos. Juan March, cuya fortuna estaba en el extranjero, les había proporcionado créditos, y éstos ayudaban para comprar armas en el extranjero, pero se necesitaba mucho más. Al cuartel general nacionalista llegó un aluvión de joyas, piedras preciosas y donaciones grandes y pequeñas de dinero y propiedades. El ex rey Alfonso envió una gran cantidad de ayuda²⁶. La necesidad constante de más dinero explica la impetuosidad de los discursos y la propaganda: la gente reacia a ayudar al general Cabanellas o al general Mola no podía negarse a colaborar con el bando del Cid, de Isabel y Fernando y de la Virgen del Pilar. Así llegaron a Pamplona veinte mil frascos de mermelada, mil capas de lana, miles de botas, cascos, automóviles y camiones a centenares, o de uno en uno²⁷. El apoyo de la clase media al «movimiento salvador» era incuestionable. Las ciudades de la España nacionalista, con la llegada de la guerra, despertaron de un sueño de siglos: las bandas, los tambores, las banderas, los mítines, los discursos radiofónicos, sostenían a los rebeldes como si la guerra fuera una fiesta continua, en la que serían «exterminados» los «marxistas» en vez de los toros. Los altavoces repetían antiguas canciones como *El novio de la muerte* o *Los voluntarios*. Entretanto, los gobernadores militares locales tenían poder para requisar autobuses, taxis, automóviles privados e incluso casas particulares. ■

¹⁰ García Venero, *Falange*, pp. 172-173.

¹¹ *GD*, p. 88.

¹² Fue a España y vio a Mola en agosto.

¹³ Payne, *Falange*, p. 121.

¹⁴ Gil Robles, p. 734, nota 79.

¹⁵ Bahamonde, pp. 20-21.

¹⁶ Véase Iturralde, vol. II, pp. 55-70.

¹⁷ Bahamonde dice que lo fusilaron. No he encontrado confirmación de esto. En Carmona hubo 700 ejecuciones, según decía el periódico portugués *O Seculo* en agosto.

¹⁸ Iturralde, p. 71.

¹⁹ Iturralde, vol. II, p. 279. El doctor Múgica era un monárquico y un conservador que, para la República, había sido casi tan bestia negra como el cardenal Segura. En las primeras semanas de la guerra apoyó al alzamiento. Se fue de Vitoria el 14 de octubre. Antes de esto, su nombre figuró en una lista negra de personas a quienes iba a matar un grupo de falangistas, que probablemente estaban respaldados por las autoridades locales nacionalistas. Véanse sus memorias, *Imperativos de mi conciencia* (Buenos Aires, sin fecha), y las críticas a éstas que hay en Del Burgo, pp. 88-89.

²⁰ Iturralde, vol. II, pp. 261-265.

²¹ El texto está en Iturralde, vol. II, pp. 454-456. En el mismo momento, a quince kilómetros de allí, en las faldas del Pirineo, estaban siendo fusilados cincuenta y seis hombres, que se confesaban en grupos de siete. Pero cuando llegó el turno de los siete últimos, el jefe del escuadrón de Falange encargado de la ejecución dijo: «Coño, matémosles sin confesión; yo no he comido todavía» (*op. cit.*, vol. I, p. 74).

²² *Op. cit.*, vol. II, p. 299. Monseñor Olaechea reconoció que no tenía «madera de mártir», y apoyó en general a la «Cruzada».

²³ Dundas, p. 48.

²⁴ Véanse casi todos los periódicos publicados en la España nacionalista a fines de julio o en agosto, especialmente los días de Santiago (25 de julio) y la Virgen de la Asunción (15 de agosto).

²⁵ Bahamonde, p. 77.

²⁶ En una conversación mantenida en Londres a principios de 1975 con don Juan de Borbón, el entonces pretendiente al trono afirmó que su padre había estado implicado «hasta el cuello» en la sublevación.

²⁷ Del Burgo, p. 34.



Las autoridades aclesiásticas del bando sublevado no temen adoptar el saludo fascista, denominado «la romana». Salvo excepciones, los purpurados, obispos, canónigos y órdenes religiosas se suman al nuevo estilo. En la fotografía, tomada a la salida de la basílica compostelana, y de izquierda a derecha, el obispo de Lugo, el arzobispo de Santiago, Muñiz de Pablos, y el obispo de Madrid, que reside ya en zona nacionalista, muestran unas actitudes sorprendentes. En el centro de la ilustración, los generales Dávila, en primer término, y Antonio Aranda. El documento gráfico fue aprovechado por la propaganda republicana, que se encargó de su distribución en el exterior.

¿Cómo pudo ocurrir?

Por Julián Marías

Uno de los más destacados filósofos españoles contemporáneos —autor, entre otras obras, de «Introducción a la Filosofía», «El método histórico de las generaciones» e «Imagen de la vida humana»— desvela, en este ensayo, el interrogante que le atormentó desde el comienzo mismo de la contienda, cuando empezó a padecerla recién cumplidos los veintidós años.

A mediados de julio de 1936 se desencadenó en España una guerra civil que duró hasta el 1 de abril de 1939, cuyo espíritu y consecuencias habían de prolongarse durante muchos años más. Este es el gran suceso dramático de la historia de España en el siglo XX, cuya gravitación ha sido inmensa durante cuatro decenios, que no está enteramente liquidado. Hay que añadir que apasionó al mundo como ningún otro acontecimiento comparable. La bibliografía sobre la guerra civil española es sólo un indicio de la conmoción que causó en Europa y América. Ese apasionamiento, y la perduración de sus consecuencias interiores y exteriores, ha perturbado su comprensión: el partidismo, directo o en forma de simpatía o antipatía —el «tomar partido» desde fuera—, ha desfigurado constantemente la realidad de la guerra y su desarrollo; últimamente se va abriendo camino una investigación más documentada y veraz, y empiezan a aclararse muchas cosas: nos vamos aproximando a saber *qué pasó*. Pero para mí persiste una interrogante que me atormentó desde el comienzo mismo de la guerra civil, cuando empecé a padecerla, recién cumplidos los veintidós años: *¿Cómo pudo ocurrir?*

Que algo sea cierto no quiere decir que fuese verosímil. Sabemos que esa guerra sucedió, con los rasgos que se van dibujando con suficiente precisión; pero queda en pie el hecho enorme de que muy pocos años antes era enteramente imprevisible, que a nadie se le hubiera pasado por la cabeza, incluso después de proclamada la República, que España pudiese dividirse en una guerra interior y destrozarse implacablemente durante tres años, y adoptar ese esquema de interpretación de sí misma durante varios decenios más. ¿Cómo fue posible? Alguna vez he recordado que mi primer comentario, cuando vi que se trataba de una guerra civil y no otra cosa —golpe de Estado, pronunciamiento, insurrección, etcétera—, fue éste: «¡Señor, qué exageración!» Me parecía, y me ha parecido siempre, algo des-

mesurado por comparación con sus motivos, con lo que se ventilaba, con los beneficios que nadie podía esperar. En otras palabras, una *anormalidad* social, que había de resultar una anormalidad histórica. De ahí mi hostilidad primaria *contra la guerra*, mi evidencia de que ella era el primer enemigo, mucho más que cualquiera de los beligerantes; y entre ellos, naturalmente, me parecía más culpable el que la había decidido y desencadenado, el que en definitiva la había *querido*, aunque ello no eximiese enteramente de culpas al que la había estimulado y provocado, al que tal vez, en el fondo, la había deseado. Y, por supuesto, mi repulsa iba, dentro de cada bando, a aquellas fracciones que habían contribuido más a que se llegase a la guerra, a las que eran sus principales promotoras, a las que la aprovecharon y mantuvieron —en la victoria o en la derrota— su continuación en una u otra forma. La única manera de que la guerra civil quede absolutamente superada es que sea plenamente *entendida*, que se vea cómo y por qué llegó a producirse, que se tenga clara conciencia del proceso por el cual se produjo esa anormalidad social que desvió nuestra trayectoria histórica. Sólo así quedaría la guerra radicalmente curada, quiero decir en su raíz, y no habría peligro de recaídas en un proceso análogo; únicamente esa claridad, difícil de conseguir, podría convertir en *vacuna* para el futuro aquella atroz dolencia que sacudió el cuerpo social de España.

Voluntad de no convivir

Habría que preguntarse *desde cuándo* empieza a deslizarse en la mente de los españoles la idea de la radical discordia que condujo a la guerra. Y entiendo por discordia no la discrepancia, ni el enfrentamiento, ni siquiera la lucha, sino la voluntad de *no convivir*, la consideración del «otro» como inaceptable, intolerable, insoportable. Creo que el primer germen surgió con el lamentable episodio de la quema de conventos el 11 de mayo de 1931, cuando la República no había cum-

plido aún un mes. Turbio suceso, cuyos orígenes nunca se han aclarado, sin duda extremadamente minoritario y que en modo alguno reflejaba un estado de opinión; pero la reacción del gobierno fue absolutamente inadecuada, hecha de inhibición, temor y *respeto a lo despreciable* —clave de tantas conductas sucias en la historia—, y, por su parte, un núcleo de una muy vaga «derecha», que ya no era monárquica y todavía no era fascista, identificó la República con ese oscuro y equívoco suceso, y se declaró *irreconciliable* con ella. Es evidente que los gobiernos republicanos —y no digamos los partidos— cometieron muchos errores, pero aunque la única falta del nuevo régimen hubiese sido el 11 de mayo, una porción considerable del país no lo hubiese perdonado nunca, le habría negado sistemáticamente el pan y la sal, sin otra esperanza que su destrucción. «Cuanto peor, mejor», fue la consigna que se acuñó por entonces, y que valdría la pena datar con precisión. Del otro lado, empieza a producirse desde muy pronto un fenómeno de «antipatía» que sustituye rápidamente a la euforia inicial de la República; se inicia una actitud negativa, que busca, más que reformas, el *hostigamiento* del «otro», arbitrariamente unificado por la enemistad. Esta operación —primariamente mental y verbal— se realiza desde dos puntos de vista que se irán haciendo convergentes: el *clacismo* y el *anticlericalismo*.

Sobre este último hay que decir una palabra. El Diccionario de la Lengua Española define la voz «anticlerical»: «Contrario al clericalismo», pero en el suplemento a la edición de 1970 se añade una segunda acepción: «Contrario al clero.» El primer anticlericalismo puede ser muy justificado, y lo han sentido innumerables católicos; el segundo es otra cosa, de más difícil justificación, y desempeñó un papel decisivo en la política de la época republicana. Grupos políticos bastante grandes se dedican muy especialmente a *irritar* a una considerable porción del país, a producirle incomodidad, a enajenarla y excluirla lo más posible de la em-

presa colectiva que hubiera debido ser abarcadora y sin exclusiones.

Con todo, nada de esto era todavía *discordia*. El levantamiento del 10 de agosto de 1932 contra la República fue asunto de pequeños grupos descontentos y sin respaldo en el país; las insurrecciones anarcosindicalistas del año siguiente también eran fenómenos minoritarios y locales. Todo ello provocaba una repulsa más o menos enérgica en el torso de la nación, y por eso tenía escasa gravedad.

A mi juicio, lo más peligroso fue el ingreso sucesivo de porciones del cuerpo social en lo que se podría llamar *oposición automática*. La función de la oposición ha solido entenderse en España de manera elemental y simplista; se ha creído que consiste en oponerse a todo, automáticamente. Como la política, cuando es razonable, tiene un amplísimo curso central independiente de las posiciones partidistas, lo normal es que la oposición esté de acuerdo con el Gobierno, salvo matices, en la mayor parte de los asuntos, y que el gobierno tenga en cuenta las preferencias —y las razones— de la oposición para suavizar sus propias inclinaciones, e incluso renunciar a una fracción de su poder. En estas condiciones, la oposición queda restringida a ciertas cuestiones especialmente conflictivas o a aspectos en que caben dos cursos de acción bien diferenciados, y en esos casos la oposición adquiere todo su valor. Cuando, por el contrario, es constante, independiente de los méritos de la gestión o las propuestas, cuando *ya se sabe* que la otra fracción del cuerpo político va a decir desde luego «no» a todo, la oposición viene a ser maníaca, apriorista y sin significación concreta; pasa a ser mera fricción, obstáculo y desgaste. Esto ocurrió muy pronto en los años de la República; y se fueron formando grupos que ingresaban en la categoría de los mutuamente «irreconciliables». Se podría hacer un catálogo de ásperas críticas de la derecha a la gestión de los primeros gobiernos, no ya a sus frecuentes errores, sino a sus mayores aciertos, por ejemplo en el campo de la educación: nunca hubo un aplauso de los partidos o los periódicos adversos. Y, por supuesto, podría decirse lo mismo de los gobiernos del segundo bienio, desde fines de 1933. Nunca se juzgaba nada por sus méritos objetivos, sino por quién lo hacía; no se salvaba la parte de justificación —o aun de necesidad— de medidas que podían tener inconvenientes, torpezas o incluso una dosis de injusticia. Se retenía sólo la parte negativa, lo que podría tener de hiriente, de agresión o agravio, y se incubaba en incansable hostilidad. Las medidas de reducción del ejército de Azaña, el retiro voluntario de los militares que así lo solicitaran, con conservación de sus sueldos completos, etcétera, todo ello podía discutirse en su detalle, podía tener una raíz de antimilitarismo o desconfianza en el ejército, pero tenía indudable justificación económica y política; estos aspectos positivos se pasaron por al-

to —tal vez la única excepción fue Ortega—; unos vieron con alegría la disminución de las fuerzas armadas; éstas —y sus simpatizantes— miraron como un agravio lo que habían aceptado voluntariamente; la mayoría de los militares retirados fueron enemigos irreconciliables de la República, y cuando estalló la guerra fueron tratados no ya como adversarios ideológicos, sino como enemigos activos, y se hizo todo lo posible por exterminarlos.

Esta medida —en realidad excesiva e insuficiente a la vez, como la experiencia posterior demostró— no hizo más que condensar y exacerbar un resentimiento que era frecuente entre militares, los cuales, por razones muy complejas, llevaban mucho tiempo de sentirse «segregados» del conjunto de la sociedad, «oscuros» por comparación con los estratos más aventajados y brillantes, y sobre todo con la imagen inicial al comienzo de sus carreras o de que habían gozado en Marruecos. Este resentimiento, unido al de muchos intelectuales —a ambos extremos del espectro político—, fue un elemento capital en la génesis de la actitud que desembocó en la guerra civil.

Vieja y caduca España

Nada de esto hubiese sido suficiente para romper la concordia si hubiese existido en España *entusiasmo*, conciencia de una empresa atractiva, capaz de arrastrar como un viento a todos los españoles y unirlos a pesar de sus diferencias y rencillas. La falta de entusiasmo es el clima en que brota la desintegración; por eso, los que la desean y buscan cultivan el «desencanto», la «desilusión», la «decepción», el «desaliento», y esperan sus frutos, agrios primero, amargos después. ¿No estamos asistiendo al mismo intento, contra toda razón, desde 1976?

La humanidad tiene bastante horror al gris; necesita algo estimulante, incitante, atractivo. La República —sobre todo la palabra «república»— suscitó una oleada de entusiasmo, pero los republicanos fueron incapaces de mantenerlo. Sus partidos eran excesivamente «burgueses» (en el mal sentido de la palabra, quiero decir prosaicos); eran también arcaicos, dependientes del siglo XIX, lastrados de viejos tópicos: anticlericalismo, vago federalismo, afición a las sociedades secretas, un tipo de «liberalismo» rancio, negativo y casi reducido a desconfianza del Estado, en una época en que la marea ascendente de su culto era a un tiempo el peligro más grave y la fuerza que había que orientar y aprovechar. Era imposible que los jóvenes se entusiasmaran por los partidos republicanos, y el republicanismo se encontró *sin porvenir* desde el primer día. Faltó una retórica inteligente y atractiva hacia la libertad, y su puesto vacío fue ocupado por los extremismos, por la torpeza y la violencia, donde los jóvenes creían encontrar, por lo menos, pasión.

Ni siquiera las posiciones toscamente



Un miliciano monta guardia en un confectionario. La utilización despreciativa de símbolos la efectuaron ambos bandos.



La verborrea del bando sublevado, como pone de manifiesto este diario, es también agresiva y excluyente.

«izquierdistas» o «derechistas» lograron encender el entusiasmo mientras se mantuvieron en el área de la lucha política y dentro de los supuestos democráticos. Los dos grandes partidos, los que de hecho llevaron las riendas del poder sucesivamente, fueron el socialista y la CEDA. Los dos resultaban «aburridos», poco incitantes, «administrativos»; tuvieron mayorías —relativas— mecánicas, debidas sobre todo a la cosecha de hostilidades de signo contrario, pero sin vigor propio.

El partido socialista fue combatido ferozmente desde dentro, con una virulencia que los que no lo vivieron no pueden imaginar, por el ala cuya expresión fue el diario «Claridad». Es decir, por un «socialismo» utópico y revolucionario, que desembocaba directamente en el comunismo —las Juventudes Socialistas Unificadas fueron el «ensayo general con todo» de la operación en curso—, hostil a la democracia, a los aliados «burgueses», fiado en la violencia, con programas inaceptables por todos los demás y, lo que es más, irrealizables en las circunstancias españolas.

En cuanto a las «derechas democráticas», fueron despreciadas por las más violentas, combativas y expeditivas, que tenían algún lirismo y capacidad de arrastre sentimental. Estos grupos más o menos «fascistas» eran minúsculos, pero tenían una ventaja inicial: eran juveniles, compuestos de estudiantes, familiarizados con la literatura, la poesía, los símbolos. Inclínados —como sus enemigos más opuestos— al estilo «militar» (si se prefiere, «militante»): himnos y banderas, más que ficheros y estadísticas.

En Europa, no se olvide, lo civil ha solido ser «gris», neutro, negativo (lo que no es militar ni eclesiástico), y esto ha determinado una pérdida de atractivo, un tremendo prosaísmo que ha sido el tono de la República francesa y de la alemana de Weimar (Max Scheler se dio cuenta perspicazmente de esto, y hay que poner en la cuenta de ese gris buena parte del éxito de las camisas rojas, negras, pardas o azules). No se ha sabido casi nunca —en España, en 1931, desde luego no se supo— crear una imagen afirmativa y atractiva de la condición civil (y civilizada), de la libertad y la convivencia; tal vez sólo durante el liberalismo romántico, inspirado por una buena retórica eficaz y por la doble imagen de la bella reina regente María Cristina y la reina niña Isabel II.

Añádase ahora —ahora, y no antes, porque no fueron decisivos— los problemas económicos, muy reales en el quinquenio que duró la República. Mientras la dictadura de Primo de Rivera (1923-29) se había beneficiado de la prosperidad, de la bonanza económica que parecía ilimitada y segura, la República vino a los dos años del comienzo de la depresión de 1929, precisamente cuando sus efectos se hicieron sentir en Europa (y provocaron una feroz crisis, que había de ser otra de las causas del triunfo de Hitler a comienzos de 1933). Europa era bastante pobre;

España lo era resueltamente; la mayor parte de la población —campesinos, obreros, clases medias urbanas— vivía con estrechez que los jóvenes de medio siglo después ni siquiera imaginan; la moderadísima elevación de precios afectó a la mayoría de la población, que carecía de holgura y de reservas; el paro se intensificó (el paro de entonces, sin seguridad social, sin el menor ingreso, que significaba la pobreza y aun la miseria, en ocasiones el hambre); las huelgas constantes aumentaron la crisis económica, mermaron la ya escasa riqueza, desalentaron la inversión, aumentaron el paro previo, desarticulaban la economía; una reforma agraria demagógica y poco inteligente agravó la situación del campo. Los extremos del espectro político no sintieron esta crisis, más bien la fomentaron: unos, porque el malestar fomentaba el descontento, y con él el espíritu revolucionario, que el bienestar hubiese mitigado o desvanecido; los otros, por una profunda y egoísta insolidaridad, por una esperanza de que el malestar económico y social impidiese la consolidación de la República, fieles al lema de «cuanto peor, mejor».

Deformación de la realidad

Se dirá que todo esto era muy grave y hacía presagiar una descomposición del cuerpo social; pero, a pesar de su importancia, estaba todavía muy lejos de la atroz realidad que es una guerra civil. Se avanzó a ella por sus pasos, muy rápidos ciertamente. El primero, la politización, extendida progresivamente a estratos sociales muy amplios, es decir, la primacía de lo político, de manera que todos los demás aspectos quedaban oscurecidos: lo único que importaba saber de un hombre, una mujer, un libro, una empresa, una propuesta, era si era de «derechas» o de «izquierdas», y la reacción era automática. La política se adelantó desde el lugar secundario que le pertenece hasta el primer plano, dominó el horizonte, eclipsó toda otra consideración. Ello produjo, en un momento de esplendor intelectual como pocos en toda la historia española, una retracción de la inteligencia pública, un pavoroso angostamiento por vía de simplificación: la infinita variedad de lo real quedó, para muchos, reducida a menos rótulos o etiquetas, destinados a desencadenar reflejos automáticos, elementales, toscos. Se produjo una tendencia a la abstracción, a la deshumanización, condición necesaria de la violencia generalizada.

En una gran porción de España se engendra un estado de ánimo que podríamos definir como horror ante la pérdida de la imagen habitual de España: ruptura de la unidad (que se siente amenazada por regionalismos, nacionalismos y separatismos, sin distinción clara); pérdida de la condición de «país católico» —aunque el catolicismo de muchos que se horrorizaban fuese vacío o deficiente—; perturbación violenta de los usos, incluso lin-

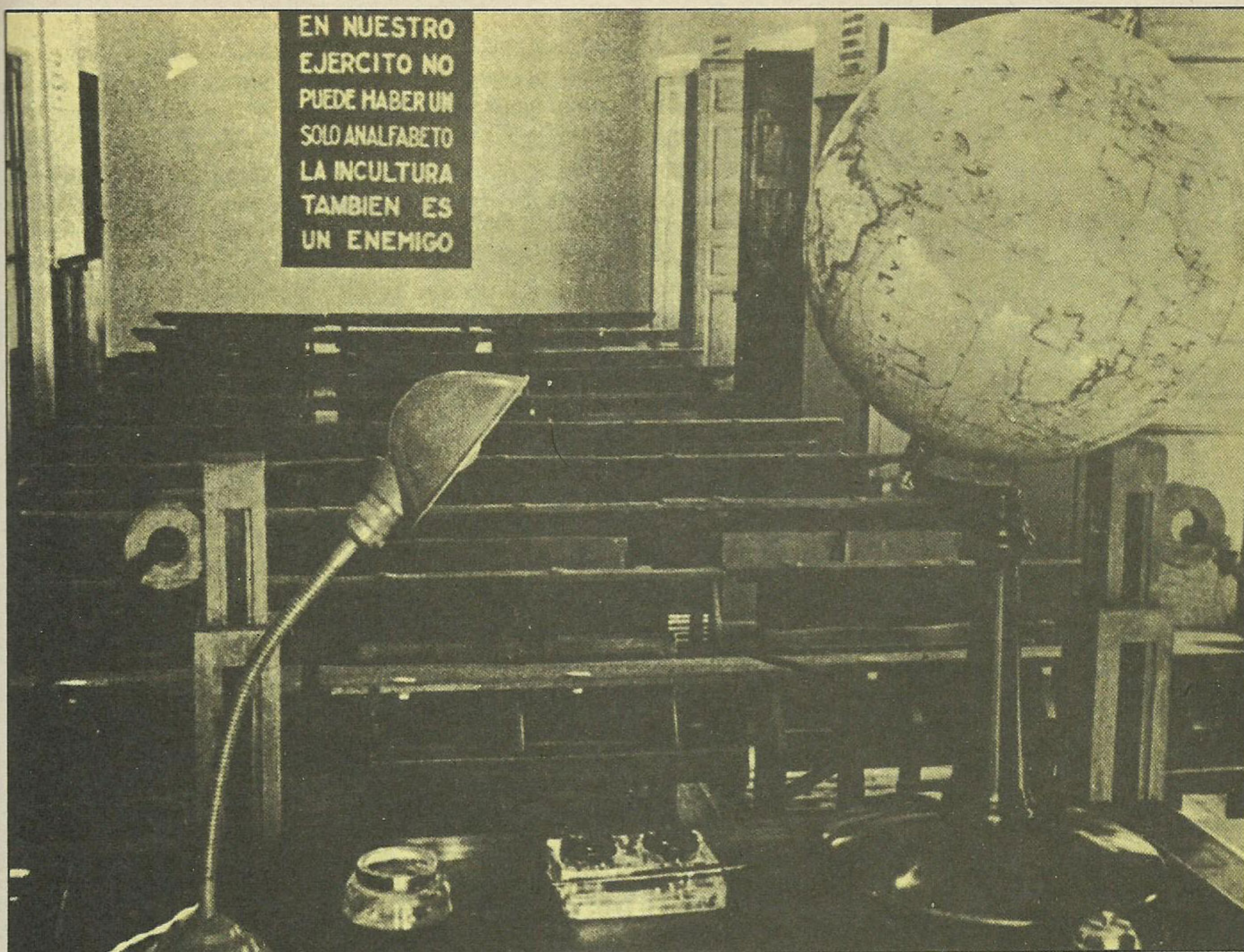
güísticos, del entramado que hace la vida familiar, inteligible, cómoda.

Frente a este horror, el mito de la «revolución», la imposición del esquema «proletario-burgués», la intranquilidad, la amenaza, el anuncio de «desahucio» inminente —si vale la expresión— de todas las formas de vida, estilos o clases que no encajasen en el esquema convencional. Los españoles menores de sesenta años —y muchos mayores— deberían pasar algunas horas leyendo los periódicos de aquellos años, desde «La Nación» y «Abc» hasta «Claridad» y «Mundo Obrero», sin olvidar demasiado «El Debate», «El Socialista», algunas revistas y, naturalmente, los periódicos de otras ciudades que no fuesen Madrid.

Añádase a esto el mimetismo de movimientos políticos extranjeros, la poderosa acción de los estímulos totalitarios: el comunismo de un lado, cuyo influjo va mucho más allá del minúsculo partido que usaba ese nombre, y se ejerce, sobre todo, dentro del partido socialista y de los sindicatos; el «fascismo» del otro lado, como término genérico, mucho más peligroso en su vertiente alemana que en la italiana (desde 1933, Mussolini irá a remolque de Hitler, y es el año en que se consolidan en España las tendencias que rara vez se denominarán «fascistas» por los que las defienden, pero sí «nacional-sindicalistas», de tan clara resonancia «nacionalsocialista»).

¿No había otra cosa? Sí. Por una parte, grupos que buscan la «originalidad» en posiciones arbitrarias y arcaicas: carlismo, anarquismo. Por otra, los que intentan defender una «democracia» que resulta débil por varias razones: por la figura borrosa de las llamadas «potencias democráticas» (Francia, Inglaterra), llenas de temor ante los Estados totalitarios, vacilantes, con poca generosidad y gallardía, oscilantes entre tendencias extremadamente reaccionarias y la aceptación de cualquier tipo de «Frente popular»; por el triunfo en todas ellas de un parlamentarismo excesivo, que impide a un poder ejecutivo fuerte enfrentarse con los problemas, y las expone a la dictadura; finalmente, por la política de concesiones que, antes y después de la guerra civil española, las llevará a una política reactiva, sin iniciativa, y que desembocó en la segunda guerra mundial.

Yo añadiría todavía un factor más, que me parece decisivo para explicar la ruptura de la convivencia y finalmente, la guerra civil: la pereza. Pereza, sobre todo, para pensar, para buscar soluciones inteligentes a los problemas; para imaginar a los demás, ponerse en su punto de vista, intentar comprender su parte de razón o sus temores. Más aún, para realizar en continuidad las acciones necesarias para resolver o paliar esos problemas, para poner en marcha una empresa atractiva, ilusionante, incitante. Era más fácil la magia, las soluciones verbales, que dispensan de pensar y actuar. En vez de pensar, echar por la calle de en medio. Es de-



Se explica, pero no se justifica, el afán de desquite y venganza que tenían masas de campesinos explotados miserablemente. Una escuela para soldados del ejército de la República. Había muchos analfabetos en la España de 1936.

cir, o los cuarteles o la revolución proletaria, todo ello según receta. En otras palabras, las vacaciones de la inteligencia y el esfuerzo.

Pudo no haber guerra

No se puede entender la situación española del cuarto decenio de este siglo si se la aísla del conjunto de la europea. En 1931, según mis cálculos, se produce un cambio generacional; es el momento en que «llega al poder» la generación de 1886 (los nacidos entre 1879 y 1893) y la de 1871 (en España, la llamada del 98) pasa a la «reserva», aunque conserve considerable influjo y prestigio. Es el punto en que se inicia *en toda Europa* el fenómeno de la politización, y con él la propensión a la violencia. No hay más que ver, en una cronología detallada, la serie de los sucesos en los años inmediatamente anteriores y posteriores a 1931 para observar cómo cambian de cariz, de fisonomía. Comienza a perderse el respeto a la vida humana. Ese periodo generacional, que se extiende hasta 1946, es una de las más atroces concentraciones de violencia de la historia, y en ese marco hay que entender la guerra civil española.

Pero —se dirá— en otros países no se llegó a tanto. La guerra mundial fue otra

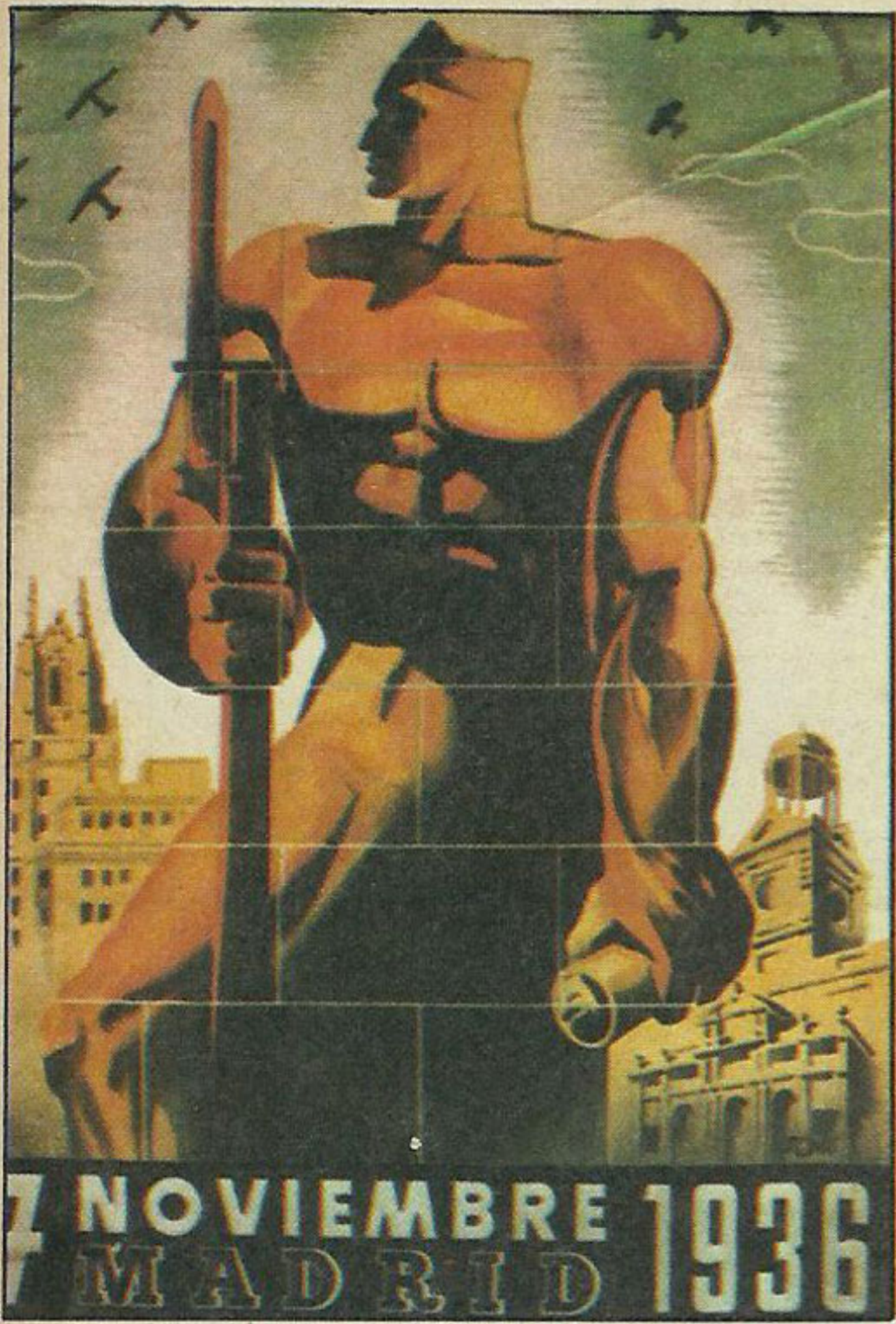
cosa, no propiamente una «discordia», una crisis de la convivencia. Además, muy probablemente fue «estimulada» por la guerra civil de España, que funcionó a un tiempo como «cebo» y «ensayo». Todo esto es cierto, pero la consecuencia que de estas consideraciones hay que extraer es que en la guerra civil hubo un decisivo elemento de *azar*; que, contra lo que se ha dicho con insistencia, *no fue necesaria, no fue inevitable*. Creo, por el contrario, que la guerra civil hubiera podido evitarse *de varias maneras*, que había más de una salida a una situación sin duda difícil y peligrosa.

La guerra fue consecuencia de una ingente *frivolidad*. Esta me parece la palabra decisiva. Los políticos españoles, apenas sin excepción, la mayor parte de las figuras representativas de la Iglesia, un número crecidísimo de los que se consideraban «intelectuales» (y desde luego de los periodistas), la mayoría de los económicamente poderosos (banqueros, empresarios, grandes propietarios), los dirigentes de sindicatos, se dedicaron a *jugar* con las materias más graves, sin el menor sentido de responsabilidad, sin imaginar las consecuencias de lo que hacían, decían u omitían. La lectura de los periódicos, de algunas revistas «teóricas», reducidas a mera política, de las sesiones de Cortes,

de pastorales y proclamas de huelga, escalofría por su falta de sentido de la realidad, por su incapacidad de tener en cuenta a los demás, ni siquiera como enemigos *reales*, no como etiquetas abstractas o mascarones de proa.

Y todo esto ocurría en un momento de increíble esplendor intelectual, en el cual se habían dado cita en España unas cuantas de las cabezas más claras, perspicaces y responsables de toda nuestra historia. Lo cual hace más grave el hecho escandaloso de que no fueran escuchadas, de que fueran deliberada, cínicamente desatendidas por los que tenían dotes intelectuales, y por tanto deberes en ese capítulo.

Los años de la República estuvieron dominados por la falta de imaginación, la incapacidad de prever, de anticipar las consecuencias, de proyectar un poco lejos. No se llegó a aceptar las reglas de la democracia, se declaró una vez y otra —por la derecha y por la izquierda— que sólo se aceptaban sus resultados si eran favorables; unos y otros estuvieron dispuestos a enmendar por la fuerza la decisión de las urnas, sin darse cuenta de que eso destruía toda posibilidad política normal y anulaba la gran virtud de la democracia: la de rectificarse a sí misma. El 10 de agosto de 1932 fue el primer sínto-



Españoles había en un lado y españoles en el otro. Madrid resistió tres años las embestidas de los sublevados.

ma de esa actitud, que tuvo su correlato en los levantamientos anarquistas del año siguiente; pero la irresponsabilidad máxima fue la insurrección del partido socialista en octubre de 1934, aprovechada por los catalanistas, que llevó a la destrucción de una democracia eficaz y del concepto mismo de autonomía regional. Se negó entonces la validez del sufragio, la Constitución y el estatuto de Cataluña —parte de la estructura jurídica de la República española—, todo en una pieza. La democracia quedó herida de muerte. Los gobiernos de esta segunda etapa, lejos de tratar de enmendar lo que les parecía peligroso para la nación o para la religión en la legislación del bienio anterior —como habían dicho en su propaganda—, prefirieron dedicarse a restablecer egoístamente pequeñas ventajas económicas para sus clientelas, con asombrosa insolidaridad y miopía, que llevaron a la disolución de Cortes, las elecciones de febrero de 1936, el triunfo en ellas del Frente Popular y, poco después, la guerra civil.

Pero, ¿puede decirse que estos políticos, estos partidos, estos votantes *querían la guerra civil*? Creo que no, que casi nadie *español* la quiso. Entonces, ¿cómo fue posible? Lo grave es que *muchos españoles quisieron lo que resultó ser una guerra civil. Quisieron: a) Dividir al país en dos bandos. b) Identificar al «otro» con el mal. c) No tenerlo en cuenta, ni siquiera como peligro real, como adversario eficaz. d) Eliminarlo, quitarlo de en medio* (políticamente, físicamente si era necesario).

Se diría que esto era una locura. Efectivamente, lo era (y no faltaron los que se dieron cuenta entonces, y a pesar de

mi mucha juventud, puedo contarme en su número). La locura puede tener causas orgánicas, puede ser efecto de una lesión; o bien psíquicas; pero también puede tener un origen *biográfico*, sin anomalía fisiológica ni psíquica. Si trasladamos esto a la vida colectiva, encontramos la posibilidad de la *locura colectiva* o social, de la *locura histórica*. (El Irán, en el momento en que escribo, es un estupendo ejemplo de ello, y no es el único.) Sin recurrir a esta idea, ¿puede entenderse el triunfo del nacionalsocialismo en Alemania, los doce años de historia que va de 1933 a 1945? La revolución rusa fue otra cosa: la locura lúcida de una exigua minoría, operando *in anima vili* sobre un inmenso cuerpo social de «almas muertas», inertes.

Conviene recordar que la situación española en el primer tercio del siglo había sido de promesa constante, en gran parte realizada. Desde el desastre del 98, la sociedad española había despegado económicamente (con la ayuda de la neutralidad durante la primera guerra mundial), y su pobreza se había mitigado; las Universidades habían mejorado más de lo que se hubiera podido esperar, y todo el sistema de la instrucción experimentó un avance extraordinario con la República. Desde el punto de vista de la cultura superior —filosofía, literatura, arte, investigación—, se había entrado en un siglo de oro. Las esperanzas de un joven de mi generación eran ilimitadas, y la República, entendida positivamente, fue el símbolo de la apertura, de la dilatación de la vida, del ejercicio de la libertad. La España estudiada e interpretada por Unamuno, Menéndez Pidal, Gómez Moreno, Asín Palacios, Ortega y los historiadores y filólogos más jóvenes; imaginada y recreada literariamente por Azorín, Baroja, Valle-Inclán, los Machado, Miró, Juan Ramón Jiménez, Ramón Gómez de la Serna, Salinas, Guillén y los poetas «del 27»; pintada por Regoyos, Zuloaga, Solana, Palencia; la que tenía, un poco lejos, a Picasso y a otros cuantos; la que había empezado a investigar —en escasa medida, pero tan bien como cualquiera— con Cajal, Cabrera, Palacios, Catalán; la que había creado, por primera vez desde hacía tres siglos, una filosofía original y un comienzo de escuela sin adanismo —Ortega, Morente, Zubiri, Gaos—, esa España, en tantos sentidos incomparable con todas las anteriores desde mediados del siglo XVII, desde Quevedo y Calderón, fue la que de repente fue negada *a medias* por fracciones que ni siquiera poseían ni retenían la mitad que pretendían defender. De esa España nos despojaron a los españoles —y a nuestros hijos no nacidos— los que quisieron la guerra (o no les importó dejarla llegar), los que fueron internamente beligerantes en 1936.

La locura colectiva

Falta todavía examinar una cuestión delicada: cómo se llegó a imponer a una gran parte de la sociedad española lo que

inicialmente no creía ni pensaba ni quería, cómo se disminuyeron sus defensas, para llevarla adonde no quería ir. He insistido en el carácter no ya minoritario, sino exiguo, de los grupos que habían de resultar representativos y decisivos durante la guerra civil. Conviene tener presente que los comunistas sólo consiguieron un diputado en las Cortes de 1931, otro en las de 1933, 16 (con los votos republicanos y socialistas) en las de 1936. En cuanto a los falangistas, *nunca* pudieron elegir un solo diputado, ya que José Antonio Primo de Rivera fue elegido en 1931 como candidato de una coalición de derechas, dos años antes de la fundación de Falange Española. Lo cual no impidió que el Partido Comunista fuese el principal rector de la política en la zona «republicana» y que Falange fuese el «partido único» en la «nacional» y en los decenios que siguieron a su victoria.

El proceso que se lleva a cabo entre los años 31 y 36 (y, si se quiere mayor precisión, de 1934 a 1936) consiste en la *escisión del cuerpo social* mediante una tracción continuada, ejercida desde sus dos extremos. Ese torso de la sociedad, que poco o nada tenía que ver con esos grupos extremistas, en lugar de rechazar sus pretensiones, desentenderse de ellos y dejarlos fuera del juego político (reducirlos a lo que en inglés se llama «*the lunatic fringe*», «*el fleco demencial*»), se dejó *dividir*, siguió, con mayor o menor docilidad, a los dos fragmentos que *no querían convivir* con los demás. ¿Cómo se ejerció —y se ejerce casi siempre— esa tracción? Mediante una forma de sofisma que consiste en la *reiteración de algo que se da por supuesto*. Cuando los medios de comunicación proporcionan una interpretación de las cosas que ni se justifica ni se discute, y *parten* de ella una vez y otra como de algo obvio, que no requiere prueba, que, por el contrario, se usa como base para discusiones, diferencias y hasta polémicas, los que reciben esa interpretación se encuentran desde el primer momento *más allá* de ella, envueltos en análisis, procesos o disputas que precisamente implican su previa aceptación. Todas esas discusiones, que no se rehúyen, sino se fomentan, tienen justamente la misión de *distraer* de esa aceptación que se ha deslizado fraudulentamente y sin crítica, por un simple mecanismo de repetición y utilización como base de toda discusión ulterior. Los dos elementos (repetición y utilización) son esenciales; el primero produce una especie de «anestesia» o de efecto «hipnótico»; el segundo «pone a prueba» la tesis que interesa, de una manera sumamente curiosa, que no es probarla, demostrarla o justificarla, sino *hacerla funcionar*. Se sobreentiende que su *funcionamiento es prueba de su verdad*. Si con esta idea como guía se hiciese un examen atento de lo que se dijo en España durante los dos años anteriores a la guerra civil por parte de los que habían de ser sus inspiradores y conductores, me atrevo a asegurar que se aclararía una enorme porción de aquel complicado pro-

ceso histórico. (Y si con el mismo método se echase una ojeada a la situación actual, probablemente se obtendría claridad suficiente para evitar en el futuro diversos males cuya amenaza es demasiado evidente.)

La única defensa de la sociedad ante ese tipo de manipulaciones es responder con el viejo principio de la lógica escolástica: *nego suppositum*, niego el supuesto. Si se entra en la discusión, dejándose el supuesto a la espalda, dándolo por válido sin examen, se está perdido. Es muy difícil que el hombre o la mujer de escasos hábitos intelectuales, acostumbrados a la *recepción* de ideas más que a su elaboración y formulación, se den cuenta de que están siendo objeto de esa manipulación; sobre todo cuando el «supuesto» que se desliza es negativo; es decir, consiste en una omisión. (Si se quiere un ejemplo notorio y reciente, recuérdese la eliminación o escamoteo de la palabra «nación» en el anteproyecto de Constitución española que se hizo público a comienzos de enero de 1978; remito a mis artículos de ese mismo mes, recogidos en «España en nuestras manos».)

De ahí la necesidad de un pensamiento alerta, capaz de *descubrir* las manipulaciones, los sofismas, especialmente los que no consisten en un raciocinio falaz, sino en *viciar todo raciocinio* de antemano. Esta es la función *política* que puede esperarse de los intelectuales; es decir, que sean intelectuales y no políticos, que se ajusten a los deberes de su gremio y adviertan al país cuándo no se hace. ¿Faltó esto en los años que precedieron a la guerra civil? ¿No era una época en que los intelectuales gozaban de gran prestigio, no había entre ellos unos cuantos eminentes y de absoluta probidad intelectual? Ciertamente los había, pero encontraron demasiadas dificultades, se les opuso una espesa cortina de resistencia o difamación, funcionó el partidismo para oírlo «como quien oye llover»; llegó un momento en que una parte demasiado grande del pueblo español *decidió no escuchar*, con lo cual entró en el sonambulismo y marchó, indefenso o fanatizado, a su perdición. Tengo la sospecha —la tuve desde entonces— de que los intelectuales responsables se desalentaron demasiado pronto. ¿Demasiado pronto —se dirá—, con todo lo que resistieron? Sí, porque siempre es demasiado pronto para ceder y abandonar el campo a los que no tienen razón.

Dos fracasos

He intentado hacer comprensible cómo se pudo llegar a la guerra civil, cómo se fue simplificando la realidad española, reduciéndola a esquemas, polarizándolos, convirtiéndolos en algo abstracto, algo que se puede *odiar* sin que la humanidad concreta se interponga y mitigue el odio; cómo se manipuló hábilmente al pueblo español desde dos extremos profesionalizados, con ayuda de la torpeza y falta de estilo de las soluciones más civi-

lizadas y razonables, que fueron perdiendo atractivo y eficacia. Larga serie de errores, el último y mayor de los cuales fue... la guerra.

La verdad es que nadie contaba con ella. Los que la promovieron más directamente creían que se iba a reducir a un golpe de Estado, a una operación militar sencillísima, estimulada y apoyada por un núcleo político que serviría de puente entre el ejército victorioso y el país. Los que llevaban muchos meses de provocación y hostigamiento, los que habían incitado a los militares y a los partidos de derechas a sublevarse, tenían la esperanza de que ello fuese la gran ocasión esperada para acabar con la «democracia formal», los escrúpulos jurídicos, la «república burguesa», y lanzarse a la deseada revolución social (lo malo es que dentro de ese propósito latían dos distintas, que habían de desgarrarse mutuamente poco después).

Todos sabemos que las cosas no sucedieron así. La sublevación fracasó; el intento de sofocarla, también. *La prolongación de los dos fracasos, sin rectificación ni arrepentimiento, fue la guerra civil.*

Si se la mira desde este punto de vista, creo que se puede comprender mejor su desarrollo. Lo primero que hay que decir —porque es lo más grave, lo diferencial de esta guerra— es que en ella *lo de menos fue la guerra*. Las víctimas de ella fueron secundariamente las bajas militares; lo decisivo fueron los bombardeos y, sobre todo, los asesinatos (con o sin ficción de ejecución legal). Es decir, la lucha fue, más que contra la «zona» enemiga, contra los enemigos de la propia «zona»; y no contra los que ejercían actos de hostilidad, agresión o espionaje, sino contra los que se consideraban «desafectos» a una ortodoxia política definida arbitraria y estrechamente; y esta condición era *previa* a toda conducta concreta, inherente a la persona e irremediable. Las personas pertenecientes a ciertas categorías —filiaciones políticas o incluso profesiones— no tenían escape; estaban perdidas, hicieran lo que hicieran; su única salvación era la huida o el ocultamiento.

En la zona que se llamó «nacional» y fue llamada por sus enemigos «facciosa», todo el que no se sumó al «movimiento» fue perseguido, normalmente (y desde luego en el caso de los militares) por *rebelión*. Esta persecución se extendía a todos los afiliados a partidos del Frente Popular, pero no estaban seguros los radicales, ni los pertenecientes a la CEDA, ni los maestros, ni, por supuesto, los masones. En la zona «republicana» («roja» para los enemigos), solamente los partidos del Frente Popular eran aceptados (los republicanos, meramente tolerados); todos los demás, aunque fuesen republicanos históricos, eran perseguidos; los falangistas, sin la menor esperanza de salvación; los sacerdotes, religiosos, monjas, etcétera, si no se escondían a tiempo eran exterminados. En ambas zonas, to-



Todos colaboraban en la guerra: los hombres al frente, y las mujeres a la retaguardia: nadie se salva.

dos los que no eran incondicionales eran sospechosos.

Las «depuraciones» dejaron sin puesto de trabajo a millares de personas a las que se consideraba «desafectas», aunque no hubiesen cometido ningún acto delictivo ni hostil, y la depuración hacía ingresar inmediatamente en la categoría de los sospechosos, sometidos a vejaciones y peligros. La condición de militar retirado en una zona, de dirigente sindical en la otra, significaba el encarcelamiento y, con bastante probabilidad, la muerte. Por supuesto, en la zona republicana, con la excepción del País Vasco, todo culto religioso fue prohibido, y los incendios de iglesias y conventos fueron frecuentísimos, en muchos casos realizados sistemáticamente. En toda España se constituyeron tribunales («de guerra» o «populares») sin la menor garantía jurídica y de particular ferocidad; estaban compuestos, en un caso, por representantes de todos los partidos del Frente Popular y de las organizaciones sindicales; en el otro, por militares y representantes políticos. Esto sin contar con las abundantísimas «checas» o sus equivalentes, absolutamente irresponsables, y con las «sacas» de las prisiones, con pretextos de traslados que solían ser al otro mundo.

No me interesa recordar el aspecto más horrible y siniestro de la guerra, sino para decir que fue un universal terrorismo, ejercido no sólo contra los enemigos, sino contra los que se podían considerar neutrales o incluso partidarios no fanáticos o incondicionales, dentro de la propia zona, lo cual significó un chantaje generalizado, que excluía toda crítica y todo matiz de posible disidencia. Así se lle-



El deseo de acabar con el contrario de la forma que fuese y sin ahorrar medios constituyó el objetivo prioritario de los dos bandos. La piedad o la convivencia estaban excluidas.



Cada ciudad, cada pueblo, cada aldea ha de ser una trinchera de la República democrática. ¡Todos los españoles honrados somos beligerantes! ¡Que todo brazo útil empuñe un arma para afirmar la victoria!

SE AFIRMA LA VICTORIA DE LA REPUBLICA DEMOCRATICA EN TODO EL PAIS. NUESTRAS HEROICAS FUERZAS HAN ENTRADO TRIUNFALMENTE EN CORDOBA, APLASTAN A LOS TRAIADORES EN TODA LA PROVINCIA DE SEVILLA Y ANIQUILAN UNA COLUMNA EN SOMOSIERRA. ¡BRAVO, MILICIANOS Y FUERZAS LEALES!

¡Adelante en la ofensiva!
Ni paz ni cuartel a los traidores
VIVA LA REPUBLICA DEL PUEBLO Y SUS HEROICOS DEFENSORES!

gó a la aceptación de todo (incluía la infamia), con tal de que fuese «de un lado».

La consecuencia inevitable fue el envilecimiento. Nadie quería quedarse corto, ser menos que los demás en la adulación de los que mandaban o la execración de los adversarios. Esto fue un poco menos compacto en la zona republicana, por su falta de disciplina y coherencia, que dejó un estrecho margen de «pluralismo». Esta diferencia puede comprobarse en la actual publicación de los dos «*Abc*»: el republicano de Madrid y el franquista de Sevilla. La mentira, como puede verse allí mismo día por día, dominaba en ambos campos por igual.

Esta actitud, unida a la decisión de «pasar por todo», y en ocasiones al fanatismo —no siempre—, llevó a que la inmensa mayoría de lo que se escribió en ambas zonas fuese literalmente vergonzoso. Es aleccionador, pero infinitamente penoso, leer lo que escribieron muchos que tenían pretensiones de intelectuales, literatos, profesores, eclesiásticos, hombres de leyes. Hubo excepciones, sin duda, de decoro literario, nobleza, generosidad y valentía; pero no pasaron de excepciones. En algunos casos, lo lamentable fue siempre debilidad y amedrantamiento, y pasada la terrible prueba no siguió formando parte de la personalidad de sus autores; en otros significó una corrupción profunda que llevó hasta la denuncia, el aplauso a los crímenes propios o la calumnia.

Una de las pruebas de ese estado de abyecta sumisión es la feroz irritación que a ambos lados de las trincheras provocó todo aquel que se atrevía a discrepar de los dos bandos. La hostilidad máxima se reservaba para los que no se sentían adscritos a ninguno de los dos beligerantes, no por indiferencia o desinterés, sino por considerar a ambos inaceptables. El que se atrevía a resistir a la guerra era el enemigo de todos, contra el cual todo estaba permitido. Por eso, tomar esta posición fuera de España —lo más frecuente— significaba deusada valentía; hacerlo dentro

era pura y simplemente heroísmo, aunque fuese sin negar apoyo y colaboración a una de las causas beligerantes; el ejemplo más eminente fue el de Julián Besteiro.

El ámbito del odio

Todo lo que he dicho ahora me parece esencial para entender cómo fue posible que se llegara a la guerra civil. Si no se tiene en cuenta, es completamente ininteligible que un pueblo como el español, de tan larga e ilustre historia, creador de una de las tres o cuatro grandes culturas modernas, en un momento de esplendor intelectual y literario, sin ningún problema objetivamente grave, no digamos insoluble, al día siguiente de lanzarse con entusiasmo a una nueva fase de su vida, de repente se encontrara con que no podía seguir conviviendo, se llenara de odio y se dedicase al exterminio de sus hermanos durante tres años. Es menester recordar los pasos por los que se llegó a una situación *mental colectiva* que tenía muy poco que ver con la realidad; es decir, con la realidad si se omite ese estado mental, que naturalmente era parte de la realidad española en 1936. Quiero decir que, lejos de ser la guerra inevitable, su origen efectivo no fue la *situación objetiva* de España, sino su *interpretación*, se entiende, el desajuste de *dos* interpretaciones que, por una serie de voluntades y azares, llegaron a excluir a las demás y oscurecer cuanto era distinto de ellas. Y esto es, literalmente, una *anormalidad de la vida colectiva*, que algún día podrá diagnosticarse con precisión cuando se vaya, más allá de la psiquiatría, a una «bioiatría», a un conocimiento de la patología de la *vida biográfica*, individual y social. Pero la realidad total de la guerra civil no se agota en lo que he dicho. Una vez estallada, una vez iniciada, desde fines de julio de 1936, España estuvo en estado de guerra. Esta expresión es particularmente reveladora: la guerra es un «estado», algo que *se está*. Se vive dentro de la guerra, en su ámbito. Las cosas se ordenan en otra pers-

pectiva; el tiempo cambia de ritmo, emplazamiento, significación; pierden importancia muchas cosas, la adquieren otras; ciertas dimensiones de la vida humana, hasta entonces olvidadas, se ponen en primer plano —por ejemplo, el valor—; se altera el «umbral» de la inquietud, la inseguridad, el temor; surgen relaciones inesperadas, crueles y fraternales; los individuos dan la medida de sí mismos al estar expuestos a tensiones, tentaciones, peligros, esfuerzos; se conocen en dimensiones antes ignoradas.

La guerra civil es —se ha dicho mil veces— más cruel que ninguna otra, más dolorosa, porque introduce la división y el odio entre compatriotas, amigos, hermanos. Su especial intensidad le viene de eso y de que es más *inteligible* —empezando por la lengua del enemigo, pero no sólo la lengua, sino todo el repertorio de creencias, usos, proyectos, esperanzas—. El *no entenderse* que lleva a la guerra procede de la distorsión de un *entenderse demasiado bien*, que no se da en las guerras internacionales.

La guerra civil española estuvo animada por un violento, apasionado *patriotismo*, en ambos lados. He insistido con la máxima energía en los aspectos negativos, en la infinita torpeza, en la culpabilidad de los promotores de la guerra, en la anormalidad que la constituyó. Pero una vez «en guerra», una vez estallada y, de momento, inevitable, era menester en alguna medida *tomar partido*, preferir un beligerante al otro, aunque los dos pareciesen torpes, violentos, injustos, condenables. He dicho *preferir*; es la condición de la vida humana; no se aprueba, no se estima, no apetece, no gusta necesariamente lo que se prefiere; el que prefiere la operación a la peritonitis no tiene la menor complacencia en lo preferido; el que salta por una ventana para escapar a las llamas no tiene nada a favor del salto; simplemente le parece *el mal menor*. A ambos lados, innumerables españoles sintieron que había que combatir *para salvar a España*; incluso los que pensa-

ban que *en todo caso* caminaba hacia su perdición, creían que uno de los términos del dilema era *preferible*, que el otro era más destructor, o más injusto, o más irremediable e irreversible. Añádase la propaganda, la retórica bélica, el contagio del entusiasmo positivo de los que lo sentían, el horror hacia las maldades —demasiado ciertas— del enemigo. Al cabo de unos meses, millones de españoles estaban enloquecidos, sin duda, pero llenos de entusiasmo patriótico, dedicados a destruir España por amor de ella. Especialmente los muy jóvenes, que soportaron más que nadie el peso y el sufrimiento de la guerra, y las mujeres, que sólo en mínima proporción la habían *querido*, que la padecían en mil formas, y, en general, las personas sencillas, sin influencia en la vida colectiva, con un mínimo de responsabilidad, sujetos pasivos de todas las manipulaciones. La guerra suscitó la movilización de enérgicas virtudes: la capacidad de sacrificio, la generosidad, la hermandad, la impavidez frente al dolor o la muerte, el heroísmo.

Se puede pensar —se debe pensar— que todo aquello estaba mal empleado, que tal cúmulo de virtudes, tal capacidad de esfuerzo, aplicados a algo inteligente y constructivo habrían puesto a España en pocos años en la cima de su prosperidad y plenitud, en lugar de dejarla cubierta de escombros, campos assolados, muertos, mutilados, prisioneros, odiadores y

criminales. Pero esto no debe ocultar la evidencia de que los españoles extrajeron de su fondo último una impresionante suma de energía, resistencia y entusiasmo.

Propaganda de dos bandos

Los mitos se acumularon en ambas zonas. La justicia social, la redención del proletariado, la revolución universal, la civilización cristiana, la unidad de la patria desgarrada, el orden, la familia. Poco importa que, en nombre de todo eso, se cometieran atroces violaciones de lo mismo que se pretendía defender. El mito que tuvo más aceptación y cultivo fue el de la *independencia*. La presencia de combatientes italianos y alemanes en la zona «nacional», de las brigadas internacionales y «consejeros» soviéticos en la «republicana», fueron suficientes para que se hablase en las dos de «invasión» (la presencia de los moros en el campo «nacional» dio lugar a muy sabrosos comentarios, y obligó a desarrollar con muchos circunloquios el tema de la «Cruzada»). Al cabo de algún tiempo, la propaganda de ambas zonas hablaba como si algunos españoles, por casualidad, combatiesen en el lado de enfrente, meros «cómplices» de los invasores extranjeros.

Esto era, como es notorio, una absoluta falsedad, pero servía para oscurecer el hecho cierto e incontrovertible de la *manipulación* de los españoles por los go-

biernos de Italia, Alemania y la Unión Soviética, de su influencia decisiva en la génesis de la guerra y en su desarrollo. (Y cuando pasó el peligro, cuando uno de los bandos logró la victoria, cuando ya no fue necesaria *esa* propaganda y convenía más otra, la de la solidaridad totalitaria entre Berlín, Roma y Madrid, sus conexiones durante la guerra fueron proclamadas y aireadas por los vencedores y sus aliados: basta con leer los periódicos de abril y mayo de 1939, las noticias y los comentarios de los que en ellos escribían lo que tal vez prefieren olvidar.)

Todo esto funcionó de manera decisiva en el *desenlace* de la guerra. En diversas ocasiones, más entre los republicanos que entre sus enemigos, había habido deseos y hasta intentos de terminarla por un convenio o arreglo, por una *paz*. La derrota de los italianos en Brihuega —de la que, si no me engaño, se alegraron incluso muchos españoles de la zona «nacional»— fue un primer momento oportuno, pronto frustrado. (La detención del Ejército hasta entonces victorioso a las puertas de Madrid hubiera sido la gran ocasión, pero la situación global en noviembre de 1936 la hacía imposible.) La toma de Teruel por los republicanos, en el invierno 1937-38, fue quizá la oportunidad más favorable, pero los partidarios de la paz eran débiles y fueron barridos a ambos lados. Desde poco después, la suerte de la guerra estaba echada: la Re-



Fotografía tomada en Vitoria antes de la guerra. Las milicias ciudadanas armadas desfilan en un ambiente agresivo y bélico.



¿Qué pasará después? ¿Será tratado humanamente o fusilado sin contemplaciones? Gente normal convertida en asesinos por la guerra, una generación machacada física y psíquicamente.

pública estaba derrotada —es decir, lo que quedaba de la República, lo que se seguía llamando así—, y el final era cuestión de tiempo. ¿Sólo de tiempo? De miles de muertes, destrucción, pérdidas, dolor.

Aquí funcionó una vez más el aspecto más repulsivo de todo este proceso. Del lado «republicano» —y nunca más justificadas las comillas dubitativas— se decidió la prolongación a ultranza de la guerra, aunque estuviese enteramente perdida, porque ése era el interés del «proletariado universal», al cual se podían sacrificar otras cien o doscientas mil vidas españolas. Del lado «nacional» se inventó la funesta fórmula —usada en 1945 por los vencedores de la guerra mundial— *rendición sin condiciones*, lo cual quería decir «victoria sin vencidos», sin conservarlos como sujeto del otro lado del desenlace de la guerra, destruyendo así lo que ésta puede tener de civilizado. La historia del mes de marzo de 1939, nunca bien contada, de la cual soy quizá el último viviente que tenga conocimiento directo desde Madrid, es la clave de lo que la guerra fue en última instancia. Un análisis riguroso de lo que sucedió en ese mes, de lo que se hizo y se dijo, arrojaría una luz inesperada sobre los aspectos más significativos de la contienda y sobre las posibilidades —destruidas— de la paz. Tal vez algún día intente presentar mis recuerdos y mis documentos de esas pocas

semanas decisivas, que se pueden simbolizar en el nombre admirable de Julián Besteiro.

No se entiende el final de la guerra si no se tiene presente que en el lado republicano, y especialmente en Madrid, había un heroico cansancio, después de dos años y medio de asedio, hambre, frío, bombardeos y cañoneos diarios, condiciones de vida que tal vez ninguna ciudad haya soportado tan estoicamente y durante tanto tiempo. Creo que se llegó a producir una peculiar solidaridad entre los madrileños, más allá de sus divisiones ideológicas y sociales, de la persecución que muchos habían padecido —ferozmente en los primeros cuatro meses, con menos encarnizamiento después—; sólo esto explicaría la conducta de los madrileños que se sentían vencedores cuando la guerra terminó, tan superior por su generosidad y tolerancia a la del Ejército de ocupación que entró en Madrid, sin lucha, el 28 de marzo, y sobre todo a la de los funcionarios y políticos que tomaron posesión de la capital en los meses siguientes.

En la zona republicana, además del cansancio había una infinita desilusión. Se sentían burlados, engañados, manipulados, utilizados por los más representativos de sus dirigentes. Además, desde el 5 al 28 de marzo *se les había dicho la verdad* —caso único desde julio de 1936 hasta fines de 1975—. Los vencidos se sabían

vencidos, y lo aceptaban en su mayoría con entereza, dignidad y resignación; muchos pensaban —o sentían confusamente— que habían merecido la derrota, aunque esto no significara que los otros hubiesen merecido la victoria. *Los justamente vencidos; los injustamente vencedores*. Esta fórmula, que enuncié muchos años después, que resume en seis palabras mi opinión final sobre la guerra civil, podría traducir, pienso, el *sentimiento* de los que habían sido beligerantes republicanos.

Pasado en nuestro corazón

Sobre este suelo se pudo edificar la paz. Si así se hubiera hecho, si se hubiese establecido una paz con todos los españoles, vencedores y vencidos, distinguidos pero unidos, con papeles diferentes pero igualmente esenciales, al cabo de poco tiempo la guerra hubiese desaparecido tras el horizonte, como el sol poniente, y hubiese quedado una España entera, más allá de la discordia.

No fue así. En lugar de una reconciliación —aunque la dirección de los asuntos públicos hubiera recaído de momento en manos de los vencedores— se inició una *represión* universal, ilimitada y, lo que es más grave, por nadie resistida ni discutida. Se pueden repasar las conductas y las palabras —incluso impresas— de los que entonces gozaban de prestigio e influjo,

y cuesta encontrar la más tímida petición de clemencia, no digamos una defensa o una repulsa de la represión. Y hay que incluir, y muy especialmente, a los que después se han sentido invadidos de entusiasmo por la tesis y las figuras que implacablemente combatieron hasta después de su derrota.

Un elevadísimo número de españoles tuvieron que abandonar su país; entre ellos se encontraban no pocos de los más eminentes. Cientos de miles pasaron por las prisiones, más o menos tiempo —el suficiente para dejarlos heridos y, en muchos casos, llenos perpetuo rencor—; bastantes millares fueron ejecutados, en condiciones jurídicamente atroces, y en muchos casos por «delitos» que, aun siendo ciertos, hacían monstruosa la sentencia. Se estableció —y en principio para siempre— una distinción entre dos clases de españoles: los «afectos» y los «desafectos», los que tenían, más que derechos, privilegios, y los que carecían de ambas cosas.

Esto condujo a la perpetuación del *espíritu de guerra*, decenios después de terminada. A esto ayudó sin duda la continuidad de la guerra española con la mundial, el establecimiento de paralelismos *falsos*, pero no por ello menos perturbadores. Se produjo una «fijación» de las posturas, una especie de congelación, en virtud de la cual muchos decidieron *vivir de las rentas de la guerra*. Entre los vencedores esto podía tener un sentido lite-

ral, pero entre los vencidos se dio la misma actitud: una incapacidad de cambiar, de enterarse de lo que pasaba, de mirar hacia adelante, de vivir el tiempo real. La actitud de «los mal llamados años» ha hecho que muchos españoles (en la emigración o, lo que es peor, en España) vivan cuatro decenios escasos como si no vivieran, como si aquel tiempo —el de sus vidas— no mereciera llamarse así.

Naturalmente, esto era una engañosa ilusión, un espejismo. *El tiempo, que ni vuelve ni tropieza* —dice un verso de Quevedo, que hace muchos años escogí para título de uno de mis libros—. El tiempo, efectivamente, ni vuelve ni tropieza; pasa, se desliza de entre nuestras manos, constituye nuestra vida. Por debajo de las apariencias, incluso de las realidades oficiales, se ha ido produciendo una fantástica transformación de la sociedad española, tan viva, tan capaz de superar todas las pruebas y dificultades. Varias generaciones nuevas han aflorado en nuestro escenario histórico, han ido ocupando su puesto, ensayando su estilo, se han ido esforzando por realizar sus oscuros deseos, sus pretensiones a veces no bien formuladas; lo han hecho con recursos inimaginables antes, que nunca habían poseído los que hicieron o padecieron la guerra; han estado oyendo las viejas palabras de unos y otros, sin acabar de entenderlas, como algo que apenas tiene que ver con la realidad, como un rumor habitual y monótono que impide oír las voces que habría que escuchar.

Así fue creciendo la distancia entre la España real y las dos Españas «oficiales» congeladas, petrificadas en los gestos de beligerancia.

Esta es la situación actual; desde ella hay que volver nuevamente los ojos a la guerra, para recordarla —es decir, llevarla otra vez al corazón— como algo absolutamente *pasado*, como nuestro pretérito común. *No podemos olvidarla, porque eso nos expondría a repetirla*. Tenemos que ponerla en su lugar, es decir, *detrás de nosotros*, sin que sea un estorbo que nos impida vivir, esa operación que se ejecuta hacia adelante.

Tenemos que eludir un último peligro: que nos vuelvan a contar la guerra desde la otra beligerancia, desde las otras mentiras, ahora que la mitad de ellas había perdido su eficacia y era inoperante. Entre 1936 y 1939, los españoles se dedicaron a hacer la guerra, a intentar ganar la guerra; desde esta última fecha malversaron lo que habían conseguido, no supieron edificar adecuadamente la paz.

Esta es nuestra empresa: darnos cuenta de que necesitamos *vencer a la guerra*, curarnos, sin recaída posible, de esa locura biográfica, es decir, social, que nos acometió hace algo más de cuarenta años, cuya amenaza ha sido tan hábilmente aprovechada para paralizarnos, para frenar el ejercicio de nuestra libertad histórica, la plena posesión de nuestro tiempo, la busca y aceptación de nuestro destino. ●

Próxima entrega

CAPITULO 18

La revolución en la España republicana ● Crecimiento del Partido Comunista ● Expropiaciones y colectivización ● La revolución en Cataluña, Valencia y en el campo andaluz ● Situación en las provincias vascas ● Santander y Asturias ● Azaña, desbordado ●

© de la edición original ilustrada, Ediciones Urbión, S. A.

CARTELES DE LA GUERRA CIVIL

La litografía, de autor anónimo, tiene un regusto hagiográfico y necrológico. La orla negra y roja, de la enseña anarquista, que rodea el retrato de Francisco Ascaso (fotografía de juventud), acaba de darle la sensación fúnebre, de velatorio. En las cuatro esquinas de la lámina van las banderas (republicana federal, catalana, la roja marxista y la rojinegra de la CNT), los anagramas (*Partido Republicano Federal*, *Esquerra Republicana de Catalunya*, POUM, CNT), y las fotografías de cuatro dirigentes representativos y simbólicos de estos movimientos (Pi y Margall, Macià, Maurín, García Oliver). El eclecticismo sociopolítico no puede ser más acentuado. Da, en cierta manera, el tono de la Barcelona de los años treinta, donde el populismo izquierdizante —sintetizador de corrientes dispares, ecléctico— se impone al estricto sectarismo partidista. La masa popular asimila elementos contrapuestos. Francisco Pi y Margall, el gran apóstol del federalismo, ha dado discípulos al catalanismo (Almirall, Rovira y Virgili), al mismo tiempo que ha influido decisivamente en el anarcosindicalismo hispánico. La misma *Esquerra Republicana de Catalunya*, fundada por Macià, es, en buena parte, heredera del republicanismo federal. Joaquín Maurín, maestro de escuela aragonés formado en Barcelona, cenetista por breve tiempo, es fundador del BOC y del POUM. Juan García Oliver, de oficio camarero, es un reusense cenetista, hombre de acción, a quien los avatares de la guerra le llevarán a ministro de Justicia del gobierno de la República.

Detalles técnicos del cartel:

50 × 35 cm. (Col. Josep Termes.)





El anarquista Francisco Ascaso. dibujo de autor anónimo